



SHERRILYN KENYON

EL SILENCIO
DE LA NOCHE

INÉDITO

de



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Es navidad y todo el infierno se viene abajo. Literalmente, mientras los humanos están de compras, un enfadado Señor de los Demonios está planeando un supremo y violento ataque contra sus enemigos, ¿para cuáles? Desafortunadamente para nosotros, incluye a la raza humana.

Pero cuando Stryker convoca sus fuerzas, descubre que tiene un hijo ya crecido y que nunca ha sabido de su existencia y una furiosa ex, Zephyra, que está tan decidida a acabar con su existencia como él lo está de acabar con la nuestra. El último de los predadores está a punto de encontrar a su igual cuando se trazan nuevas líneas de batalla y se recupera a los Dark-Hunters para un baño de sangre en Nochebuena.

La única pregunta es esta: ¿Podrá sobrevivir Stryker a su más viejo enemigo para enfrentarse a quién quiere matar realmente o tendrá Zephyra su oportunidad ante el marido que la abandonó?



Sherrilyn Kenyon

El silencio de la noche
Cazadores Oscuros 16

*No busques la muerte. La muerte te encontrará a ti.
Pero busca el camino que convierte la muerte en la culminación.*

DAG HAMMARSKJOLD

Prólogo

Al principio de los tiempos el mundo era belleza y magia. Antes de que los humanos existieran, había dioses y sus sirvientes, que cumplían sus órdenes fueran cuales fuesen. Enfrentados entre sí, los dioses lucharon hasta que de su infructuosa violencia nació una nueva raza: los ctónicos, unas nuevas criaturas que surgieron de una tierra teñida de rojo por la sangre de los propios dioses.

Los ctónicos se alzaron sobre los demás y dividieron el mundo entre los dioses... también dividieron el mundo entre ellos mismos.

Para mantener la paz debían eliminar a los soldados de los dioses. No podía sobrevivir ni uno. La ley ctónica se impuso y juntos consiguieron establecer la paz en el mundo una vez más y proteger a la nueva raza recién creada: los humanos.

Sin embargo, los ctónicos no estaban libres de corrupción. Ni eran infalibles.

No tardaron mucho en pelearse entre sí.

Y así fue pasando el tiempo. La humanidad maduró y aprendió a olvidarse de los dioses y de la magia que existía en su mundo. Incapaz de combatir contra ellos, la humanidad decidió obviar su existencia.

Tonterías. Pamplinas. Fantasía. Cuentos de hadas. Algunos de los muchísimos términos que los hombres usaban para denigrar lo que su cacareada ciencia no podía explicar. El empirismo se convirtió en otra religión.

No había sombras que acecharan a víctimas inocentes. Solo era la mente humana que les jugaba una mala pasada. Una imaginación demasiado activa.

« Los lobos no se pueden convertir en humanos y los humanos no se pueden convertir en osos. Los dioses antiguos están muertos... relegados a los mitos que todos sabemos que son inventados.»

Y sin embargo...

¿Qué ha sido ese sonido al otro lado de la ventana? ¿Ha sido el aullido del viento? ¿Un perro callejero, tal vez?

¿O algo más siniestro? ¿Un depredador de verdad?

Si se nos eriza el vello de la nuca, solo es el efecto del frío, nada más. O tal vez la muerte ande cerca. O quizá sea la caricia de un dios invisible o de su sirviente, que pasaba junto a nosotros.

El mundo ya no está en pañales. Ya no es inocente.

Y los antiguos poderes se han cansado de que no les hagan caso. El viento que soplabá hace un rato por el patio no era la tierna caricia que anunciaba un cambio de tiempo. Era una llamada que solo las criaturas sobrenaturales pueden oír.

En este preciso momento esas fuerzas se están reuniendo.

En esta ocasión quieren algo más que la sangre de los otros dioses y la suya propia.

Nos quieren a nosotros...

Y estamos a su merced.

Stryker se detuvo para echar un vistazo por el Tártaro. Su padre, el dios griego Apolo, lo había llevado en una ocasión a ese lugar, hacía eones, cuando solo era un niño, para que conociera a su tío abuelo, Hades, que reinaba en el Inframundo griego y vigilaba a los antiguos muertos. Aquel día su padre también le había otorgado un don realmente excepcional y conveniente: la habilidad de entrar y salir del Inframundo para poder visitar a su tío. De niño, Stryker le tenía pavor a aquel dios moreno, cuyos ojos solo se suavizaban al mirar a su esposa, Perséfone.

Por suerte Perséfone se encontraba con Hades en ese momento, de modo que el dios estaba demasiado ocupado con ella para darse cuenta de que un semidiós se había colado en sus dominios. Semejante afrenta hacía que Hades se subiera por las paredes.

Sobre todo cuando el semidiós en cuestión portaba un vial repleto de una potente sangre. Concretamente, la sangre de Tifón. El hijo del dios primigenio Tártaro, el que le diera nombre a esa parte de los dominios de Hades. Tifón era letal. Su poder bastaba para acabar incluso con Zeus, el regente de los dioses. Al menos hasta que los dioses olímpicos se aliaron para encerrarlo debajo del monte Etna.

—Gracias por haber sido incapaces de matarlo —dijo Stryker, que levantó el vial para contemplar la brillante sangre púrpura que había extraído del titán. Con eso podría despertar a los muertos y resucitar al mayor azote de todos los tiempos.

War, la personificación de la guerra.

Apretó con fuerza el vial y se encaminó a la zona más profunda del Tártaro. Ese nivel estaba reservado para las bestias y los dioses a quienes los olímpicos habían derrotado. Las criaturas a quienes más temían.

Concretamente se dirigía a la tumba más alejada, la que había descubierto sin querer de niño. Sumido en la oscuridad que lo rodeaba, recordó el miedo que había aparecido en los ojos de su padre...

—¿Qué es, padre? —le había preguntado en aquel entonces, señalando las estatuas de dos hombres y una mujer.

Apolo se había arrodillado a su lado.

—Es lo que queda de los Macas.

—¿De quiénes?

—De las Batallas. —Apolo había señalado la estatua más alta, que estaba al fondo. De enorme estatura y con la constitución de un guerrero, la estatua había hecho que el niño de siete años que era entonces contuviera el aliento, aterrado por la posibilidad de que cobrara vida y le hiciera daño—. Ese es War, la personificación de la guerra. El más feroz de los Macas. Fue creado por todos los dioses de la guerra para matar a los ctónicos. Se rumorea que War, junto con sus secuaces, los persiguieron y los llevaron al borde de la extinción. Durante la batalla final, que duró tres meses enteros, War acorraló a los últimos ctónicos hasta que lo engañaron. Lo rodearon y le lanzaron un hechizo que anulaba sus poderes y lo paralizaba. Aquí descansará hasta que alguien lo despierte.

A su mente infantil le había parecido un castigo demasiado severo. Vil y cruel.

—¿Por qué no lo mataron?

—Porque no eran lo bastante fuertes. Ni siquiera combinando nuestros poderes teníamos la habilidad para acabar con su vida.

En aquel momento no había alcanzado a comprender la importancia de esas palabras.

—No entiendo por qué los dioses temen tanto a los ctónicos. Son humanos.

—Con los poderes de los dioses, niño. Que nunca se te olvide. Solo ellos pueden matarnos sin destruir el universo y devolver nuestra esencia a la fuente primigenia que nos dio la vida.

—Entonces ¿por qué los ctónicos no matan a todos los dioses y ocupan su lugar?

—Porque cuando nos matan, sus propios poderes se debilitan y eso los hace vulnerables a nosotros y entre sí. De modo que se dedican a controlarnos, y nosotros obedecemos por miedo a morir. —Apolo había mirado a War en ese momento, con una fascinación malsana en los ojos—. Solo War era inmune a sus poderes. Por desgracia, también es inmune a los nuestros. Cuando Ares y los demás dioses de la guerra se dieron cuenta de lo poderoso que era, decidieron que era mejor que permaneciera oculto durante toda la eternidad.

—¿No sabían lo poderoso que era cuando lo crearon?

Apolo había revuelto el pelo rubio de su hijo.

—En ocasiones no nos damos cuenta de lo destructivas que son las criaturas que creamos hasta que es demasiado tarde. Y en ocasiones dichas creaciones se vuelven en nuestra contra e intentan matarnos por todos los medios aunque las queramos y las mimemos.

Stryker apretó los dientes al recordar las palabras de su padre. ¡Cuánta razón encerraban! Stryker se había vuelto contra su padre y a su vez su propio hijo se había vuelto contra él.

Y en esas estaban. En guerra.

Guerra... War...

Abrió la húmeda tumba que olía a tierra mojada y a moho. Levantó la mano y usó sus poderes para encender las antorchas cubiertas de telarañas que llevaban siglos sin prenderse. La brillante luz se derramó sobre las paredes y sobre los tres últimos Macas.

Se detuvo junto a la mujer. Menuda y de aspecto frágil, Ker era la personificación de la muerte cruel y violenta. Despiadada y capaz de multiplicarse en numerosos demonios llamados Keres, en otro tiempo había sobrevolado los campos de batalla para apoderarse de las almas de los moribundos. Sus poderes habían inspirado a Apolimia, quien había encontrado el modo de salvar a los apolitas de la injusta maldición que Apolo les había lanzado.

¡Alabada fuera Ker por sus poderes...!

La siguiente estatua era Maca. La personificación de la batalla. La mano derecha de War. El plural de su nombre denominaba a todos los espíritus del conflicto. Representaba su esencia.

Sin embargo y en comparación con War, era débil.

Al igual que Ker, solo se trataba de un subproducto de la fuerza destructiva que él buscaba.

Esbozó una sonrisa torcida al pasar junto a los dos seres menores para acercarse al que quería despertar. Ya no lo veía como un gigante. De hecho, War era varios centímetros más bajo... aunque dado que él medía dos metros, tampoco era de extrañar. El cuerpo de War seguía siendo tan musculoso como lo recordaba de once mil años atrás. Incluso paralizado, la presencia y el poder de War resultaban asombrosos e innegables. Los percibía en el aire y en los escalofríos que le recorrían la columna. Aquella criatura significaba la muerte para todo aquel que se cruzara en su camino. Ataviado a la antigua usanza militar, el dios lucía una coraza decorada con la cabeza de Equidna.

Stryker extendió una mano para tocarlo. En cuanto sus dedos rozaron la estatua, un destello iluminó la estancia, haciendo que el mármol blanco se transformara en piel. La coraza estaba hecha de acero recubierto de oro. El resto de su atuendo militar estaba formado por una falda de cuero negro ribeteada de oro y una capa. War empuñaba una espada a medio sacar de su funda de cuero negro, y su hoja tenía un brillo acerado.

Aquellos ojos negros se le clavaron en la cara.

Y acto seguido todo volvió a ser de mármol. Blanco. Frío. De un prístino sobrenatural. War volvía a dormir, pero Stryker aún sentía su conciencia surcando el aire a su alrededor. War estaba deseando que lo liberaran.

—Tú quieres ser libre —le susurró al espíritu—. Y yo quiero vengarme de un dios al que no puedo tocar. —Destapó el vial y lo levantó—. De la sangre de los titanes a la sangre de los titanes, yo, Strykerio, te devuelvo a tu verdadera forma

a cambio de un acto de venganza contra mis enemigos.

Inclinó el vial de modo que la sangre púrpura solo le manchara la punta de un dedo. El intenso poder le quemó la piel. Sí, la sangre de Tifón era tan potente como lo había sido el temido dios. Entrecerró los ojos y restregó el dedo ensangrentado sobre los labios del espíritu durmiente.

—¿Aceptas mis condiciones, War?

Solo los labios dejaron de ser de mármol.

—Acepto.

—Pues bienvenido al reino de los vivos.

Stryker vertió la sangre en los labios del espíritu.

En cuanto lo hizo, se oyó un grito indignado que apagó las antorchas y los sumió en la oscuridad.

—¡No!

Stryker se echó a reír al oír el grito indignado de Hades. Ya era demasiado tarde. Una ventisca azotó la estancia cuando War cobró vida con un grito de guerra tan feroz que resonó en la gruta e hizo que las jaulas de los condenados emplazadas a su alrededor crujieran. Las antorchas volvieron a encenderse de repente, inundando la estancia con tanta luz que Stryker tuvo que cubrirse los ojos.

Hades apareció acompañado de Ares. Los dioses intentaron detener a War con descargas astrales, pero fue inútil.

War soltó una carcajada antes de devolverles el ataque. La fuerza de sus descargas lanzó a los dioses al suelo como una tormenta haría con unas hojas secas. La alegría que brillaba en sus ojos oscuros puso de manifiesto el enorme placer que le reportaba su propia crueldad. War miró a Stryker con una sonrisa torcida en los labios.

—¿A quién tengo que matar por ti?

—A Aquerón Partenopaeo y a Nick Gautier.

War enfundó su espada.

—Dalo por hecho.

Stryker lo cogió del brazo cuando War se disponía a desvanecerse.

—Un consejo: el mundo ya no es como solía ser. —Le dio al espíritu una bolsa con unos vaqueros negros, una camiseta del mismo color y unas botas—. Creo que te convendría deshacerte de la falda y la armadura. Pero solo es una idea.

War lo miró con desdén, pero al final aceptó la ropa y desapareció. Stryker se volvió hacia los dioses. Ares estaba inconsciente, pero Hades sacudía la cabeza para espabilarse. El dios del Inframundo expresó su descontento y su rabia con una mirada mientras intentaba revivir a Ares.

—¿Tienes la menor idea de lo que acabas de liberar?

Stryker malinterpretó a propósito esas palabras.

—Crueldad, pestilencia, ira, violencia, máximo sufrimiento... ¿Qué otros dones le otorgasteis?

—Eso solo es el comienzo. Antes de que lo liberaras, deberías haberte molestado en averiguar que siempre destruye a quien le da las órdenes. Tú no serás una excepción. —Hades abarcó la estancia con un gesto de la mano—. Mira a tu alrededor. Este agujero que llamamos Tártaro es lo que queda del dios primigenio. Su muerte a manos de War fue lo que nos llevó a combinar nuestros poderes con los ctónicos para contenerlo. Y por aquel entonces teníamos fieles y estábamos en posesión de todos nuestros poderes. Ahora ya no somos tan fuertes.

En fin, no se había molestado en analizar ese detalle. Aunque tampoco importaba. Estaba más que dispuesto a entregar su vida... siempre y cuando se llevara por delante a sus enemigos.

—¡Vaya! —exclamó con evidente sarcasmo—. Supongo que la he cagado. La incapacidad para prever las consecuencias de nuestros actos impulsivos debe de ser cosa de familia. Y eso que mi padre es el dios de las profecías...

Los ojos de Hades adquirieron un tono rojizo.

—Destruiré a los humanos.

Stryker lo miró con desdén.

—No vi que salierais en defensa de los apolitas cuando mi padre nos maldijo a alimentarnos de la sangre de nuestros congéneres y a padecer una muerte lenta y dolorosa a la edad de veintisiete años porque un grupo de apolitas mataron a su puta. Tal como lo recuerdo, nos disteis la espalda y nos dejasteis en la oscuridad, como ratas cuya existencia quisierais olvidar.

Hades meneó la cabeza.

—Te mataría ahora mismo, pero quizá sea mejor dejarte a merced de la criatura que has liberado. Te veré de nuevo por aquí cuando hayas muerto.

Stryker guardó silencio mientras veía cómo Hades despertaba a Ares. Aburrido por la escena que presentaban los dos dioses, volvió a Kalosis, lugar al que iría después de su muerte. El infierno atlante que había sido su hogar desde que le diera la espalda a su padre y se pusiera de parte de la diosa que gobernaba aquel dominio. Apolimia poseía su alma. Se la había entregado sin remordimientos el día que su padre maldijo a toda su raza por los actos de un grupo de soldados.

Aborrecía tanto a los griegos que no quería saber nada de ellos.

Con el amargo recordatorio de que Apolimia seguramente disfrutaría de su tortura eterna muchísimo más que Hades, regresó a su despacho, donde guardaba la esfera que le permitía espiar a sus enemigos. Al menos a Aquerón.

En cuanto a Nick, podía ver a través de sus ojos siempre que quisiera. Era una de las ventajas que había obtenido cuando se vinculó con aquel cabrón. Aunque por desgracia, no había mucho que ver a través de Nick, ya que se mantenía aislado del mundo y alejado de todas las personas a quienes quería espiar.

La depresión de Nick lo aburría.

De momento quería presenciar la muerte de Aquerón. Agitó una mano sobre la esfera y observó como la niebla se aclaraba y aparecía la figura del dios a quien quería ver enterrado más que a ningún otro...

El adorado hijo de Apolimia.

Torció el gesto al ver una escena que parecía sacada de una ilustración de Norman Rockwell. ¡Qué pintoresco! Aquerón estaba en su casa de Katoteris, el paraíso atlante, adornando un árbol de Navidad con su novia, Soteria. Había algo muy retorcido en el hecho de que un dios atlante accediera a seguir una costumbre humana para darle el gusto a su amante. Los dos parecían tan cariñosos y tan felices que le entraron ganas de vomitar.

«Eso está a punto de cambiar», se dijo.

Se acomodó en el sillón y esperó.

—¡Akri! ¿Simi puede comerse eso?

Ash Partenopaeo se quedó quieto al escuchar a su demonio a su espalda. Se dio la vuelta y vio a Simi con la vista clavada en el ángel de cristal que él tenía en la mano.

Simi iba vestida con una falda gótica a cuadros negros y rojos, un corsé y un gorro de Papá Noel en la cabeza que ocultaba sus cuernos. Llevaba el pelo suelto, igual que él, y las puntas de su larga melena negra le rozaban la cintura.

Antes de que pudiera responderle, Soteria miró a Simi con una sonrisa dulce y condescendiente que lo derritió. Se había hecho dos coletas y lucía un estilo totalmente opuesto al atuendo gótico que él llevaba: un pantalón blanco y un jersey rojo con un reno en el pecho. Por su parte, él llevaba una camiseta negra de manga larga con dos esqueletos de renos tirando de un trineo retorcido.

—Esto... Simi, por favor —dijo Soteria—, no te comas eso. Es el ángel que pongo en el árbol desde que era pequeña. Lo compré en Grecia durante una Navidad, con mis padres.

Simi hizo un puchero.

—¿Y Simi se puede comer el chocolate?

—Claro.

Simi soltó un chillido y cogió la barrita de Hershey que Soteria había dejado sobre la mesita auxiliar, tras lo cual salió corriendo para devorarla.

Soteria soltó una carcajada.

—¡Vaya! Quería compartirla contigo después.

Ash colocó el ángel en la parte alta del árbol y, dado que medía más de dos metros, no tuvo el menor problema.

—No pasa nada. Detesto el chocolate.

Soteria le quitó un trocito de espumillón al osito que tenía en la mano antes de

colgarlo en el árbol.

—Te pediría una explicación, pero cada vez que te pregunto por qué detestas algo, la respuesta siempre me rompe el corazón. Así que buscaré otra cosa para regalarte el día de San Valentín.

—Gracias.

Ash acortó la distancia que los separaba y la abrazó para darle un beso fugaz. Sus labios apenas se habían rozado cuando lo cegó un fogonazo. Tomó aire para reprender a su ayudante, Alexion, por la intromisión, pero antes de que pudiera hablar algo lo golpeó y lo lanzó por los aires.

Soteria se volvió para enfrentarse al intruso. Esperaba encontrarse a la diosa Artemisa, de modo que se quedó de piedra al ver a un hombre muy alto y muy musculoso. La brutalidad de sus facciones solo era comparable a su belleza. Vestido de negro de la cabeza a los pies, el intruso pasó junto a ella como si solo fuera un mueble más y se encaminó hacia Aquerón.

Cuando hizo acopio de sus poderes para lanzarle una descarga astral, Soteria descubrió que no servían de nada. Como si volviera a ser humana. La descarga salió de su mano, pero fue como si el cuerpo del intruso la absorbiera.

El hombre levantó a Aquerón del suelo y lo estampó contra la pared más alejada como si fuera una ramita.

¡Por todos los dioses, iba a matar a Ash!

Ash no podía respirar mientras intentaba defenderse en vano. Se sentía como si lo hubiera rodeado una banda de acero, paralizándolo. Un dolor casi insoportable se extendió por todo su cuerpo. Nadie había sido capaz de darle semejante paliza desde su época de mortal.

En cuanto esa idea pasó por su cabeza, supo con total claridad quién era su atacante y qué representaba.

War, la personificación de la guerra y el guerrero perfecto.

« ¡Joder! »

—¡No! —gritó Ash cuando Soteria se disponía a atacar a War al mismo tiempo que Simi se materializaba a su lado para ayudarla. War las destrozaría a ambas—. Coge a Simi y largaos de aquí. ¡Ahora!

Soteria agarró a Simi justo cuando esta se preparaba para abalanzarse sobre War. Lo miró para dejarle claro que no le gustaba huir, pero que confiaba en él lo suficiente para hacerle caso.

Alexion apareció en ese momento con una espada con la que intentó ensartar al espíritu. Sin embargo, la espada atravesó la carne de War y se clavó en el vientre de Ash, quien siseó, abrumado por un dolor atroz.

Alexion se quedó blanco.

—Lo siento, jefe.

« Es fácil decirlo, como él no tiene el vientre abierto...»

Sin embargo, Ash no podía culpar a Alexion. Lo único importante en ese momento era salvarles la vida a todos.

—¡Vete de aquí! Llévate a Danger, a los demonios y a Tory, y salid pitando.

War lo cogió por la garganta. Intentó zafarse de sus manos, pero apenas podía respirar. Miró a Alexion a los ojos. Vio lealtad en ellos, pero su amigo sabía lo que tenía que hacer. Ash no podía luchar si estaba distraído.

—Nos veremos en Neratiti. —Tras coger a las mujeres, Alexion desapareció.

Ash golpeó la mano de War en un intento por apartarla de él. Al ver que no lo conseguía, le lanzó una descarga astral que ni siquiera le hizo cosquillas.

—¿Qué quieres?—jadeó.

War ladeó la cabeza con un gesto inhumano mientras le apretaba el cuello con más fuerza si cabía.

—Que mueras.

Empezaron a zumbarle los oídos conforme se iba quedando sin aire. Intentó respirar, pero fue inútil. Sus forcejeos fueron disminuyendo a medida que la oscuridad lo engullía.

Stryker sonrió cuando vio que la piel de Ash adquiría un tinte azulado, y por primera vez el motivo no era que hubiera adoptado su forma divina. El cabrón estaba a un paso de la muerte.

Al menos hasta que Savitar el ctónico apareció de repente con veinte carontes para atacar a War y alejarlo de Aquerón. Stryker hirvió de furia al ver que los demonios alados atacaban en masa. Levantaron a War del suelo y lo estamparon contra la pared mientras él repelía el ataque.

Savitar corrió hacia Aquerón para reanimarlo.

« Joder. ¿Por qué no se quedaba ese cabrón en la playa donde vive? Tenía que aparecer con un ejército caronte para defender a Aquerón... » , pensó Stryker.

Podía sonar un poco pueril, pero no le parecía justo, la verdad.

Y le cabreaba un huevo.

—¡Strykerio! —El grito de Apolimia rasgó el aire y amenazó con perforarle los tímpanos al tiempo que le erizaba el vello de la nuca.

Al cabo de un instante la diosa apareció frente a él. El pelo rubio platino se agitaba en torno a su cara. Sus ojos, al igual que los de Aquerón y los suyos, eran de un turbulento color plateado. Y lo miraban con una furia arrolladora.

Lo más sensato sería asustarse, pero la verdad era que no merecía la pena malgastar la energía. Y, además, ya había sufrido lo peor que se podía sufrir. La tortura, el desmembramiento y la muerte deberían suponer un alivio al vacío en el que se había convertido su existencia.

—¿Te pasa... algo? —preguntó con ligereza, consciente de que su tono enfurecería aún más a la diosa.

El tono de superioridad hizo que a Apolimia le entraran ganas de gritar. De lanzarle al daimon una descarga que lo enviara al olvido. Ojalá pudiera hacerlo. Sin embargo, por culpa de un momento de debilidad que la había llevado a cometer un error hacía siglos, le era imposible librarse de él. En aquel entonces Strykerio sufría una herida mortal infligida por su padre, y para vengarse de Apolo ella le había dado a beber su sangre con la intención de fortalecerlo. Ese gesto no solo le había salvado la vida, sino que había propiciado que sus fuerzas vitales se vincularan.

Si Stryker moría, ella moría. De ahí que su hijo evitara ensañarse con

Strykerio por muy furioso que el daimon lo pusiera.

De ahí que ella no pudiera matarlo.

La verdad, era una ironía que una diosa conocida por su falta de compasión tuviera que arrepentirse tanto de los escasos momentos de debilidad que la habían llevado a mostrarse compasiva.

Claro que a lo hecho, pecho. Su verdadero hijo estaba siendo atacado y su hijo adoptivo, Stryker, era probablemente el responsable.

—¿Qué has hecho?—exigió saber.

Stryker se acomodó en su sillón y se llevó las manos a la coronilla mientras la miraba con recelo.

—Una breve reflexión acompañada de un momento de nostalgia con una pizca de arrepentimiento por ciertas decisiones del pasado. Algunos lo llamarían melancolía, pero si alguien se le ocurriera sugerírmelo siquiera, lo mataría sin pensarlo. —Porque lo que él hacia era planificar.

El pelo de Apolimia se agitó con más fuerza, como si lo zarandeara un fuerte vendaval, gesto que le indicó que no le gustaba su sarcasmo.

—Han atacado a Apóstolos. ¿Has sido tú el instigador?

Stryker no entendía por qué lo ponía de tan mala leche que lo llamara Apóstolos cuando el resto del mundo lo conocía como Aquerón, pero el caso era que lo ponía de muy mala leche.

Y, la verdad, él no había instigado nada. Lo había orquestado, joder. La diferencia era abismal.

Sin embargo, no era tan tonto para decirle eso a Apolimia. Aunque sus vidas estuvieran ligadas, la diosa perdía el control y también el instinto de supervivencia cuando el bienestar de su verdadero hijo estaba en juego.

Con tal de proteger a Aquerón sería capaz de matarlos a ambos.

—No —respondió con franqueza mientras su mirada se deslizaba hacia la esfera que de momento quedaba oculta a los ojos de Apolimia.

En cuanto sus ojos se posaron en ella, vio a War rodeado por los carontes que lo atacaban con gran efectividad. Aquerón estaba en el suelo, tosiendo y jadeando. Un poco tocado, pero vivo.

«Cabrón inútil», pensó.

Savitar estaba gritándole algo a los carontes, pero con Apolimia presente debía prescindir del sonido.

«Que les den a todos.»

Devolvió la mirada a la diosa con cuidado de no revelar sus emociones.

—¿Qué puedo hacer por ti, *matera*? —le preguntó, usando el término atlante para «madre».

Apolimia tomó una honda y lenta bocanada de aire mientras intentaba averiguar si Strykerio mentía o no. Siempre había sido un mentiroso muy convincente. En otra época lucharon unidos contra Apolo, pero esos días eran

agua muy pasada y en la actualidad libraban una complicada batalla para llevar siempre la delantera.

Echaría con gusto a los daimons de sus dominios, pero pese a lo mucho que la fastidiaban, también le daban compañía y eran un ejército que le otorgaba poder para afectar el plano humano. Por no mencionar el pequeño detalle de que aún la adoraban, alimentando de ese modo sus poderes.

A diferencia del pequeño grupo de sacerdotisas que seguían viviendo y sirviéndola en el plano humano, los daimons eran poderosos. Gracias a ellos era capaz de proteger a Apóstolos.

—Quiero que tus daimons reduzcan a War. De inmediato.

—Es de día y no podemos darle alcance hasta que anochezca. No querrás que alguno de nosotros muera y tus poderes se vean reducidos, ¿verdad?

¡Cómo le gustaría borrarle esa expresión satisfecha de la cara! A diferencia de la horda rubia de daimons que controlaba, Stryker tenía el pelo tan negro como el corazón. Era el resultado de un buen tinte que evitaba que fuera un calco perfecto de su padre.

—Protégelo, Strykerio. Tu existencia depende de la suya. Recuerda que te mataré con tal de salvarlo.

Stryker se obligó a esperar a que la diosa se hubiera marchado antes de poner cara de asco. Era increíble que hubiera sido tan tonto para pensar que Apolimia lo quería como a un hijo. Que lo protegería y lo cuidaría de la misma forma que protegía y cuidaba a Aquerón. La amargura que guardaba en su interior había ido aumentando con el paso del tiempo desde que se vio obligado a matar a su propio hijo para demostrarle lealtad a la diosa, momento en el que comprendió la verdadera naturaleza de la relación que existía con su « madre» .

—Destrózalo, War —dijo cuando devolvió la mirada a la esfera.

Quería sangre. Por desgracia, no vio nada.

No había rastro de War, ni de Aquerón ni de Savitar.

Con un gruñido de frustración, estampó el orbe contra la pared y lo hizo añicos. ¿Adónde coño se habían ido?

—War está libre. Vamos, que la guerra se ha desatado...

Artemisa levantó la cabeza al escuchar el furioso anuncio de Ares, que acababa de aparecer en el centro del templo de Zeus, donde el panteón griego estaba celebrando una fiestecilla.

Zeus, su padre, profirió una maldición mientras se levantaba de su trono.

—¿Qué has hecho?

Ares, un dios rubio y alto, con unos poderosos músculos que eran fruto del entrenamiento diario, levantó las manos a modo de rendición.

—Yo no he hecho nada. Lo ha soltado el hijo de Apolo, Strykerio.

Artemisa se quedó blanca con la mención de su sobrino. Si Stryker estaba involucrado, el objetivo solo podía ser uno.

Aquerón.

Y lo más probable era que tanto él como su madre la culparan a ella del ataque. Como si fuera capaz de...

Atenea se puso en pie con tal brusquedad que asustó a la lechuza que descansaba en su hombro, la cual emprendió el vuelo hacia las vigas del techo. Acto seguido, se volvió hacia Zeus cubierta por su armadura de oro.

—Deberíamos convocar a todos los dioses posibles del resto de panteones. War no tardará en volver a atacarnos.

Zeus asintió con la cabeza.

—Busca a Hermes y ordénale que los avise. En cuanto a los demás, preparaos para presentarle batalla a... War.

Artemisa pasó por alto el chistecito de su padre mientras se marchaba en dirección a su templo de oro. En cuanto estuvo a solas en sus aposentos, usó sus poderes para localizar a Aquerón. Estaba vivo, pero sufriendo. Soltó el aire, aliviada.

Aunque Aquerón la odiaba e iba a casarse con otra al cabo de unas cuantas semanas, detalle por el que le encantaría hacerlo sufrir, seguía queriéndolo y lo último que deseaba era verlo muerto después de todo lo que habían compartido durante siglos. Si permitía que muriera, su hija sufriría muchísimo. Pero ¿cómo iba a protegerlo si él ni siquiera le hablaba?

Tan pronto como se hizo esa pregunta, encontró el modo de detener a Strykerio de una vez por todas.

Céfira.

Era un demonio que había buscado refugio en uno de sus santuarios hacía ya siglos, antes de que Apolo maldijera a los apolitas. Al principio pensó en delatarla, pero se lo impidió la simpatía inmediata que sintió por ella. Porque Céfira también había sido traicionada por los hombres y en aquel momento, cuando le pidió asilo, ella estaba enfadada con Apolo y ansiaba vengarse de su arrogante hermano. En un extraño arranque de compasión permitió que Céfira se quedara en Grecia.

¿Quién iba a pensar que aquella decisión acabaría siendo tan beneficiosa con el paso de los siglos...?

—¿Céfira? —la llamó.

El demonio apareció de inmediato en sus aposentos.

Al contrario que ella, que era muy alta, Céfira era menuda. Sin embargo, sus poderes sobrenaturales le conferían una ventaja salvo en el caso de los dioses. Llevaba la larga melena rubia trenzada a la espalda, y para cualquiera que no la conociese, podría pasar por una mujer de veintisiete años en vez de por la guerrera de once mil que era en realidad.

—¿Me has llamado, diosa? —le preguntó, inclinando la cabeza en señal de respeto.

Artemisa la miró con los ojos entrecerrados.

—Tengo una misión para ti. Y creo que te encantará.

—¿Qué tengo que hacer?

—Matar a Strykerio.

Los ojos negros de Céfira se abrieron de par en par cuando levantó la cabeza para mirarla.

—¿El hijo de Apolo?

Que también era el hombre que la había traicionado hacía siglos. Aunque Stryker era el sobrino de Artemisa, tía y sobrino no se profesaban el menor afecto. Llevaban años luchando de forma tan enconada la una contra el otro que a esas alturas lo único que sentían era odio.

Ya era hora de ponerle fin. Al odio y a Stryker.

—Sí.

Los ojos de Céfira relucieron como la obsidiana, encantada con la idea.

—Dime dónde está y haré que te enorgullezcas de mí, diosa.

Stryker abrió todas las madrigueras que comunicaban el plano humano con Kalosis para convocar a sus daimons. Apolimia pensaría que lo hacía para cumplir su orden de proteger a Aquerón. En realidad, su intención era usarlos como peones para acabar con Nick y con Aquerón. Por lo menos, mantendrían a los susodichos ocupados mientras War les rebanaba el pescuezo.

Ojo por ojo.

Nick había matado a la hermana de Stryker, y Aquerón tenía que morir simplemente porque se negaba a dejar que el muy cabrón ganara después de todos esos siglos. Apolimia lo había destrozado. Lo justo era que se la devolviera. Ella le había arrebatado a su hijo. Él haría lo mismo.

Un nuevo destello anunció otra llegada. Stryker esperó a ver el temple de aquel recluta en concreto. Como era de esperar, el daimon aterrizó de espaldas en el suelo.

—¡Uf! —exclamó, y acto seguido se puso a lloriquear como un niño mientras se retorcia y gemía—: ¡Creo que me he roto un brazo!

Stryker soltó un largo y exasperado suspiro. Añoraba los días en que los daimons y los apolitas eran guerreros y aparecían en pie después de que los convocara, listos para luchar. Las nuevas generaciones eran casi tan débiles como los humanos de los que se alimentaban.

El mundo se había convertido en un supermercado, y la mentalidad que había allí era la de un supermercado. Puesto que los humanos ya no se entrenaban para la guerra y convivían en grandes ciudades donde eran presas fáciles para la

reinante falta de moral, los daimons ya no tenían que luchar para alimentarse. Solo tenían que entrar en cualquier bar o club nocturno, localizar a algún borracho, del sexo que fuera, y llevarlo al exterior para arrancarle el alma del cuerpo y alimentarse de ella. Sin luchas. Sin persuasión.

Incluso los daimons disfrutaban del concepto de « comida rápida » .

El único desafío que les quedaba era evitar a los Cazadores Oscuros y a Aquerón en particular.

De ahí que Stryker valorara tanto a su difunta hermana. Satara siempre había sido irritante, pero poseía una mente maquiavélica. Se había pasado la vida traicionando a los demás o conspirando para salirse con la suya. Lo había traicionado incluso a él. Eso lo había obligado a mantenerse siempre alerta a su lado y a aguzar sus habilidades.

Con su muerte, acabaría siendo un inútil como todos los demás.

Harto de tanta debilidad, se volvió y descubrió a Kessar acercándose a su trono. El demonio gallu, un asesino letal, tenía más bien pinta de modelo publicitario humano. Llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás con tanto estilo que podría solicitar un puesto de asesor político, si no fuera por sus ojos rojos. Sus facciones eran tan afiladas como implacable era su crueldad. Al igual que él, el sumerio se aprovechaba de su físico siempre que perseguía alguna presa humana.

Las mujeres humanas eran débiles. Vulnerables. Capaces de hacer cualquier cosa con tal de ganarse la atención de un hombre guapo. ¡Por los dioses, cómo le gustaban los débiles! Merecían la muerte dolorosa que sufrían.

Miró a Kessar y le dijo:

—Si quieres merendarte a ese, por mí estupendo.

El gallu esbozó una lenta sonrisa antes de usar sus poderes para trasladarse al otro extremo de la estancia, donde levantó al daimon del suelo para desgarrarle el cuello.

La supervivencia de los más fuertes. Su gente siempre había sido sencilla en cuanto a creencias. Si uno no era fuerte para luchar, no merecía vivir. Así de fácil y así de perfecto. Igual que su nuevo plan.

Kessar soltó un taco cuando vio que el daimon del que intentaba alimentarse se transformaba en polvo.

—Me repugna la textura arenosa que me dejan entre los dientes. Es como alimentarse de una tormenta de arena. No hay sangre en el mundo capaz de limpiar el paladar después de esto.

Stryker se encogió de hombros.

—Eso te pasa por avaricioso. Ya sabes lo que ocurre cuando matas a uno de los míos. Deberías haberte bebido su sangre, pero dejarlo respirando.

Kessar escupió en el suelo.

—Menudo humorcito tenemos hoy. ¿Alguien te ha pinchado?

Antes de que pudiera contestar se produjo un nuevo destello, de modo que apretó los dientes a la espera de ver el nuevo grupo de Patéticos Blandengues.

Al menos eso pensaba hasta que vio la figura ataviada de negro que se materializó lista para atacar. Ni siquiera se dio cuenta de que era una figura femenina hasta que lo atacó con una fuerza y una ferocidad que habrían enorgullecido al tigre más rabioso. Con la primera patada lo tiró del trono. Stryker logró detener su muñeca justo antes de que lo decapitara con el enorme puñal que blandía.

En cambio, lo golpeó en la frente con la cabeza, y se vio obligado a sacudirla para despejarse. La recién llegada aprovechó el momento para estamparlo contra la pared. No obstante, consiguió aferrarla por los brazos y la apartó de él con un empujón.

Estaba a punto de desgarrarle el cuello con los colmillos cuando sus miradas se encontraron y sus turbulentos ojos plateados reconocieron los ojos negros de...

Céfira.

En ese instante el tiempo pareció retroceder hasta el día que se habían conocido, hacía ya once mil años. En aquel entonces la brisa marina agitaba su melena rubia, desordenándole los mechones en torno a su delicado rostro. Delgada y menuda, Céfira poseía la belleza de una diosa.

Y cuando había intentado tocarla, se había revuelto contra él y le había asestado un rodillazo en la entrepierna mientras lo insultaba con un lenguaje digno de un hombre por haberse atrevido a tocarla sin permiso.

Intentó el mismo movimiento en aquel momento, pero en esa ocasión Stryker la estaba esperando. Se limitó a apartarse de ella mientras lo inundaban las emociones. Felicidad. Ira. Alegría. Confusión.

La creía muerta desde hacía siglos.

Su mente no acababa de asimilar que estuviera sana y salva. Había sobrevivido a la maldición de Apolo y se las había apañado para vivir eternamente... como él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Céfira contestó su pregunta blandiendo el puñal, cuya hoja pasó rozándole el cuello.

—He pensado que podíamos rememorar viejos tiempos. Mientras jugamos al parchís.

Stryker le aferró el brazo y giró con ella, de modo que volvió a inmovilizarla contra la pared. Hizo presión sobre su muñeca hasta obligarla a soltar el puñal. Con la otra mano la cogió del cuello para evitar que se moviera.

—Se me ocurren otros juegos mucho mejores.

Estaba a punto de mencionar el strip póquer cuando algo lo golpeó en la espalda, alejándolo de Céfira. Se volvió hacia su nuevo atacante con una mueca feroz, pero al verlo se quedó petrificado. Era una réplica exacta de Céfira. El

mismo pelo rubio. Los mismos ojos negros. La misma altura. La misma complexión delgada.

Habría dicho que eran gemelas de no saber con certeza que Céfira era hija única.

—Aparta tus asquerosas manos de mi madre.

—De tu madre... —repitió Stryker entre dientes un segundo antes de que Kessar cogiera a la hija de Céfira. El demonio abrió la boca para saborear su garganta. Stryker apenas tuvo tiempo de controlar al demonio para que no la matara—. ¡Detente!

Los ojos rojos de Kessar relampaguearon antes de que torciera el gesto y la soltara con un gruñido.

—En fin, pues dejaré que te maten. Me importa una mierda que vivas o mueras.

Céfira se abalanzó hacia Stryker al tiempo que llevaba la mano a la empuñadura de su espada para ensartarlo. Stryker retrocedió un paso y utilizó sus poderes para hacer aparecer una espada con la que defenderse.

Los golpes de sus hojas reverberaron en la estancia mientras Céfira contrarrestaba todos sus ataques. Todas sus estocadas y todas sus embestidas. Se movía como si supiera exactamente qué iba a hacer a continuación.

Stryker sonrió. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había enfrentado a alguien que igualaba su pericia, con la excepción de Aquerón. Y sin embargo allí estaba Céfira, la hija de un pescador, luchando con la precisión de un guerrero bien entrenado. Se preguntó quién la habría enseñado tan bien.

—Ya sabía que eras buena manejando la espada de un hombre, cariño, pero no tenía ni idea de que manejaras tan bien las de acero...

Céfira rugió un segundo antes de asestarle una patada en el costado.

Stryker gruñó por el dolor que ese simple movimiento le provocaba. Pero tenía que admitir que había controlado su temperamento.

—Al menos esta espada no defrauda. No me preocupa que se ablande antes de tiempo.

—Yo nunca tuve ese problema contigo.

Céfira puso los ojos en blanco al tiempo que bloqueaba un golpe.

—Oye, que no eras tan bueno. Pero yo actuaba mucho mejor que tú.

—¡Uf! —gimió su hija, que les dejó más espacio para luchar—. No te ofendas, mamá, pero no quiero enterarme de con quién te has acostado. Anda, deja las pullas sexuales y mátalas antes de que me quede sorda.

Los ojos de Céfira se oscurecieron un segundo antes de que esbozara una

sonrisa maliciosa.

—No deberías ser tan mojigata, Medea. Al fin y al cabo, siempre has querido conocer a tu padre. Feliz cumpleaños, cariño. Es una pena que el reencuentro vaya a ser tan corto. Pero, créeme, no merece la pena.

Stryker se tambaleó al escuchar aquellas palabras. Dejó de prestarle atención a la lucha y miró a su hija, que lo miraba a su vez con expresión asombrada, y reparó en las sutiles diferencias con el rostro de su madre. La distracción le salió cara, ya que Céfira le clavó la espada en el pecho, a escasos milímetros de su marca de daimon... Si lo hubiera ensartado un milímetro más arriba, se habría desintegrado.

De todas formas dolía horrores.

—¡Ya vale! —gritó Medea, que corrió hacia su madre y la obligó a retroceder.

Stryker soltó un taco mientras se cubría la herida con una mano y se tensaba por el dolor.

Céfira apartó a su hija de un empujón y se dispuso a atacarlo de nuevo. Stryker levantó la espada, preparado para luchar. Pero Medea se interpuso entre ellos y apartó a su madre una vez más.

—¿De verdad es mi padre?

Céfira le lanzó la espada, pero Stryker se apartó con rapidez. Sintió que la hoja le rozaba la mejilla antes de acabar clavada en la pared que tenía detrás.

Furioso, se abalanzó sobre ella.

Medea lo miró con una expresión tan propia de Urian que se quedó de piedra.

Urian. Su hijo más querido. El que lo había significado todo para él. Y en ese momento supo que Céfira no estaba mintiendo.

Medea era su hija.

La certeza lo asaltó de golpe y casi lo postró de rodillas. Tenía una hija y estaba viva...

Medea tragó saliva mientras lo observaba con detenimiento.

—¿Eres Strykerio? ¿El hijo de Apolo?

Stryker asintió con la cabeza.

Medea lo miró un momento antes de que su madre la cogiera del brazo y la detuviera.

—¡No te atrevas a abrazarlo! No cuando nos dejé abandonadas a nuestra suerte.

—¡Eso es mentira! —rugió él—. Me mentiste al decirme que habías perdido el bebé.

—Porque no quería verme atada a ti. Quería que te quedaras porque me querías. Pero yo sola no bastaba, ¿verdad? Volviste arrastrándote junto a tu padre y ¿para qué? ¿Para que maldijera a todo aquel con una gota de sangre apolita en las venas? Ya te dije que le importabas una mierda. Deberías haberme hecho

caso.

Y en eso tuvo mucha razón, pero no excusaba que le hubiera mentido. La traición de Céfira era igual que la de su padre.

—Me echaste a patadas.

Céfira puso los ojos en blanco.

—Eras un imbécil.

Kessar soltó una carcajada.

—Por fin alguien que me da la razón.

Stryker fulminó con la mirada al demonio, de cuya presencia se había olvidado.

—¿Por qué sigues aquí?

—El espectáculo no tiene precio. Nunca he visto a un hombre a quien le haya dado semejante tunda una simple mujer.

Ni siquiera había acabado de hablar cuando Medea extendió el brazo y algo negro salió volando de su mano. Aquella especie de arma negra se enroscó alrededor de la garganta de Kessar, y Stryker comprendió lo que era.

Asfixen; un arma parecida a las boleadoras, pero mucho más pequeña y letal.

Medea se acercó al demonio con la arrogancia de un guerrero. Cogió una de las bolas negras, del tamaño de una pelota de golf, y tiró del demonio hacia ella mientras Kessar se ahogaba e intentaba aflojar el cable que lo asfixiaba.

—Nunca subestimes a una mujer, demonio. En este mundo mandamos nosotras.

Stryker sintió un escalofrío en la espalda. Era igual que Urian...

Pero en femenino.

No podía sentirse más orgulloso.

Después de empujar a Kessar, Medea tiró del arma con elegancia para recuperarla.

—La próxima vez, piensa bien antes de hablar o perderás la cabeza.

La furia relampagueaba en los ojos de Kessar.

—Niña, tú y yo volveremos a bailar. Pronto.

Medea se metió de nuevo el asfixen bajo la manga.

—La música corre de mi cuenta.

Kessar se desvaneció.

Medea se volvió hacia ellos con una sonrisa satisfecha.

—Sabes que es el más peligroso de toda su raza, ¿verdad? —preguntó Stryker, aunque le costó contener una sonrisa.

—No le llega ni a la suela del zapato —dijo Céfira, orgullosa—. Medea tiene poderes que ni te imaginas. Claro que eso no es asunto tuyo.

Stryker ni siquiera había abierto la boca para replicar cuando Céfira le dio un cabezazo que le hizo ver estrellitas antes de que la oscuridad lo engullera.

Céfira se sacó un puñal de la bota al tiempo que se arrodillaba junto a Stryker, decidida a matarlo. Pero cuando se disponía a clavárselo, Medea le agarró la muñeca.

—¿Qué haces?

Su hija la miraba con expresión decidida.

—Es mi padre. ¿No podría hablar con él un momento antes de que lo mates?

Céfira resopló.

—Tu padre es un gilipollas, cariño. Te lo dice alguien que solía acostarse con él. No te estás perdiendo nada, y si no me dejas matarlo ahora, tendrás que hacerlo tú misma después.

—Pues y a lo haré después. Quiero hablar cinco minutos con él.

Céfira se zafó de su mano.

—No seas tonta. Artemisa lo quiere muerto. De no ser por ella, ninguna de las dos estaría ahora aquí. Tu padre —dijo, pronunciando la palabra con un deje asqueado—, nos abandonó.

—Lo sé. Me lo has repetido tantas veces que lo llevo grabado en la cabeza. Aun así, es una parte de mí y me gustaría cerrar el círculo.

—Tienes que dejar de ver a Oprah. Eres una abandonrani, niña. Compórtate como tal.

Con un movimiento ágil y elegante, Medea le quitó el puñal a su madre y se lo colocó en la garganta.

—Tienes razón, mamá. Ahora quiero que te levantes y te alejes. Yo me hago cargo del prisionero.

Céfira esbozó una sonrisa orgullosa. Antes de desarmar a su hija.

—Recuerda una cosa, cariño: aunque puedas controlar a varios demonios, a mí no puedes controlarme. —Ladeó la cabeza mientras sus ojos dejaban de ser los de un daimon y adquirían un brillo anaranjado.

Stryker se despertó con un dolor de cabeza espantoso. Durante un segundo le costó recordar lo que había sucedido. Pero cuando abrió los ojos y se encontró encadenado a una pared, lo vio todo con claridad.

Su primera esposa había regresado a lo grande.

Furioso, se puso en pie y tiró de la gruesa cadena que lo sujetaba a una argolla de acero. Tenía grilletes en las manos y en los pies, y, aunque podía moverse, la cadena no le permitía alejarse demasiado.

Sin embargo, estaba muchísimo mejor que el hombre encadenado en la pared de enfrente. Un hombre alto y delgado, que parecía haber pasado un infierno. Y no era una exageración. Tenía el pelo largo, de color castaño rojizo, sucio y enredado, y le llegaba justo por debajo de los hombros. Estaba

totalmente desnudo y tenía el cuerpo cubierto de magulladuras y mordeduras. El hecho de que se pudieran ver pese a los coloridos tatuajes tribales que le adornaban el torso, los brazos y los muslos indicaba lo profundas y brutales que eran. El hombre estaba atado de pie, con los brazos estirados por encima de la cabeza. Su cara, delgada y de rasgos marcados, estaba cubierta por una barba desaliñada.

—¿Qué coño te han hecho?

El hombre soltó una carcajada al tiempo que retorció las manos para echar la cabeza hacia atrás y mirarlo a la cara. Stryker siseó al ver sus ojos, amarillos y ribeteados por un círculo rojizo.

—Se alimentan de mí. Supongo que tú eres el siguiente plato.

La respuesta lo dejó desconcertado.

—No eres daimon ni apolita. No van a conseguir nada alimentándose de ti.

El hombre soltó una carcajada amarga.

—Díselo a ellas.

Stryker frunció el ceño al ver el estrecho collar negro que el hombre llevaba en el cuello. Era una especie de collar de contención.

—¿Qué eres?

—Soy el sufrimiento personificado.

De eso no había duda. De hecho, parecía eso y más.

—¿Tienes nombre?

—Jared.

—Yo soy ...

—Strykerio, aunque respondes al nombre de Stryker. Odias a la diosa a la que sirves y ansias matar a su único hijo y vengarte del que fuera un ser humano que mató a tu hermana.

Stryker se quedó helado, escuchando sus planes de boca del tal Jared.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo. Siento cada latido en el universo. Cada grito pidiendo ayuda y cada lágrima de dolor.

Y lo estaba acojonando.

—Lo siento —se disculpó Jared—. Le causo esa reacción a mucha gente.

—¿Qué reacción?

—Acojonarlos.

—¿Puedes leer mis pensamientos?

—*Los conozco antes incluso de que los tengas.*

En esa ocasión no habló. Sin embargo, su voz resonó, alta y clara, en la mente de Stryker.

—Sal de mi cabeza.

Jared le regaló una sonrisa burlona.

—Me encantaría. Menudo lío tienes ahí dentro. Pero estás demasiado cerca

físicamente como para bloquearte. —Se golpeó la cabeza contra la pared de piedra—. El dolor es la única manera de mantener tus pensamientos fuera de mi cabeza.

—¿Por eso te golpean?

El hombre le lanzó una mirada fría y muy elocuente.

—Más bien lo hacen porque les gusta.

Stryker sintió verdadera lástima por aquella criatura, que debía de estar sufriendo una espantosa agonía. Había algo en él que le resultaba familiar, pero se le escapaba.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Jared soltó un suspiro cansado.

—Se acerca Medea.

Las palabras apenas habían salido de sus labios cuando la puerta se abrió para dejar paso a Medea. Estaba guapísima vestida con unos vaqueros y una blusa de color rojo sangre. Ningún padre podría pedir una hija más perfecta.

Más cariñosa, tal vez, pero no más guapa.

Medea miró a Jared, y la compasión brilló en sus ojos un instante antes de que fuera reemplazada por el estoicismo. La expresión de Jared, en cambio, era furiosa y desafiante.

Medea se volvió hacia Stryker.

—Siento mucho tu situación actual.

Jared resopló.

—Sí, lo siento muchísimo. Solo tienes que mirarme para saber lo compasiva que es.

—Cierra el pico.

Un bozal de cuero apareció de la nada y le cubrió la mitad inferior de la cara. Jared gruñó mientras intentaba zafarse de las cadenas y del bozal, pero fue en vano. Sus músculos se tensaron en su lucha contra las ataduras.

—¿Es necesario? —le preguntó Stryker a su hija.

Medea se desentendió de los gritos de Jared y respondió la pregunta.

—Deberías preocuparte más por tu bienestar.

—¿Por qué? ¿Vas a matarme?

—Estoy segura de que *matera* lo hará a la menor oportunidad.

—En ese caso ¿por qué estoy aquí?

Medea se cruzó de brazos y se encogió de hombros.

—Por curiosidad. Quiero comprender de dónde proceden mis poderes y cómo puedo canalizarlos mejor. Está claro que no son herencia materna... Ella tiene poderes psíquicos, pero no la habilidad para invocar las mismas cosas que yo.

Sus palabras lo intrigaron. ¿Qué poderes tenía su hija?

—¿Qué clase de cosas?

—*A mí.*

Stryker escuchó la voz de Jared en su cabeza.

Medea se volvió hacia Jared y le lanzó una descarga astral al pecho. El hombre siseó de dolor mientras en su pecho aparecía un círculo negro a medida que se le quemaba la piel. Tenía todo el cuerpo tenso.

—Mantente al margen.

Stryker apretó los dientes al ver que una solitaria lágrima roja se deslizaba por la mejilla de Jared. Era muy raro que llorase sangre. Nunca había oído hablar de semejante criatura. Fuera lo que fuese, no se merecía ese tratamiento.

Stryker fulminó a su hija con la mirada.

—Que sepas que, aunque sea despiadado, nunca me ha gustado la tortura. Mátao o libéralo.

Medea meneó la cabeza.

—Mi madre nunca lo permitiría.

—Pues déjalo tranquilo.

—¿De verdad que no te gusta la tortura?

—No, nunca me ha gustado. Una cosa es golpear llevado por la furia y otra muy distinta causar dolor por placer. Soy un soldado, no un cobarde.

—¿Me estás llamando cobarde?

Stryker miró a Jared, que jadeaba en su esfuerzo por sobrellevar la agonía de su herida. Su pecho seguía humeando y la descarga astral seguía quemándole la piel.

—Siempre hay que darle a tu oponente la oportunidad de defenderse. Que gane el mejor, y si resulta que no eres tú, al menos morirás con dignidad.

Medea lo miró con una ceja enarcada antes de volverse hacia el otro prisionero.

—¿Jared? ¿Me está mintiendo? —Levantó la mano y el bozal de cuero desapareció.

—No —contestó el aludido, con voz tensa y débil—. Se rige por un código moral muy retorcido.

La criatura y sus poderes intrigaban a Stryker.

—¿Qué es? ¿Tu detector de mentiras personal?

Su hija le dirigió una sonrisa desdeñosa.

—Algo parecido.

Jared resopló.

—¿Por qué no le cuentas la verdad? Soy el perro faldero al que mantienes atado para que no se mee en la alfombra.

Medea agitó la mano y el bozal volvió a taponarle la boca.

—¿Por qué me buscas siempre las cosquillas?

Jared se debatió contra las cadenas mientras gritaba algo ininteligible.

Tenía una fuerza admirable. Stryker vio una expresión respetuosa en los ojos

de su hija.

—¿Discutís todo el tiempo como dos tortolitos?—le preguntó a Medea.

Su hija resopló.

—No discuto con él. Solo es una herramienta que usar.

—¿Cómo?

No obtuvo respuesta.

—*Matera* dice que debería dejar que te matase por abandonarnos.

—Pero...

—Pero quiero comprender cómo fuiste capaz de abandonar a la mujer a quien querías sin mirar atrás y sin arrepentirte nunca. Esa clase de egoísmo me resulta desconcertante.

La acusación lo dejó petrificado. ¿Sin arrepentirse? Se había arrepentido de la pérdida de Céfira todos los días de su vida. Pero lo habían educado para anteponer el deber al amor.

Siempre.

Su padre había exigido que dejara a Céfira para casarse con una sacerdotisa y cumplir así el destino que tenía planeado para él, y lo había hecho. Aunque no había sido del todo así. Céfira lo había echado a patadas después de que Apolo le dijera lo que opinaba de ella y de sus humildes orígenes.

«¿La hija de un pescador casada con el hijo de un dios? ¿Estáis locos? Strykerio, hay putas de sobra para que te entretengas. No te salvé de la matanza para que te casaras con esta zorra y engendraras hijos inferiores.»

Él debería haber defendido a Céfira. Lo había sabido en aquel entonces. Pero con catorce años, una edad muy habitual para contraer matrimonio en el mundo antiguo, los poderes de su padre eran aterradores. Y también le aterraba la posibilidad de decepcionar al dios que lo significaba todo para él.

—¿Y bien?—insistió Medea—. Contéstame. ¿Por qué nos abandonaste?

Stryker adoptó una expresión distante. Ya no era un jovencuelo asustado. Era un general con once mil años de experiencia.

—No le doy explicaciones a nadie, y mucho menos a mi hija. Lo que pasó es algo entre tu madre y yo.

—¿Estás dispuesto a morir?

—Soy un guerrero, Medea. Acepté la muerte como algo inevitable en cuanto empuñé mi primera espada para luchar. Maté a mi hijo por traicionarme. Supongo que es justo que mi hija me mate por algo que ella ve como un delito similar. Solo me arrepiento de no poder conocer mejor a una hija tan parecida a mí que sería capaz de ejecutarme sin pestañear, sin titubear ni arrepentirse.

Medea levantó la mano.

Cuando pensaba que iba a morir, los grilletes que lo inmovilizaban desaparecieron de sus muñecas y de sus tobillos.

—Acompáñame.

Stryker la siguió mientras ideaba un plan. Medea ignoraba que no era un cachorrito dócil que se dejara manejar por los demás.

Cuando llegó a la puerta, se volvió para mirar a Jared, que colgaba sin fuerzas de las cadenas con el bozal puesto. Sintió una oleada de compasión.

—*No me compadezcas, Stryker. No escogí estar aquí.*

Las palabras resonaron en su cabeza mientras se marchaba detrás de su hija, quien cerró la puerta, bloqueando la visión que tenía de Jared.

—¿Es un prisionero?

—No. Fue un regalo.

—¿Un regalo?

Asintió con la cabeza sin explicar nada más.

—¿De quién? —insistió él.

Medea abrió una puerta y lo condujo a una estancia fría y austera.

—No hablamos de la presencia de Jared. Bajo ninguna circunstancia.

« Si tú lo dices... »

Medea echó a andar por el pasillo. Una vez fuera de la estancia donde había estado cautivo, sintió que sus poderes regresaban. Aquel lugar debía de estar protegido con algún hechizo que anulaba los poderes. Pero una vez libre...

Revitalizado, corrió hacia su hija y la atrapó desde atrás.

Medea jadeó y abrió los ojos de par en par.

—Soy un líder, niña. No sigo a nadie. —La apretó con más fuerza y usó sus poderes para volver con ella a Kalosis.

Medea gritó furiosa al tiempo que intentaba teletransportarse para escapar de Kalosis.

Stryker chasqueó la lengua.

—He cerrado el portal. No puedes salir a menos que vuelva a abrirlo.

Su hija lo miró echando chispas por los ojos, gesto que le recordó todavía más a su madre.

—*Matera* te matará por esto.

La soltó y retrocedió un paso.

—Iba a matarme de todas formas. ¿Qué más da?

—No planeaba torturarte primero. Pero ahora... seguro que cambia de opinión.

Se encogió de hombros para restarle importancia.

—Querías pasar tiempo con tu padre. Aquí me tienes. —Su expresión se endureció mientras le sostenía la mirada para dejarle claras sus intenciones—. Pero deberías saber algo sobre mí: nadie me obliga a hacer nada. Soy y siempre seré un general. Nadie me dice lo que tengo que hacer. —La última persona a quien había obedecido, su padre, lo había traicionado. Desde aquella noche juró que solo él regiría su vida.

Medea torció el gesto.

—*Matera* tenía razón. Eres un gilipollas.

La furia de su hija le hizo gracia.

—Te equivocas. Un gilipollas te entregaría a sus demonios. Yo soy tu padre, y la verdad es que echo de menos tener a mis hijos a mi lado. Esa debilidad es lo único que te permite seguir viviendo después de haberme amenazado.

Extendió el brazo y le cogió la barbilla. El gesto la tensó de tal forma que a Stryker le sorprendió que ella no le clavara los colmillos en la mano. En cambio, lo miró con desdén. Le recordaba muchísimo a la hija que había perdido hacía once mil años. Salvo que Tannis nunca había sido una luchadora. Jamás había compartido el amor por la vida de Urian. En ese aspecto no se parecía en nada a Medea. Tannis había preferido desintegrarse en su vigésimo séptimo cumpleaños mientras él la sostenía entre sus brazos, suplicándole que acabara con una vida

humana para poder vivir un día más. Su hija se había negado en redondo. Y sus gritos pidiendo clemencia aún resonaban en sus oídos.

Medea volvió la cabeza hacia su mano, justo antes de asestarle un rodillazo en la entrepierna.

Stryker soltó un taco mientras la cogía de la mano para evitar que volviera a golpearlo y la apartó de un empujón. Dolorido, deseó matarla por lo que había hecho. Pero era la hija de su madre.

Y también era su hija.

Con la ayuda de sus poderes la estampó contra la pared que tenía detrás.

—Considérate afortunada porque me arrepintiera de haber matado a mi hijo por muchísimo menos de lo que tú acabas de hacerme. De no ser por eso, ahora estarías muerta.

—Yo también te quiero, papá. —El tono sarcástico era desdeñoso y frío.

Al menos no era como Urian, y no le soltó lo mucho que lo odiaba y cuánto deseaba matarlo.

—¡Davyn! —gritó, llamando a uno de sus lugartenientes. Se irguió, negándose a dejar que uno de sus hombres supiera que estaba dolorido. Nadie conocería jamás sus puntos débiles.

Davyn entró en la estancia.

—¿Milord?

Stryker señaló a Medea con la barbilla.

—Lleva a nuestra invitada a mis aposentos y enciérrala hasta que tenga tiempo para ocuparme de ella. —Levantó la mano, permitiendo que se apartara de la pared, y aparecieron un par de grilletes en torno a sus muñecas.

Medea siseó mientras intentaba romperlos.

—Me vengaré por esto.

—Y me harás pupita, sí —replicó él con sorna.

Davyn decidió, con mucha sensatez, hacer oídos sordos.

—Sí, milord. Lo haré enseguida.

Medea no dijo nada cuando el apuesto daimon se acercó a ella, demostrando el buen tino de no tocarla.

—Por favor, sígueme... —Davyn señaló la puerta con la mano.

«Como si tuviera elección. ¡Cabrones!» , pensó Medea.

Furiosa, fulminó a su padre con la mirada antes de permitir que Davyn la condujera afuera de la estancia.

—¿Siempre lo obedeces? —le preguntó al daimon en cuanto se quedaron solos.

Davyn la miró por encima del hombro. Era alto y rubio, tenía el pelo corto y una perilla bien recortada.

—Si quisiera morir, dejaría de alimentarme de almas humanas. Sería un método muchísimo menos doloroso que desafiar a Stryker.

—¿Eso quiere decir que le tienes miedo?

Davy n resopló.

—Todo el mundo le tiene miedo. Mató a su propio hijo.

—No deja de repetírmelo.

—En fin, yo estaba presente cuando sucedió. Estábamos luchando contra nuestros enemigos cuando Stryker se acercó a él con parsimonia, lo abrazó, le rebanó el pescuezo y lo dejó tirado para que se desangrara.

El relato le provocó un escalofrío. ¿Cómo podía ser un padre tan desalmado? El hecho de que fuera su propio padre le daba un cariz todavía más siniestro a la idea.

Davy n dobló a la izquierda y enfiló otro pasillo.

—Urian era uno de mis mejores amigos y quería a su padre con locura. Le sirvió durante siglos con absoluta lealtad. Créeme, no se merecía ese trato.

¿Qué habría hecho su hermanastro para merecer semejante castigo?

—¿Por qué lo mató Stryker?

—Porque se casó con una de nuestros enemigos a sus espaldas.

Medea tropezó al escuchar esas palabras, que habían sido pronunciadas en voz baja, incapaz de creer que semejante nimiedad fuera suficiente para quitar una vida, y mucho menos la de un hijo.

—¿Y ya está?

Davy n se detuvo junto a una puerta abierta.

—Ya está.

Incapaz de concebir la crueldad de Stryker, Medea titubeó mientras percibía algo en su acompañante.

—Eres un *agkelos*. —Eran daimons que solo se alimentaban de humanos perversos. Daimons que habían jurado capturar únicamente las almas de aquellos que merecían la muerte. Pederastas. Violadores. La escoria de la humanidad.

Davy n se quedó blanco.

—¿Cómo lo sabes?

—Percibo las almas que llevas dentro. Has matado a tres hace poco. —En ese momento se dio cuenta de otra cosa. No era como su padre. Ese daimon tenía un corazón.

Todavía.

—Sé por qué escoges a tus víctimas, pero escucha una cosa: esas almas te destruirán. Te corromperán hasta convertirte en lo mismo de lo que te alimentas.

Davy n la miró con recelo.

—¿Cómo lo sabes?

Medea no tenía la menor intención de contestar aquella pregunta.

Stryker estaba sentado en su despacho, observando a través de la esfera cómo Céfira se paseaba furiosa de un lado para otro. Aquella mujer se movía como la plata líquida. Ardiente. Elegante. Se excitó al recordar lo bien que se sentía al tenerla entre sus brazos. Lo que se sentía al hacerle el amor a una mujer tan apasionada. Llevaba su olor y sus caricias grabadas a fuego en la memoria.

Siempre le había encantado su temperamento. En una ocasión, poco después de que se casaran, ella se había enfadado al verlo coquetear con otra mujer. Cuando regresaron a casa, Céfira lo tiró al suelo y procedió a hacerle el amor hasta que casi lo dejó ciego de tanto placer. Tuvo rozaduras en las piernas durante una semana después de aquel episodio.

« Como vuelvas a mirar a otra mujer, te saco los ojos. »

En vez de sacarle los ojos, le había despellejado toda la espalda mientras hacían el amor. Se le aceleró el corazón al recordar su habilidad y se le puso dura al instante, deseando probarla una vez más.

Alejarse de ella fue lo más duro que había hecho en toda la vida. Pero de haberse quedado, su padre la habría matado sin compasión. Era imposible que Apolo hubiera permitido que dos mortales desafiaran sus planes divinos. Era más intransigente que él mismo.

De modo que había actuado de manera noble. Había hecho lo correcto. En vez de intentar librar una batalla que les habría costado la vida a ambos, la dejó viva con la esperanza de que pudiera encontrar a un hombre que la mereciera.

Y durante los siglos que habían transcurrido desde entonces, no había pasado un solo día sin que pensara en ella y sin que la echara de menos. Se había arrepentido a cada segundo de todo el tiempo que les había sido negado.

Sin embargo, nunca se arrepintió de haberla protegido de la ira de su padre.

Incapaz de permanecer lejos de ella un solo instante más, Stryker se teletransportó a su templo en Grecia. Era uno de los pocos templos en honor a Artemisa que seguían usándose para adorar a la diosa, y era un lugar frío e intemporal, como la propia Artemisa.

En cuanto Céfira se percató de su presencia, se volvió hacia él presa de la ira. Con los ojos negros relampagueantes, sacó el puñal que llevaba en la bota y se abalanzó sobre él.

—Quieta —le dijo con tranquilidad, a pesar de que le ardía el cuerpo por el deseo de saborearla—. Si me matas, mis hombres matarán a Medea.

Céfira apretó con más fuerza el puñal, pero se quedó quieta delante de él.

—¿Usarías a tu propia hija como moneda de cambio?

Stryker se encogió de hombros antes de contestar:

—Agamenón mató a la suya para poder atacar a sus enemigos. Al fin y al cabo, somos griegos antiguos, ¿no?

—Tú eres un cerdo medio griego, pero yo soy una apolita atlante. —Devolvió el puñal a su funda y después se irguió. La pose tensa que adoptó le dejó claro que estaba más que dispuesta a luchar—. Dime, ¿qué quieres?

Antes de poder controlarse, Stryker la abrazó para besarla.

Céfira tenía pensado apuñalarlo en cuanto la tocara, pero nada más sentir sus labios, recordó por qué se había casado con él. Por muy arrogante, insufrible y desleal que fuera, también era increíblemente sexy y la ponía a cien. Nadie besaba como él. Nadie se le parecía. Su cuerpo de guerrero estaba esculpido a base de músculos duros y fuertes que se movían como el agua. Y esos músculos pedían a gritos ser acariciados y lamidos.

Y cuando sentía sus brazos alrededor de ella, podía perdonarle cualquier cosa. O casi.

Lo apartó de un empujón.

—Eso ya no funciona conmigo, gilipollas. Ya no soy la niñita que dejaste atrás.

Sus ojos turbulentos se oscurecieron.

—No, no lo eres. Ella era muy guapa, pero tú... tú eres una diosa.

Céfira levantó el puñal y se lo apoyó en la garganta, justo por debajo de la nuez. Quería rebanarle el pescuezo, pero una parte desconocida de su ser se lo impedía. ¿Qué le pasaba? Ella nunca titubeaba.

—No te acerques más.

Su expresión se tornó crispada. « ¡Por todos los dioses! », exclamó para sus adentros. Nadie debería ser tan guapo. Esas cejas negras que se arqueaban por encima de los turbulentos ojos plateados... Y esos labios... recordaba demasiado bien todo el placer que le había dado y el tiempo que se tomaba para hacerlo. Había sido un amante insaciable, habilidoso y considerado. Un amante que no la había dejado con la miel en los labios.

—¿De verdad me cortarías el cuello? —le preguntó él, con voz ronca.

Céfira intentó controlar las fuertes emociones que la embargaban.

—Suelta a mi hija y te enterarás.

Stryker pegó el cuello a la afilada hoja, dejando que le hiciera un delgado corte. Céfira miró detenidamente la sangre y se le hizo la boca agua, deseando saborearla. Esa era una de las cosas que Apolo les había hecho y que más odiaba. El atractivo de la sangre apolita era una locura que los llevaba a alimentarse cada vez que la oían. Era un impulso que nadie de su raza podía controlar.

Incapaz de soportarlo, apartó el puñal, cogió a Stryker del pelo y lo acercó a ella de un tirón.

Stryker siseó cuando Céfira le clavó los colmillos en el cuello. Se le puso la carne de gallina al tiempo que se dejaba abrazar. El roce de su aliento en el cuello lo puso a mil.

—Por todos los dioses, cómo te he echado de menos.

Céfira le clavó los colmillos con más fuerza para succionar su sangre, hasta hacerle daño.

—Te odio con todo mi corazón.

Esas palabras le hicieron más daño que sus colmillos. Y aun así obtuvo placer del dolor. Se merecía su odio.

—Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y cambiar la noche en que me marché.

Céfira se apartó mientras lo insultaba.

—Siempre fuiste un cobarde.

Stryker la cogió del brazo y la pegó a él.

—Nunca fui un cobarde. Tal vez un imbécil, pero jamás he huido de nada.

—Si de verdad te lo crees, es que eres imbécil, sí. Ahora devuélveme a Medea.

Meneó la cabeza.

—Mi hija se queda conmigo.

Céfira se abalanzó sobre él con un gruñido.

Stryker consiguió inmovilizarla.

—Sigues siendo irracional. —Aunque lo peor era que seguía siendo muy atractiva y que la deseaba con una pasión abrumadora. Se inclinó hacia su pelo, lo justo para aspirar el arrebataador olor a camomila mezclado con lavanda. El aroma lo embriagó. ¡Cómo la deseaba!—. Veamos... Tú me quieres muerto y yo quiero saborearte. ¿Qué te parece si resolvemos este asunto como los guerreros que somos?

—¿A qué te refieres?

—Luchemos. Si ganas, me matarás.

Céfira ladeó la cabeza y lo miró con expresión suspicaz.

—¿Y si pierdo?

—Me concederás dos semanas para intentar conquistarte de nuevo. Si al final de esas dos semanas sigues odiándome, dejaré que me ejecutes.

Céfira se quedó alucinada al escuchar su ofrecimiento. No terminaba de creérselo.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—Soy un hombre de honor. Tú mejor que nadie sabes que mi honor lo significa todo para mí. Si no te he conquistado en dos semanas, no me merezco más que morir a tus manos.

—Sabes que no soy la tonta incapaz de manejar un cuchillo de cocina con la que te casaste. Te mataré.

—Lo sé.

—En ese caso, acepto tus condiciones. —Se apartó de él—. Prepárate para morir.

Stryker hizo aparecer dos antiguas espadas griegas y le ofreció una.

Echando chispas por los ojos, Céfira la aceptó y se preparó para la lucha. Stryker la saludó con la espada.

Se abalanzó sobre él, con la intención de cortarle la cabeza. Stryker bloqueó su movimiento y la obligó a retroceder, antes de girar y cambiarse la espada de mano para asestarle un golpe ascendente que casi logró desarmarla. Sin embargo, Céfira era rápida y fuerte. Lo imitó, cambiándose la espada de mano, y consiguió hacerlo retroceder con la ferocidad de su ataque.

—Eres increíble —murmuró él, impresionado por su habilidad y su pasión.

—Pues tú no. —Le lanzó una patada de tijera y atacó su cuello.

Stryker sintió el escozor que le provocó el golpe mientras amagaba a la izquierda y se dejaba caer al suelo, para después asestarle una patada y derribarla. Céfira soltó un taco mientras se ponía en pie de un salto para intentar golpearle el brazo extendido. Stryker expresó su admiración con una sonrisa y continuó con su ataque. Céfira hizo una finta hacia la izquierda y después hacia la derecha. Sin embargo, Stryker consiguió detener el golpe con su hoja, haciendo que ella perdiera su arma.

Céfira le dio un empujón, le clavó los colmillos en el brazo y giró por el suelo hasta recuperar su espada antes de ponerse en pie, dispuesta para continuar con la pelea.

Stryker soltó un taco al tiempo que se cubría la herida del brazo con la mano.

—¿Me has mordido?

—Hay que emplear todas las armas a nuestra disposición. —Se abalanzó sobre él blandiendo la espada.

—Eso solo lo hace una mujer —replicó él, decepcionado porque hubiera recurrido a semejantes tácticas.

—Pero funciona. A lo mejor si lucharas como una mujer y no como un mono borracho, conseguirías ganar.

El brazo le ardía, pero Stryker consiguió bloquear el golpe que ella le lanzó y la obligó a pegarse a su izquierda. De forma instintiva alzó la mano para darle un puñetazo en la cara, pero se detuvo.

Nunca le pondría la mano encima a la madre de su hija. Nunca le pondría la mano encima a la mujer que había querido más que a su propia vida.

El titubeo le salió caro, ya que Céfira consiguió liberar su espada y le hizo un corte en el hombro. Stryker siseó de dolor y trastabilló hacia atrás. Como haría un auténtico guerrero, Céfira aprovechó esa ventaja, lanzándole un golpe tras otro.

La ferocidad de su ataque consiguió dañar mucho más que su brazo herido. Le atravesó el corazón.

—¿De verdad me quieres muerto?

—Lo deseo de todo corazón.

Como no estaba dispuesto a concederle su deseo, la atacó a su vez, de tal

modo que consiguió pasar la espada por debajo de la de Céfira, quitándosela de las manos. La espada de su oponente salió volando. En ese instante se apartó de ella, atrapó la espada en el aire y cruzó las dos hojas delante de su cuello.

—Ríndete.

Céfira lo miró echando chispas por los ojos.

—¡Te odio! ¡Eres un cabrón!

—Pero te he ganado legalmente. Ríndete.

Céfira le escupió a los pies.

—Me ciño a mi palabra, pero nunca conseguirás recuperarme. Créeme, dentro de dos semanas te rebanaré el pescuezo, beberé de tu sangre, te atravesaré el corazón y me reiré a carcajadas mientras tu cuerpo se desintegra.

—Bonita imagen. Deberías escribir guiones para la tele. —Utilizó sus poderes para hacer desaparecer las espadas—. Te aseguro que ha sido una pelea limpia. De igual a igual. Podría haber utilizado mis poderes, pero no lo he hecho.

Céfira lo aplaudió con evidente sarcasmo.

—¿Quieres que vaya calentando el horno para hacerle unas galletitas al héroe?

Stryker soltó un suspiro al escucharla.

—He encontrado la horma de mi zapato, ¿verdad?

—La verdad es que no. Te odio hoy y te odiaré mañana. ¿Para qué perder el tiempo? Dame una espada y deja que te rebane el pescuezo ahora mismo. En una ocasión me dijiste que morirías por mí. ¿Qué tal si cumples esa promesa?

Resopló al escuchar el rencor de aquellas palabras.

—¿Para qué cumplir esa cuando he roto tantas otras?

La réplica hizo que Céfira se pusiera colorada y lo mirara echando chispas por los ojos.

—Justo lo que pensaba. Eres un mentiroso y un cobarde. No vas a rendirte a mí cuando pasen dos semanas, ¿verdad?

—No estoy hablando de promesas. Sino de honor. Nunca he sacrificado mi honor por nadie.

—No, solo tu amor —repuso ella con sorna—. Dime una cosa, Strykerio, ¿mereció la pena?

Esa era la pregunta del millón, ¿no? Una de las sacerdotisas que lo había cuidado de pequeño le dijo en una ocasión que la gente siempre se arrepentía de las cosas que no había hecho. Y tenía razón. Ojalá no hubiera abandonado a Céfira.

Se le ablandó el corazón al recordar el pasado.

—He tenido diez hijos hermosos. Fuertes. Valientes. Y los quise a todos. ¿Cómo voy a arrepentirme de eso?

—¿Y tu mujer? ¿Qué me dices de ella?

Ella también fue hermosa. Dócil y callada. Nunca le hacía preguntas. Una

auténtica dama del mundo antiguo.

—Fue una esposa obediente y fiel. Jamás mancillaré el honor de la madre de mis hijos, ni la insultaré.

Los ojos de Céfira se oscurecieron todavía más. Le había asestado un golpe bajo sin pretenderlo.

Además, él nunca le quitaría lo que habían compartido.

—Pero nunca pudo ser como tú, Fira. Ni de cara ni de cuerpo. Ni tampoco igualó tu pasión. Siempre fuiste la luz en mi oscuridad.

Céfira se acercó a él despacio. Con cautela.

Con el hombro dolorido y sangrando, Stryker se tensó a la espera de un nuevo ataque. Céfira extendió una mano, le enterró los dedos en el pelo y tiró de él hasta que sus labios se encontraron para darle un beso tan apasionado y feroz que el deseo corrió por las venas de él al instante. Su cuerpo cobró vida al tiempo que le devolvía el beso con cada fibra de su ser que la había echado de menos.

Céfira se apartó con un gruñido y lo fulminó con la mirada antes de empujarlo.

—Ahí tienes un recordatorio de todo lo que despreciaste. Mi corazón está muerto para el mundo, salvo para Medea. Solo ella retiene ese último trocito de mí.

—En ese caso la liberaré.

Céfira resopló para expresar su desdén.

—Tus trucos no van a funcionar conmigo.

—No es un truco. Me has dado tu palabra de honor y yo voy a entregarte una muestra de mi fe. Confío en que te atengas a las condiciones de nuestro pacto, de modo que te la devolveré.

Céfira lo miró con los ojos entrecerrados, ya que no se fiaba de él ni un pelo. Era más listo que cualquier otro hombre que hubiera conocido. Era astuto. Sabía cómo manipular a los demás para conseguir lo que quería. Siempre lo había hecho.

Con todo el mundo salvo con su asqueroso padre.

Más guapo que cualquier dios, su Strykerio siempre le había provocado una lujuria insaciable. Pero en ese momento solo sentía furia y odio.

Le resultaba muy raro verlo con aquellos extraños y turbulentos ojos plateados. De mortal sus ojos eran de un azul cielo. Ansió tener hijos con aquellos ojos, hijos que le recordaran lo mucho que lo quería.

Los ojos de Medea eran como los suyos, verdes, y mientras fueron mortales, les agradeció a los dioses el pequeño favor. Hasta la noche en que Apolo maldijo a todos los de su raza porque un grupito de soldados atlantes mató a su amante griega y al hijo que tenía con ella.

Fue la noche del sexto cumpleaños de Medea, y mientras lo celebraban, Céfira había visto como los ojos de su hija se volvían negros. Ajena en su

momento a la causa de la maldición, Céfira había abrazado a su hija mientras vomitaba la comida y comenzaba a anhelar la sangre.

En cuanto comprendió lo que les habían hecho, en qué consistía la maldición, oyó todo lo relacionado con Stryker y con su padre, Apolo.

—Dime una cosa, ¿sigues venerando a tu padre?

Vio la amargura en sus ojos plateados.

—Lo odio con todas mis fuerzas.

—Pues ya tenemos algo en común.

—También tenemos una hija.

Céfira torció el gesto al escuchar semejante temeridad.

—No. Yo tengo una hija. No pienso permitir que reclames a Medea cuando nunca has estado a su lado. Es mía.

Stryker meneó la cabeza.

—Los hijos son un quebradero de cabeza. Da igual lo mucho que los quieras y lo mucho que lo intentes, al final harán lo que les dé la gana. Y a la mierda con los padres.

—Pero en tu caso no fue así, ¿verdad?

Stryker hizo una mueca.

—Solo era un muchacho, Céfira. Mi padre nos habría matado a los dos si llego a contrariar sus planes. O nos habría maldecido.

—Lo hizo de todas formas, ¿no?

—Exacto. Y he tenido que ver cómo mis hijos y mis nietos se desintegraban delante de mis ojos. Sostuve a mi hija mientras pedía a gritos una clemencia que tardó horas en llegar. Debería haberla matado para ahorrarle el sufrimiento, pero era joven y rezaba por que se convirtiera en daimon como sus hermanos. Pero se negó hasta que por fin se desintegró. Uno a uno, todos los miembros de mi familia han muerto con un terrible sufrimiento. No me queda nada. Ni uno solo.

Céfira quería insultarlo, restregarle aquella sensiblería tan femenina. Pero la verdad era que la parte de sí misma que reservaba para su hija se sentía conmovida. De hecho, quería consolarlo por su pérdida. Su mayor temor había sido ver envejecer y morir a Medea.

Por suerte, su hija era más fuerte.

—¿Medea tiene hijos?

Céfira se tensó por el dolor que le provocaba una pregunta tan inocente. Por los amargos recuerdos que la quemaban por dentro.

—Tuvo un hijo. —Más guapo que cualquier niño que hubiera nacido jamás. Praxis había sido precioso y muy dulce. Un niño risueño. Cariñoso.

—¿Dónde está?

Se obligó a contestar sin rastro de emoción.

—Muerto.

Los ojos de Stryker se oscurecieron tras escuchar el monosílabo.

—¿Y su marido?

—Fue muy irónico, la verdad. En contra de mis deseos, su marido y ella se unieron al Culto de Pólux.

Dicho culto estaba compuesto por los apolitas que se negaban a rebelarse contra la maldición de Apolo. Vivían en paz entre los humanos, a la espera de una muerte espantosa cuando llegara su vigésimo séptimo cumpleaños. Cada miembro del culto juraba no hacerles daño a los humanos ni a ninguna otra forma de vida.

—Su marido murió a manos de los mismos humanos furiosos que tenían sus colmillos. Intentó distraerlos para que ella pudiera poner a salvo a su hijo. Le dieron una paliza brutal y le arrancaron el corazón mientras estaba en el suelo, después capturaron a Medea y la torturaron durante días. Le arrancaron a su hijo de los brazos y lo mataron delante de sus ojos. —La furia y la indignación la quemaban por dentro—. Solo tenía cinco años. Y también habrían matado a Medea si no llego a encontrarla a tiempo. Eso la convirtió en la guerrera que has visto. Odia a los humanos por su crueldad, lo mismo que yo. Son animales que solo sirven para el matadero, y yo estoy encantada de ejercer de carnicera.

Stryker la entendía perfectamente. Había presenciado su crueldad hacia su gente y hacia sus hijos. Por eso no le tenía el menor afecto a la humanidad. Por eso no le tenía compasión. ¿Por qué tenían que vivir en paz cuando su raza no tenía ningún futuro?

Sin embargo, sus palabras lo confundieron, y miró a su alrededor, al templo cuyas paredes estaban decoradas con escenas bucólicas de mujeres que bailaban con ciervos. Allí era donde los siervos de Artemisa seguían rindiéndole culto.

—Y sin embargo vives entre ellos.

—Solo con un grupo muy reducido. Algunas siervas de Artemisa nos dieron cobijo cuando lo necesitamos. Ellas nos han cuidado durante siglos, y por ese motivo las dejamos vivir.

Stryker frunció el ceño.

—¿Por qué lo permitió la diosa?

—Artemisa se ha portado bien con nosotras. Y a cambio de su amparo, le hago algún que otro trabajito.

—¿Como qué?

—Matarte.

La miró con brillo burlón en los ojos mientras se acercaba a ella.

—¿Volvemos a lo mismo?

—Siempre volveremos a lo mismo.

—Me parece bien. —Suspiró—. Vamos, Fira, te llevaré con nuestra hija.

Le tendió la mano.

Céfira torció el gesto, asqueada.

—Métetela por donde te quepa —replicó al ver su mano extendida.

Stryker chasqueó la lengua.

—Hubo un tiempo en el que me habrías besado la palma con cariño y ternura. Pero la verdad es que me sorprendes. Un enemigo astuto me besaría la mano y me apuñalaría por la espalda mientras estoy distraído.

Céfira resopló al tiempo que le apartaba la mano.

—Sería un acto de cobardía. Ya vale. Nos estás insultando a ambos con esa sugerencia. No me gustan los ataques infantiles. Persigo lo que quiero, y si es la vida de mi enemigo, no quiero que se malinterpreten mis intenciones. Si te mereces mi odio, también te mereces saber que voy a por ti.

Stryker sonrió al percibir la furia en sus palabras y se alegró al escucharlas de sus labios.

—El código de un auténtico guerrero. —La respetaba todavía más por eso—. Cógete de mi mano, Céfira.

Ella, en cambio, le escupió.

Molesto, Stryker la cogió de la mano y la pegó contra su cuerpo. Quería estrangularla por su terquedad. Pero sobre todo quería besarla.

—Voy a destriparte —le advirtió ella.

Stryker se limpió la mano en la camisa de Céfira mientras ella se la golpeaba.

—Si lo haces estando desnuda, no pienso quejarme.

—Eres un cerdo traidor. —Hizo ademán de abofetearlo.

Stryker atrapó su mano y se enfrentó a su mirada desafiante antes de replicar:

—Y tú eres una arpía preciosa que debería dar gracias porque recuerde lo suficiente de los viejos tiempos para no hacerle lo que le haría a quien me escupe.

Céfira contuvo el aliento al ver la rabia en sus ojos. Estaba a un paso de pegarle, y aunque una parte de ella lo deseaba, el control que demostraba la sorprendía. En el mundo en el que habían nacido un hombre tenía derecho a golpear a su mujer. Sin embargo, Stryker había evitado levantarle la mano incluso mientras se batían a espada.

Durante el año que estuvieron casados en la antigua Grecia, nunca le había hecho daño. Jamás le había levantado la mano, a pesar de que era despiadado con todos los demás. Eso era lo que más le gustaba de él.

Había hecho que se sintiera a salvo. Protegida. Si alguien la miraba mal, Stryker lo destrozaba.

Echaba de menos al estúpido muchachito en cuyos ojos relucía el amor cada vez que la miraba.

El hombre que tenía delante era formidable. No era un jovencito imberbe que intentaba complacerla. Era un guerrero con una experiencia en supervivencia de once mil años. Y también en el mando de un ejército de condenados que luchaba contra la humanidad y los Cazadores Oscuros que la

protegían.

Aunque había querido matar a Stryker en muchas ocasiones a lo largo de los siglos, jamás había podido acercarse a él hasta ese momento. Durante todos aquellos años había estado encerrado en Kalosis, y la única manera de entrar era con una invitación de Apolimia o del propio Stryker.

Mientras sirviera a Artemisa, Apolimia no trataría con ella. Y pedirle a Stryker que la dejara entrar habría arruinado su ataque sorpresa.

No obstante, la reputación que tenía Stryker entre su gente era legendaria. Los apolitas lo veneraban, a él y a su ejército de spati. Incluso ella lo respetaba por las batallas que había librado.

Aunque eso no cambiaba lo que les había hecho a Medea y a ella. Todavía lo recordaba dándole la espalda y saliendo de la casita que compartían para casarse con la mujer que había escogido su padre. Fuera como fuese, acababa de prometerle que se quedaría con él, y no pensaba romper la promesa. Era mucho mejor que él.

—Odio ese pelo negro —masculló antes de aceptar su mano.

Stryker soltó una carcajada al verla capitular y escuchar la pulla. Céfira no se había rendido ni titubeaba a la hora de dejárselo saber. La cogió de la mano y se la llevó a Kalosis, donde él mandaba.

En cuanto llegaron a la seguridad de sus dominios, Céfira apartó la mano y echó un vistazo por la lúgubre estancia donde recibía a los daimons que consideraban el infierno atlante como su hogar.

—Un pelín tétrico, ¿no te parece?

—A mí me gusta.

Céfira no replicó a sus palabras, sino que se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Dónde está Medea?

—En mis aposentos. Te llevaré con ella.

War se quedó quieto un instante después de aparecer en el pasillo posterior de una mansión que le recordaba a una antigua villa griega. Las contraventanas de color gris oscuro estaban bien cerradas para evitar el paso del cegador sol que de todas formas se colaba entre las lamas para iluminar el alegre interior. Las paredes blancas estaban decoradas con fotos antiguas de un muchacho rubio y de una mujer también rubia muy atractiva de ojos azules.

Los exóticos acordes de una música extraña resonaban por toda la casa, junto con las carcajadas y los coches que había en el exterior. Pero dentro nadie reía. Todo estaba en silencio y en calma.

War cerró los ojos e inspeccionó la casa con sus poderes hasta que localizó a quien le habían mandado matar.

Nick Gautier.

Sin embargo, no estaba solo. Había una mujer con él en la cama. Ambos estaban desnudos. Ambos estaban cubiertos de sudor después de haber echado un polvo.

Siglos atrás, habría matado a la mujer sin vacilar.

De hecho, debería hacerlo...

Agachó la cabeza y atravesó las paredes hasta llegar a la estancia donde la pareja se encontraba sobre una cama con dosel. Estaban abrazados entre las sábanas negras de seda. Una bandeja con una botella de vino medio vacía descansaba sobre la mesita de noche, al lado de un ramo de rosas rojas que yacía al descuido.

El hombre, Nick, estaba encima de la mujer, mordisqueándole el torso, mientras que ella le trazaba círculos en la espalda. La cara de Nick estaba oculta tras su melena castaña. La mujer, en cambio, era una belleza. Su larga melena negra estaba desparramada por la almohada mientras arqueaba la espalda y mantenía los ojos bien cerrados.

Aquel cuerpo atlético y desnudo lo dejó paralizado. Llevaba siglos sin disfrutar de una mujer. No había sentido una caricia desde...

Le bastó con pensar en aquella zorra para que perdiera el control. Se acercó a la cama sediento de sangre, cogió a Nick del cuello y lo estampó contra la pared.

—Fuera —le ordenó a la mujer, que se había apartado con un chillido.

—¡Vete, Jennifer! ¡Ahora!

La mujer no se lo pensó. Se envolvió con la sábana, saltó de la cama y corrió hacia la puerta.

Gautier se irguió para fulminarlo con la mirada. Tenía una barba de varios días y llevaba la marca del doble arco y la flecha en la cara. La marca de Artemisa.

War frunció el ceño al verlo. Y al entender lo que quería decir.

Claro que tampoco importaba. Había nacido para cabrear a los dioses.

—¿Quién coño eres? —preguntó Nick, que extendió los brazos y usó sus poderes para vestirse.

War soltó una carcajada.

—Llámame Muerte.

—No te ofendas, pero eres un poco patético. —Extendió un brazo.

War chasqueó la lengua al ver los *shuriken* que volaban en su dirección.

—Mira quién fue a hablar. —Se teletransportó por la habitación y cogió a Gautier por el cuello mientras los *shuriken* se clavaban en el dosel de la cama.

Levantó a Gautier del suelo y lo estampó contra la pared sin soltarlo.

Nick se estaba ahogando pese a sus esfuerzos por soltarse.

—¿Qué eres?

—Ya te lo he dicho. Soy la Muerte. Ahora, sé bueno y muérete.

Nick comenzó a jadear.

War lo estampó contra la pared tres veces más, intentando aplastarle la tráquea. El yeso de la pared se resquebrajó. Los golpes hicieron que los labios de Nick sangraran, al igual que los nudillos que lo golpeaban, de modo que las sangres de ambos se mezclaron. Apretó más la mano mientras esperaba que la luz de sus ojos se apagara.

En cambio, las pupilas de Nick relucieron de repente y sus turbulentos ojos plateados adoptaron el color de la sangre.

Antes de que pudiera moverse, Gautier le golpeó el brazo y consiguió soltarse.

Pasmado, War se alejó, tambaleándose.

La piel de Nick se oscureció. Jadeó y miró a War.

—¿Qué me está pasando? ¿Qué me has hecho?

War atacó.

Gautier bloqueó el puñetazo con el brazo antes de darle un cabezazo. War se alejó trastabillando al tiempo que se daba cuenta de lo que parecía imposible.

Estaban a punto de darle una paliza.

Stryker había dado dos pasos hacia sus aposentos acompañado de Céfira, para liberar a su hija, cuando una luz cegadora iluminó el pasillo. Nadie podría violar la santidad de su salón sin una invitación...

Con el ceño fruncido se volvió y vio a War, que parecía cabreadísimo.

—¿Pasa algo? —le preguntó al espíritu.

—¿Que si pasa algo? —repitió el aludido—. Es imposible que seas tan tonto.

—Pues parece que sí, porque a menos que Aquerón y Nick estén muertos, no se me ocurre otra razón para explicar tu presencia.

War se acercó a él muy despacio, resoplando.

—¿Muertos? No, si al final va resultar que eres tonto de verdad.

Stryker lo fulminó con la mirada, furioso.

—Al menos yo no malgasto el tiempo con insultos repetitivos. Ya puedes explicarte. O largarte.

—Vale. Voy a decírtelo con palabras sencillitas que hasta un retrasado entendería. Cuando me invocaste, se te olvidó comentarme un par de detalles fundamentales. Aquerón no es solo un dios. Es un ctónico, protegido por otro ctónico y por un ejército de demonios carontes.

Stryker cruzó los brazos por delante del pecho y soltó el aire. ¿Qué más le daba eso a alguien como a War? Había recurrido a él precisamente por eso. Si no costara tanto matar a Aquerón, lo habría hecho él mismo siglos atrás.

—Te crearon para matar a los ctónicos. No deberías tener el menor problema.

—Deberías habérmelo advertido.

¿Qué más daba?

—¡Venga ya! Creía que te las apañarías sin problemas.

—Puedo matarlo. Pero me llevará más tiempo.

—¿Y?

—Se te olvidó hablarme de Nick Gautier.

—¿Qué pasa con él? Es un Cazador Oscuro. Un humano que le vendió su alma a Artemisa para servir en su ejército. Seguro que el legendario War no le tiene miedo a toda esa gentuza.

War resopló.

—Un Cazador Oscuro... ¡Y una mierda! Gautier es un malacai, ¡gilipollas! Stryker se tensó por el insulto.

—¿Un qué?

—Un malacai —repitió Céfira con tono respetuoso—. ¿Estás seguro?

War la miró y asintió con la cabeza.

—Un malacai es el único ser del universo capaz de matarme.

Stryker soltó un resoplido desdeñoso.

—Tienes que estar de coña. ¿No eres el ser más poderoso de todos? Incluso los dioses te temen.

—Todos tenemos depredadores —gruñó War—. El universo se rige por un sistema de equilibrio. Acabo de encontrar la fuerza que me anula.

Stryker soltó un taco.

—¿Me estás diciendo que la criatura más poderosa de la Tierra es un cajun patético salido de los bajos fondos que se pegó un tiro porque uno de mis hombres mató a su mami?

War le respondió con el mismo tono sarcástico:

—A menos que tengas a un sefirot de sobra, tomando el sol por aquí, sí.

—¿Qué coño es un sefirot?

Céfira soltó una carcajada al tiempo que le colocaba una mano en el hombro.

—Pobre Stryker... llevas encerrado en este agujero demasiado tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que si quieres ver muerto a Gautier, tienes que hablar conmigo. Parece que acabas de perder toda la ventaja que tenías. ¡Madre mía, esto se ha puesto que arde!

Nick Gautier yacía en el suelo, temblando y cubierto por un sudor frío mientras trataba de recuperar el control. Todo le daba vueltas. Su cuerpo le recordaba al asfalto de las calles del Barrio Francés en pleno mes de agosto a las tres de la tarde.

¿Qué le estaba pasando?

—Tranquilo... —Una mano suave le apartó el pelo sudoroso de la cara.

Alzó la mirada y descubrió a Menyara. Una mujer menuda y preciosa, con una piel criolla que tenía el mismo tono que una taza de café con leche. Sus ojos verdes lo observaban con expresión preocupada.

—No pasa nada, *mon petit ange* —le dijo con aquella voz grave que tanto le recordaba a la de Eartha Kitt.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz ronca y un poco titubeante.

—Sentí que tus poderes se liberaban y he venido lo más rápido posible.

Nick frunció el ceño, confundido.

—¿Cómo dices?

Menyara meneó la cabeza mientras lo rodeaba con los brazos y lo sostenía como hacía cuando solo era un niño, acobardado por los brutos que rondaban el vecindario.

—Mi pobre Ambrosius. Has sufrido tanto... Me habría encantado no tener que decírtelo nunca...

—No lo entiendo. —Stryker meneó la cabeza mientras intentaba comprender lo que Céfira y War acababan de decirle—. ¿Cómo es posible que Nick Gautier sea una criatura tan poderosa? Solo es una cucaracha inútil.

War inspiró hondo antes de contestar con un deje impaciente:

—Cuando se libró la Primera Guerra, el poder más siniestro, el Mavromino, creó a los malacai para que derrotaran a los sefirot. Los sefirot eran los guardianes y consortes de los dioses primigenios, soldados que se encargaban de hacer cumplir las leyes originales del universo. Cuando el Mavromino se revolvió contra la Fuente y decidió acabar con la creación, se liberó a los sefirot para matarlo. La mayoría de ellos sucumbieron a las trampas, pero sobrevivieron los

suficientes para declararles la guerra a los malacai. Y los habrían destruido si no hubieran sufrido la traición de uno de los suyos.

—Como siempre, ¿verdad? —preguntó Stryker de forma retórica. En todas partes había un amargado celoso dispuesto a destruir a los suyos por pura envidia. La historia del mundo estaba escrita con la sangre de los que fueron traicionados por aquellos en los que confiaban. Miró a War y dijo—: ¿Cuántos malacai quedan?

—No debería quedar ninguno. Cuando se firmó la tregua, ambas partes accedieron a ejecutar a sus respectivos ejércitos. Tanto los malacai como los sefirot fueron eliminados.

—Salvo uno —señaló Céfira, que dio un paso al frente—. El traidor que ayudó al Mavromino fue condenado a sufrir eternamente mientras veía el resultado de su traición. Sellaron sus poderes para que viviera humillado y esclavizado.

War asintió con la cabeza.

—Por aquello del equilibrio de fuerzas, la Fuente Primigenia permitió que uno de los malacai siguiera con vida. Hoy he conocido al último de su especie.

« ¡Me cago en la puta! », exclamó Stryker para sus adentros. Debería haber supuesto que no sería tan fácil eliminar a esos dos. Claro que, mirando el lado positivo, le alegraba comprobar que War las estaba pasando tan canutas como él para matarlos. No era cuestión de habilidad, sino de poder.

No había quien entendiera al universo.

—¿Dónde está el sefirot del que estamos hablando? —le preguntó a Céfira.

—En Grecia. En el único templo de Artemisa que sigue activo.

Stryker resopló en cuantoató cabos. Porque comprendió al instante quién era el sefirot y la razón por la que sufría semejantes vejaciones.

—Jared.

Céfira inclinó la cabeza con gesto burlón.

—Jared —confirmó.

Lo que suscitaba una pregunta la mar de relevante.

—¿Y cómo es que acabó en tu poder?

Céfira se negó a contestar.

—Lo importante es que lo tengo y que hará cualquier cosa que le diga sin rechistar.

Sí, claro... Teniendo en cuenta el estado mental de la criatura, Céfira parecía ver las cosas con demasiado optimismo.

—No me pareció muy obediente cuando lo vi.

—Es posible, pero hará lo que le digamos. Confía en mí.

Stryker no estaba muy convencido. Sin embargo, dejó el tema porque se percató de que Céfira había usado el plural.

—¿Lo que le « digamos »? —preguntó, enfatizando el verbo.

—Tú quieres matar a Gautier. Yo quiero matarte a ti. A mí me da exactamente igual que el tal Gautier viva o muera; pero si es una amenaza para mi sefirot, lo quiero fuera de juego también. Mejor atraparlo ahora, antes de que aprenda a usar sus poderes.

Stryker sonrió.

—Eres de las mías, corazón.

Céfira lo miró con expresión seductora por primera vez, y el gesto se la puso dura al instante.

—No sabes lo que me gustaría arrancarte de cuajo dicho órgano y darme un festín con él.

War enarcó una ceja al escuchar semejante muestra de hostilidad.

—Mmm, una mujer interesante. Por favor, dime que no tienes pareja —dijo.

—Es mi mujer —masculló Stryker.

—¡Era tu mujer! —se apresuró a corregirlo Céfira—. Pareces haber olvidado la importancia que tiene el tiempo verbal. —Miró a War—. Se divorció de mí.

War se llevó una de las manos de Céfira a los labios para besarle los nudillos con delicadeza.

—Encantado de conocerla, señora. ¿Cómo puedo llamar a una mujer tan hermosa y cruel?

—Céfira.

—Como el viento. Suave y delicada.

Céfira lo miró con una sonrisa ladina.

—Y capaz de asolarlo todo cuando me cabrean —añadió.

War aspiró el aire entre dientes para expresar su admiración.

—Stryker, te felicito. Tienes un gusto exquisito para las mujeres. Es una lástima que no tuvieras lo que hay que tener para seguir con ella.

Stryker lo apartó de ella de un empujón, olvidando el sentido común.

—Céfira es mía. Será mejor que lo tengas muy presente.

War no parecía intimidado en absoluto cuando se volvió para dirigirse a Céfira.

—Cuando lo mates, llámame y te demostraré de lo que es capaz un hombre de verdad. Entretanto, si vamos a matar al malacai, para lo que me sumo encantado, tenemos que ponernos en marcha. Sus poderes aumentarán con cada segundo que perdamos.

—En ese caso, volvamos a Grecia para liberar a mi sefirot. —Céfira miró a Stryker—. Llévame de vuelta a mi templo.

Jared suspiró, asaltado por la atroz agonía de tener las muñecas en carne viva. Ojalá pudiera morir. Pero ese era su destino para toda la eternidad.

« Es lo que mereces, traidor.»

Tal vez. Pero cuando había tomado aquella decisión, se había limitado a hacer lo único que podía hacer.

Adquirir ventaja. La vida consistía en adquirir ventaja y el equilibrio de poder nunca se la había concedido. Todas las criaturas cargaban con el estigma de su nacimiento y de la familia en la que nacían. Pese al inmenso poder que él ostentaba, no había sido inmune a aquel hecho. Asqueado por esa certeza, se tensó al tiempo que sentía una súbita vibración en el aire que lo rodeaba. Conocía muy bien esa sensación...

Al cabo de un momento descubrió la fuente de dicha sensación. La puerta se abrió para dar paso a la cruz de su vida, Céfira, y a dos hombres. Uno era el semidiós daimon otra vez. El otro...

Polemos. War.

Genial. Despertar al espíritu de la guerra era tan buena opción como dejarse meter un hierro candente por el culo.

« Guárdate la idea, chaval. Céfira no necesita más sugerencias para seguir torturándote.»

Era una gran verdad. Porque aquella mujer vivía para hacerle suplicar clemencia.

Jared se enfrentó a la mirada hostil de Céfira y supo al instante el motivo de su visita.

—Los extremos a los que algunos son capaces de llegar con tal de salirse con la suya son sorprendentes. No lo mataré aunque me lo ordenes. Ya deberías saberlo.

Céfira chasqueó la lengua mientras se sacaba un puñal de la bota.

—¿Por qué tenemos que enzarzarnos en este juego, Jared? Ya sabes lo que opino. Sé que estás leyendo mis pensamientos en este mismo momento. Así que sé bueno y obedéceme.

Estaba cansadísimo de obedecer. De no tener voluntad propia. Había llegado el momento de dejar de servir y de retomar el control de su miserable vida.

—Me da igual lo que me hagas.

Céfira le prodigó una caricia engañosa a una de sus ásperas mejillas, despertando el anhelo de que lo acariciaran de verdad. De sentir un contacto que no acabara haciéndolo sufrir.

—Lo sé. Pero los dos sabemos que no opinas lo mismo sobre tu amiguito. Darías tu vida con tal de protegerlo.

La mención de su demonio hizo que se tensara.

—Nim no está aquí. Se ha ido.

—Claro, claro... —replicó Céfira con un deje burlón.

—¿Quién es Nim? —preguntó Stryker.

Céfira lo miró por encima del hombro.

—Un demonio inútil que Jared adoptó hace tiempo.

—Mentira —protestó él.

Porque había sido al contrario. Nim lo había adoptado a él y desde entonces había sido incapaz de librarse de él. El demonio era un inconveniente que ni necesitaba ni quería. En realidad, estaba harto de tenerlo a su alrededor y de que acabara complicando todavía más su ya de por sí asquerosa vida. Lo único que hacía era meterlo en líos. Y lo peor era que siempre acababan torturándolo por su culpa.

Céfira le pasó la punta del puñal por las marcas divinas de su brazo izquierdo. En otro tiempo las había llevado con orgullo. En ese instante solo eran un recordatorio de su humillación. Porque lo definían como esclavo. Como el último de su especie.

—¿Está aquí? —preguntó Céfira.

Jared siseó cuando la punta del puñal se hundió en su carne de un extremo al otro del tatuaje. La sangre comenzó a brotar y a gotear por su brazo. Stryker se volvió como si la imagen lo asqueara.

Céfira no se mostró tan compasiva.

—Parece que estaba equivocada.

Jared enfrentó su mirada sin flaquear, acicateado por la furia.

—Te he dicho que se ha ido.

—¿De verdad? —Le pasó el puñal por una de sus clavículas—. Creo que está escondiéndose en tu espalda.

Jared jadeó cuando le clavó el puñal en el hombro, atravesando el tatuaje que lo cubría. El dolor lo asaltó.

—¡Ya vale, Céfira! —masculló Stryker—. No hace falta recurrir a esto.

—Confía en mí, es la única manera de conseguir su obediencia. No necesita tu compasión, Stryker. Les rebanó el pescuezo a todos sus congéneres, ¿verdad, Jared? Y a los que no mató, los llevó al matadero.

El dolor y la ira se mezclaron en su interior.

—¡Cállate!

—¿Por qué? Es la verdad. Nunca te has preocupado por nadie más que por ti. Así que entrégame al demonio y dejaré de torturarte en lo que a él respecta.

Sin querer, dio un respingo cuando el puñal pasó sobre el único tatuaje que no estaba grabado en su piel. Parecía uno más, pero en realidad no era suyo.

—¡Ajá! Hemos encontrado a tu colega, ¿verdad? —dijo Céfira al tiempo que aferraba con fuerza el puñal para presionar justo sobre el lugar donde Nim descansaba.

Jared apretó los dientes. Si apuñalaba al demonio mientras dormía en su cuerpo, lo mataría.

—¿Quieres que te libre de su molesta presencia? —le preguntó Céfira mientras le clavaba la punta, haciéndolo sangrar.

Jared intentó apartarse, pero no lo logró. Las cadenas lo mantenían inmobilizado y le impedían escapar.

—¡Para! —masculló—. No le hagas daño.

—Mata a Gautier y dejaré con vida a tu demonio.

—¿Y si no puedo matarlo?

Céfira lo agarró del pelo y le dio un tirón hacia atrás de modo que acabó golpeándole la cabeza contra la pared.

—Mi respuesta no te gustaría. Te lo digo en serio. —Chasqueó los dedos y usó sus poderes para liberarlo de los grilletes.

Jared se dejó caer contra la pared y se deslizó hacia el suelo, embargado por el dolor. No recordaba la última vez que lo habían liberado. A juzgar por el dolor de sus agarratados músculos, debían de haber pasado siglos.

Céfira siguió donde estaba, mirándolo desde arriba.

—Lávate, perro. Tráeme la cabeza del malacai y tendrás dos días para irte de juerga antes de que te traiga de vuelta. Si me traicionas, los siglos que llevas aquí te parecerán el paraíso.

Jared soltó una carcajada carente de humor.

—Demuestras una piedad admirable.

—Mmm... Me encanta el sarcasmo. —Céfira le asestó una patada en las costillas—. Vete y haz lo que se te ordena.

Stryker se enfrentó a la abrasadora mirada de Jared. El odio iluminaba sus ojos, pero hubo algo que le dijo que se odiaba más a sí mismo que a los demás. Pobre criatura. Lo más piadoso sería matarlo.

—¿Estás segura de que puede hacerlo? —le preguntó a Céfira mientras ella envainaba el puñal en la caña de su bota.

—No te dejes engañar por sus gimoteos —le contestó una vez que los condujo al pasillo, fuera de la estancia. War se mantuvo detrás de ellos—. Fue creado para matar.

—Igual que los malacai.

—Sí, pero este malacai es medio humano y sus poderes son nuevos. Para Jared será pan comido. —Se detuvo en mitad del pasillo y miró a War por encima del hombro de Stryker—. No lo pierdas de vista. Asegúrate de que no libera a su demonio. Ese imbécil es la única herramienta efectiva que tengo para controlarlo.

Stryker observó que War inclinaba la cabeza en señal de obediencia antes de volver a la estancia donde habían dejado a Jared.

—¿Y si se rebela y mata a War?

Céfira resopló.

—¿Qué más da? ¿Sois amigos o algo?

—Pues no, pero si elimina a War, podría ir a por ti después.

—Jared es propiedad mía mientras lleve ese collar. Ni él puede matarme ni

yo puedo matarlo. Puedo hacerlo sangrar y sufrir, pero el collar no le permite atacar a su dueño de ninguna manera. De hecho, si alguien me ataca, no le queda más remedio que defenderme, lo quiera o no.

Esa era una de las cosas más crueles que había oído nunca. No imaginaba un castigo peor que el de verse obligado a proteger precisamente al enemigo, al torturador.

El comentario lo obligó a mirar con detenimiento a la mujer que tenía delante. Una persona tan familiar y tan desconocida a la vez. ¿Qué le había pasado a la mujer con la que se casó?

—Recuerdo a una muchacha preciosa que ni siquiera me permitía tener un gato en casa porque no quería hacerles daño a los ratones. Recuerdo a una mujer que me obligaba a echar a los insectos en vez de matarlos.

Los ojos negros de Céfira lo miraron sin titubear y en ellos vio un odio tan visceral que lo dejó sin aliento.

—Pues yo recuerdo los gritos de mi nieto pidiendo clemencia mientras lo mataban cruelmente por ser distinto sin que yo pudiera impedirlo. Ya no soy la niñita que abandonaste, Stryker. Soy una mujer resentida, en guerra con el mundo que abusó de ella.

—En ese caso, compartes mis sentimientos. Yo no pedí vivir lo que he vivido, y quiero la sangre de todo aquel que ha tenido algo que ver con todo lo que me ha sucedido. La de mi padre, la de Apolimia, la de Aquerón y la de Nick Gautier.

—¿Y qué hay de Artemisa?

—No es que le tenga cariño, pero tampoco la odio. Mientras no se cruce en mi camino, me da igual lo que le pase.

Céfira lo miró. El pelo oscuro destacaba más si cabía sus turbulentos ojos plateados. No se parecía en absoluto al muchacho que le había robado el corazón. Al muchacho a cuyo lado deseaba envejecer. En aquel entonces esperaba pasar cuarenta años a su lado, si tenían suerte, antes de que la muerte los separara.

Sin embargo, habían pasado once mil y estaban frente a frente. Como enemigos.

Una auténtica ironía. A los catorce años habría dado cualquier cosa por pasar la eternidad con él. En ese momento ansiaba verlo morir de la peor manera posible.

¡La de vueltas que daba la vida!

—En fin, ¿vas a cumplir tu palabra y a liberar a Medea?

A Stryker le intrigó ese repentino cambio de conversación.

—Por supuesto. —Extendió la mano para tocarla, esperando que volviera a golpearla para apartarlo.

Céfira miró su mano con el ceño fruncido como si estuviera pensando justo en eso. Y cuando estaba seguro de que iba a darle un manotazo, lo sorprendió aceptándola y cogiéndosela con delicadeza.

No supo muy bien por qué, pero el gesto le aceleró el corazón. Céfira tenía la piel muy suave. Su mano era pequeña y delicada. Podría aplastarle todos los huesos si quisiera, pero esa mano había ostentado en el pasado el poder de ponerlo de rodillas.

—Se me había olvidado lo pequeña que eres.

Porque siempre le había parecido enorme. Sin embargo, al tenerla cerca recordó lo mucho que le gustaba que se acurrucara contra él por las noches.

—Soy lo bastante grande para darte una hostia.

Stryker se llevó la mano a los labios para besarle la palma.

—Estoy deseando que lo hagas.

Sus palabras ensombrecieron sus ojos oscuros.

—¿Me estás retrasando a propósito?

—No. —Se colocó su mano en el brazo y se teletransportó al salón de recepciones de Kalosis—. Me mantendré fiel a todas las promesas que te he hecho. Siempre.

—Me lo tragaría si no hubieras roto la promesa más importante que un hombre puede hacerle a una mujer. Saliste pitando en cuanto tu padre te puso a prueba. Llámame cínica si quieres.

—No tienes motivos para serlo, amor mío. —La condujo a sus aposentos, donde los esperaba una furiosísima Medea.

En cuanto abrió la puerta, Céfira se apartó de él para comprobar que su hija estaba sana y salva.

Medea lanzó a su padre una mirada ponzoñosa.

—Tenías razón, mamá. Es un gilipollas.

Céfira soltó una carcajada.

—Once mil años y sigues desoyendo mis consejos...

—Solo eres catorce años mayor que yo. Ahora mismo no se puede decir que me lleves mucha ventaja —replicó Medea, cuyos ojos se clavaron en Stryker—. ¿Por qué sigue respirando?

—Hemos hecho un pacto entre guerreros. Tendremos que aguantarlo durante las próximas dos semanas y luego podré rebanarle el pescuezo.

Stryker soltó un suspiro ante el rencoroso recibimiento.

—¿Os habéis dado cuenta de que sigo aquí?

Céfira lo miró con altivez.

—Pues sí. Pero nos da igual.

—Ah, muy bien. Mientras lo tengamos tan claro... —Puso los ojos en blanco—. ¿Te parece que le ordene a uno de mis sirvientes que acompañe a Medea a sus aposentos?

—¿Y yo qué? —preguntó Céfira a su vez.

Stryker esbozó una lenta sonrisa.

—Tú te quedas aquí. Conmigo.

Céfira cruzó los brazos por delante del pecho. Al parecer, Stryker iba un poquito sobrado en lo que a ella se refería. Y sí, admitía que era guapo, pero no por eso lo odiaba menos.

—Te veo muy seguro de tus encantos...

—He tenido mucho tiempo para mejorarlos.

Medea puso cara de asco.

—Por favor, que tenéis a una hija presente. No la hagáis vomitar, porque no es muy agradable vomitar sangre, y a menos que queráis acabar bañados en ella, necesito irme a mis aposentos. Ahora. Por favor.

—¡Davyn! —gritó Stryker.

Su daimon apareció al instante.

—¿Milord?

—Lleva a mi hija a los aposentos de Satara. Asegúrate de que no le falta de nada.

Davyn inclinó la cabeza.

—¿Es libre para moverse a su antojo?

Stryker miró a Céfira.

—¿Vas a enviarla a matarme?

—No. Te he dado mi palabra y, al contrario que tú, yo me atengo siempre a ella. Estás a salvo, cobarde. Nunca mandaría a una niña a que se encargase del trabajo de su madre.

Stryker no replicó a la tanda de insultos.

—Dale acceso a las madrigueras —le dijo a Davyn.

—Sí, milord.

—¿Medea? —la llamó, y esperó hasta que su hija se volvió a mirarlo antes de seguir hablando—. No te preocupes. Los aposentos de Satara están alejados, así que no tendrás que oír como echamos un polvo detrás de otro.

Céfira se quedó boquiabierta.

A Medea no pareció hacerle mucha gracia el comentario.

—Tenías razón, mamá. Debería haber dejado que le rebanaras el pescuezo.

—Miró a Davyn—. Sácame de aquí lo antes posible.

Los ojos de Davyn tenían un brillo risueño mientras cerraba la puerta al salir.

Céfira meneó la cabeza en cuanto se quedaron solos.

—Ha sido un comentario muy cruel por tu parte.

—No he podido resistirme. Además, deberías haberle enseñado a ocultar sus debilidades a los ojos de los demás.

—Somos sus padres. Se supone que debemos quererla en vez de aprovecharnos de sus debilidades.

—Sin embargo, aquí estamos, planeando la muerte de mi padre y de mi tía.

—Lo dirás por ti, porque en mi caso yo estoy planeando la tuya.

—Cierto, pero la cosa es... hoy somos familia; mañana, enemigos.

—Stryker, ese ha sido siempre tu problema. Yo creo en la eternidad de la familia. Como reza el dicho, la sangre es más espesa que el agua, y en el caso de los apolitas no podía ser más cierto.

«Ojalá pudiera creerlo», pensó Stryker. Pero hasta el momento el dicho había resultado ser incierto en su caso. Lo único que hacía la familia era facilitarles el paso a los enemigos.

—¿Cuándo me ha apoyado la familia?

—Creo que la pregunta más acertada sería: ¿cuándo la has apoyado tú? Yo sí habría estado siempre contigo. Siempre. Pero me negaste la oportunidad.

Pese al dolor de las traiciones que había sufrido en el pasado, las palabras de Céfira lo ofendieron. Ansiaba contar con alguien en quien poder confiar. Aunque fuera solo una vez. El único que siempre había estado de su lado era Urian, de ahí que se hubiera enfurecido tanto al descubrir que le ocultaba secretos. Que su hijo lo hubiera traicionado era...

¿Podía confiar en Céfira?

—Ahora te la estoy ofreciendo.

Céfira se apartó.

—Es demasiado tarde —replicó—. Han pasado demasiados siglos. Hubo un tiempo en el que solo vivía para escucharte decir que me querías. Pero ese barco se hundió bajo las aguas de la amargura, y por mucho que lo intentes con engaños o con halagos, ya es imposible reflotarlo.

Stryker inclinó la cabeza de modo que los labios de ambos estuvieron tan cerca que casi se rozaban.

—Los desbocados latidos de tu corazón me dicen que estás mintiendo. Todavía me deseas.

—No confundas mi ira con deseo. Lo que quiero es tu sangre, no tu cuerpo.

Stryker no la creía. Ni de coña.

—Dime de verdad que no has deseado ni un segundo verme desnudo. Que no estás recordando lo mucho que disfrutábamos haciendo el amor.

Céfira bajó una mano y le acarició la entrepierna.

—Stryker, eres un hombre. Entiendo que pienses así. —Cerró los dedos de repente, aferrándolo con fuerza y arrancándole un jadeo mientras él se doblaba hacia delante por la cintura, presa del dolor. Acto seguido, le clavó las uñas en los testículos—. Pero yo soy una mujer y, tal como escribió aquel sabio poeta, no hay odio más grande que el de una mujer despechada. En este caso, yo. Bienvenido a tu infierno. —Y apartó la mano después de darle un doloroso apretón.

Aunque le habría encantado lanzarle una descarga, el dolor era tan insoportable que solo atinó a fulminarla con la mirada mientras ella daba media vuelta y salía de su dormitorio.

—Esto no acaba aquí, amor mío —masculló con la voz entrecortada.

Volvería a conquistarla y le haría suplicar clemencia. La recuperaría, costara lo que le costase.

Y después la mataría con sus propias manos.

—¿Cómo va?

Tory apartó la vista de Ash, que estaba descansando en la cama, y la clavó en los ojos de color lavanda de Savitar. Qué curioso, habría jurado que antes tenía los ojos verdes...

Se había quitado el traje de neopreno y llevaba unos pantalones de lino blancos con una camisa playera abierta que dejaba al descubierto su musculoso torso, y se había echado el pelo castaño hacia atrás.

—War le dio una buena paliza, pero...

—Viviré —lo interrumpió Ash, que se volvió para mirarlos. Se sentó apoyándose sobre los almohadones y se pasó los dedos por la larga melena negra —. Créeme, me han dado palizas peores. Pero no recientemente.

Tory lo fulminó con la mirada.

—No sé qué decirte, no hace mucho te atropelló un coche...

Ash resopló al tiempo que entrelazaba sus dedos.

—En mi defensa diré que estaba preocupado por cierta... —La miró con expresión elocuente—. Por cierta humana, que estaba teniendo una experiencia cercana a la muerte. Eso no cuenta.

Savitar pasó por alto el comentario.

—En fin, la buena noticia es que lo espantamos. La mala noticia es que...

Ash terminó la frase por su amigo.

—Volverá.

Savitar asintió con la cabeza.

Tory tragó saliva, asustada.

—¿Deberíamos empezar a prepararnos?

La pregunta ofendió a Savitar.

—Ese niño no vendrá a mi isla. Sabe que no debe. No le tiras del rabo al demonio a menos que quieras que te muerda.

Ash carraspeó y miró a Savitar con expresión exasperada.

—Tory, la verdad es que hay un motivo por el que la isla cambia de posición todo el tiempo. Sav está un pelín paranoico, así que la isla está fuertemente protegida contra todo tipo de seres paranormales. No puedes entrar en Neratiti a menos que recibas una invitación especial de nuestro anfitrión, motivo por el que

Alexion os trajo aquí. Sabíamos que es el único lugar al que War no podría acceder. Tanto yo como los míos disfrutamos de una invitación permanente que no se aplica al resto del universo conocido.

Savitar siseó.

—Y aunque pudiera encontrar la isla, ese desgraciado no se atrevería a aparecer por aquí. Porque lo devolvería de una paliza a la Edad de Piedra —dijo con una expresión risueña en los ojos—. Y no te rías de mi paranoia, niño. Te he salvado el culo, ¿no?

—Sí, y te doy las gracias.

Savitar inclinó la cabeza.

—De nada. Pero no vuelvas a meterte en líos. Tu madre me está poniendo la cabeza como un bombo por tu culpa. Te diría que dejaras que te empollara como un huevo, pero no tengo ganas de que el mundo se acabe. Por muy coñazo que sea. Pero, te lo advierto, como no deje de darme la lata, puede que cambie de idea y te lleve con ella yo mismo.

Ash soltó una carcajada.

—Lo tendré en cuenta. Bueno, ¿alguna idea de quién despertó a nuestro nuevo amigo y le dijo que fuera a jugar conmigo?

Tory los miró con cara de pocos amigos.

—Yo apuesto por Artemisa.

Savitar imitó el sonido de una máquina recaudadora.

—Acepto la apuesta, porque la has perdido. De boca de la propia Artipou: ella no tiene nada que ver. Y son buenas noticias para vosotros, ya que parece que se está haciendo a la idea de que ya no es la novia de Ash. No es que esté muy contenta, pero no ha puesto precio a vuestra cabeza. Una pequeña victoria, cierto. Pero menos da una piedra.

Tory frunció el ceño.

—Entonces ¿quién...?

—Fue nuestro querido Stryker.

Ash soltó un taco.

—Cómo no... ¿Dónde está War ahora?

—Fuera del mapa, lo que quiere decir que seguramente haya regresado a Kalosis para informar de su fracaso a Stryker.

Ash entrecerró los ojos, preocupado.

—¿Mi madre está a salvo?

—A juzgar por el ruido en mi cabeza, diría que sí sin temor a equivocarme. Pero no te preocupes, he ordenado a los demonios carontes que la protejan. A tu madre no le ha hecho mucha gracia, pero se está mostrando razonable por una vez. Su mayor preocupación es tu seguridad. Y me ha dicho que te diga que hagas todo lo que esté en tu mano para seguir vivo. Y que a ella le den.

Ash resopló.

—No voy a matar a Stryker y después enterrar a mi madre. ¿Por qué coño vincularía sus vidas?

Savitar se encogió de hombros.

—Apolimia no tiene nuestra habilidad para ver el futuro. Tiene el don de la destrucción, no el de la profecía. Estoy seguro de que si llega a saber que Stryker acabaría amenazándote, lo habría matado ella misma. Y ahora ya sabes por qué no me compadezco de nadie. Siempre acabas arrepiñiéndote de los actos compasivos.

Ash apartó la ropa de cama y se dispuso a levantarse.

Tory se lo impidió, empujándolo contra los almohadones.

—Deberías descansar.

Ash le besó la mano.

—No puedo. Hay un loco suelto que posiblemente se esté ocultando en casa de mi madre. —Cerró los ojos y usó sus poderes para vestirse—. Tenemos que prepararnos. Encontrar un lugar donde enfrentarnos a War sin provocar una masacre a nuestro alrededor.

Savitar puso los ojos en blanco.

—Hermanito, no quiero ser un aguafiestas, pero estamos hablando de War. Es imposible limitar los daños. No nos lo permitirá. Yo me enfrenté a él junto con otros veinticinco ctónicos y nos dio tal paliza que parecíamos esclavas lemurias. A dos les sacó el corazón del pecho y los obligó a tragárselo mientras se reía a carcajadas, y luego se lamió la sangre de los dos y atacó al resto. Yo sobreviví a duras penas y tardé dos décadas humanas en recuperarme de las heridas. No creas que le tengo miedo a ese cabrón, porque no es verdad. Solo quiero que entiendas bien el peligro al que nos enfrentamos.

Ash frunció el ceño al escucharlo, pero estaba decidido. Tenían que derrotar a War fuera como fuese.

—¿Cómo lo encerrasteis la última vez?

—Ishtar, Eirene, Bía y los gigantes acudieron en nuestra ayuda. Solo Eirene vive en la actualidad. Y solo quedamos ocho ctónicos vivos. Contándote a ti.

Aun así, Ash se negaba a creer que era una lucha perdida.

—Siempre hay un interruptor de apagado. Tenemos que encontrarlo.

—Se intentará. Mientras tanto deberías saber que tu chico, Urian, tiene información del otro bando. Stryker está reuniendo a daimons de todo el mundo, formando un ejército que haría que Cecil B. DeMille se sintiera orgulloso.

—¿Por qué?

—Stryker planea desatar un infierno sobre los humanos el día de Navidad. Por supuesto, Urian dijo que tú podrías evitarlo si te sacrificabas. Stryker estaría dispuesto a cancelar el ataque si te rindes a War para que te mate lenta y dolorosamente.

Tory miró furiosa a Ash.

—Ni se te ocurra. Aquerón Partenopaeo, te juro que como se te pase siquiera por la cabeza, empezaré a darte una somanta de palos hasta que me supliques clemencia.

Ash le dio un apretón en la mano.

—No te preocupes. Aunque me entregara, Stryker atacaría a los humanos. Él es así y yo no soy tan tonto para creer que podría demostrar compasión. ¿Cómo es eso que me repites tan a menudo? Ah, sí, que no importa las cartas que tengas, sino lo que haces con ellas. —Se levantó de la cama—. Sav, necesito que te vayas a vivir con mi madre.

Al aludido estuvo a punto de darle un pismo.

—¿Te has vuelto loco? Esa mujer me odia. No, no me odia. El odio indicaría una remota posibilidad de que pudiera caerle bien en el futuro.

Algo que Ash nunca había comprendido. De todas formas, no podía dejarla sola contra Stryker y War.

—Llévate a Alexion y a Danger contigo, y quédate con ella para que no le pase nada. —Su madre aceptaría a la pareja muchísimo mejor que a Savitar—. De lo contrario tendré que ir yo, y como la idea es evitar el Apocalipsis, mi presencia en su casa sería contraproducente.

Si Ash ponía un pie en Kalosis, su madre destruiría el mundo mucho más rápido que Stryker y War juntos.

—Tú eres la única persona en quien confío para mantenerla a salvo de Stryker, de War y de Kessar. Aunque mi madre y yo no siempre nos llevamos bien y somos enemigos en esta guerra, sigue siendo mi madre y no quiero que le hagan daño.

La cara de Savitar era un poema mientras dejaba bien claro que prefería que lo destriparan. Y Ash no podía culparlo. Con él su madre podía ser muy... temperamental y difícil de aguantar... y eso que lo quería. A Savitar apenas lo toleraba.

—Vale —claudicó Savitar—. Iré. Pero que sepas que me debes una. Una muy grande. Y si alguna vez necesito algo, sea lo que sea, eres mío.

Ash resopló.

—No es tan mala.

—¿Cómo que no, niño? Tu madre es la Destructor. Es un título que no solo se ha ganado a pulso, sino que le encanta. Y me vas a mandar con ella sin más refuerzos que unos cuantos demonios carontes. ¿Qué te he hecho yo?

Ash soltó una carcajada.

—Échale huevos, Sav. Pareces una nenaza.

—Si tu madre se sale con la suya, me convertirá en una. Y el rosa me sienta como el culo. Gracias, chico.

Ash meneó la cabeza cuando el ctónico se desvaneció. Estaba a punto de cruzar la estancia, pero Tory se plantó delante de él con la pose de un general a

punto de entrar en combate... un gesto que no presagiaba nada bueno para él.

—¿Qué pasa?

—¿Adónde vas?

—A ver a Nick

Tory resopló.

—¿De verdad crees que servirá de algo? Ese tío te odia con toda su alma, más que Stryker. Tendrás suerte si no te saca la columna por la boca.

—Es un placer tener de vuelta a doña Optimista. ¿Vas a hacer algún otro comentario derrotista tipo Eeyore?

—Uno más. Si sales de esta isla, War podría encontrarte. ¿Qué vas a hacer en ese caso?

—Mancharle su mejor camisa de sangre.

Los ojos de Tory se oscurecieron.

—No tiene gracia, Ash. Tú mismo lo has dicho: esta isla es el único lugar donde estamos a salvo de War.

—No soy un blandengue, nena. Soy un dios. No voy a esconderme aquí solo porque me dé miedo que me hagan pupa. Tengo que avisar a Nick de que alguien va a por él. Es lo mínimo que le debo.

Tory cruzó los brazos por delante del pecho y lo fulminó con la mirada.

—Pues voy contigo.

«¡Y una mierda!», exclamó Ash para sus adentros. La ataría antes de permitirlo. Aunque Tory poseía algunos de los poderes de Apolimia, no los tenía todos, y a diferencia de él no estaba acostumbrada a luchar por su vida.

—Me llevaré a Xirena conmigo. Pero tú te quedas aquí. Y nada de discusiones.

—Eres un cabezota —gruñó ella.

Ash le regaló una sonrisa encantadora con la que esperaba ablandarla.

—He aprendido de la mejor.

—Sí, lo sé. Ya conozco a tu madre.

Tras dejar a Xirena en el exterior para que no resultara herida en el caso de que hubiera una pelea, Ash entró en casa de Nick y se detuvo para buscar su presencia. No oía ni un solo latido.

Sin embargo, había un poder innegable. Un poder antiguo y frío que disparó todas sus alarmas.

Preparado para entrar en combate, se teletransportó al dormitorio de Nick, donde el poder era más fuerte. En cuanto apareció en la estancia, un hombre alto y de pelo castaño rojizo se volvió hacia él. Sus ojos amarillos irradiaban tormento y poder, y destacaban por sí mismos en una cara tan cincelada que casi era hermosa y que estaba enmarcada por una melena pelirroja. Llevaba ropa gótica,

como él, y hacía siglos que no lo veía.

—¿Jared?

El sefirot lo saludó con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Hace mucho que no nos vemos, atlante.

—¿Qué haces aquí?

Jared suspiró antes de dejar en la cómoda una de las muñecas vudú de Nick.

—Seguramente lo mismo que tú. Estoy buscando a Nick Gautier. Supongo que la única pregunta es si eres su amigo o su enemigo.

—¿Qué más da?

—Cierto. —Su expresión se endureció—. Solo quiero saber si te enfadarás mucho cuando lo mate.

—Muchísimo.

Jared suspiró de nuevo.

—Qué pena. Pero eso no cambia las cosas. —Deambuló por el dormitorio para empaparse de la esencia de Nick y así poder rastrearlo.

Ash utilizó sus poderes para ocultar a Nick, de modo que Jared no pudiera obtener su rastro con tanta facilidad.

—¿Por qué te interesa tanto Nick?

Jared señaló el collar de cuero negro que tenía en la garganta.

—No estoy en posición de hacer preguntas. Solo estoy aquí para obedecer como el siervo sin voluntad propia en el que me han convertido a la fuerza.

Ash se estremeció al ver el recordatorio de la esclavitud. Era un vínculo que compartían, y que no le desearía ni a su peor enemigo. Daría cualquier cosa por liberar al ser que tenía delante, pero la clase de esclavitud de Jared era eterna.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó Jared en un tono de voz que le dejó claro lo mucho que detestaba tener que pedirle algo.

Pese a todo, Ash fue cauteloso. Los favores no conllevaban nada bueno para nadie.

—Depende del favor.

Jared esbozó una sonrisa tensa al tiempo que se apartaba la cazadora de cuero y dejaba al descubierto el tatuaje de un dragón que llevaba en el brazo.

—Nim. Adopta tu forma humana. Ahora.

Ash vio como el dragón oscuro salía del brazo de Jared y se convertía en un muchacho delante de sus ojos. Apenas mediría un metro setenta y cinco de estatura, e iba vestido al estilo steampunk con unas gafas antiguas de aviador sobre las rastas negras y una perilla. Llevaba las uñas pintadas de negro, un color que hacía juego con sus ojos y con la ropa que llevaba. El único toque de color era el conejito de peluche rosa que colgaba atado a la cadera.

Nim miró a Ash y puso los ojos como platos antes de correr a esconderse detrás de Jared.

—¿Amigo o enemigo?

Jared soltó un suspiro frustrado.

—Amigo. Un buen amigo.

Nim echó un vistazo como lo haría un niño asustado.

—Apesta a demonio caronte.

—Lo sé, y quiero que te vayas con él.

—¡No! —protestó el demonio—. Nim se queda con Jared. Siempre.

Jared soltó un taco.

—Aquerón, ¿puedes echarle una mano a un hermano? Necesito que aceptes la custodia de Nim y lo protejas en mi lugar.

—¡No! —repitió Nim, más decidido que antes incluso.

Jared gruñó.

—¡Joder, Nimron! Por una vez en tu vida haz lo que te digo y vete con Aquerón.

El demonio abrazó el conejito rosa contra su pecho y comenzó a negar con la cabeza.

—Nim se queda con Jared. Esa es la ley.

Un tic nervioso apareció en la mandíbula de Jared.

—No debí salvarte la vida.

Ash sintió su dolor, consciente de lo que Jared estaba haciendo. Dado que él también tenía un demonio, sabía que era un punto débil demasiado grande. Y una enorme responsabilidad. Aunque el demonio parecía tener unos veinte años humanos, sus actos dejaban claro que era más joven que Simi.

—No hay nada peor que un demonio adolescente.

—No tienes ni idea.

—La verdad es que sí la tengo. —Se acercó a Nim despacio, como se acercaría a un niño pequeño—. Nim, si vienes conmigo, te prometo que nadie te hará daño.

Nim lo miró con cara de pocos amigos.

—Nim no te conoce.

Jared intentó empujar a Nim para que se acercara al atlante.

—Es un buen tío.

Nim les enseñó los colmillos a ambos y siseó.

—Ha estado con demonios carontes y los carontes odian a Nim. Le hacen daño y sangre. Nim quiere quedarse con Jared. —De inmediato, el demonio retomó la forma de tatuaje y se posó en el cuello de Jared.

El sefirot soltó un suspiro hondo y muy sentido.

—¿Hay alguna manera de librarme de él cuando tiene esta forma?

—No.

—Ya... —Sus ojos relampaguearon, adquiriendo motitas doradas, hasta que se volvieron de un tono ambarino—. Mi dueña lo matará algún día, tengo que encontrarle un nuevo hogar.

—Creo que deberías decirselo a él.

—Me ha dicho que prefiere estar muerto a abandonarme. Según él, somos una familia. Supongo que eso me convierte en el tío loco del que nadie quiere hablar. Y él es el niño que solo tiene amigos imaginarios. Norman Rockwell tendría un filón con nosotros.

Ash sonrió al escuchar la mención del pintor. A decir verdad, se sentía mal por Jared, pero ninguno de los dos podía hacer nada.

—En ese caso es decisión suya.

Jared lo fulminó con la mirada.

—¿Qué pensarías si se tratara de Simi?

—Ya conoces la respuesta.

—Y tú ya sabes por qué tengo que quitármelo de encima.

Tenía razón. No había nada peor que tener un punto débil a la vista para que todo el mundo pudiera aprovecharse de él. Un punto débil que utilizaban para controlarlo y subyugarlo. Ash lo sabía de primera mano. Y se compadecía de la situación de Jared.

Soltó un suspiro y cambió de tema hacia algo que tal vez pudiera controlar.

—Bueno, ¿por qué te han ordenado matar a Nick?

Jared volvió a colocarse la cazadora.

—Es el último de la estirpe de los malacai.

Ash soltó una carcajada al escuchar semejante tontería.

—¿Nick Gautier un malacai? Venga, Jared, tirate otra.

—No estoy de broma. Es el último de su estirpe.

Ash se quedó con la boca abierta. ¿Nick Gautier? Aunque por ridículo que pareciera, tenía cierto sentido. Los poderes ocultos de Nick. Su incapacidad para controlarlo...

¡Joder!

¿Cómo se le había pasado por alto?

«No te esperabas esto», se dijo. ¿Quién se lo habría esperado? Era una raza extinta.

—No te sientas mal —dijo Jared en voz baja—. Es posible que hubieran sellado y ocultado sus poderes, lo mismo que hicieron con los tuyos durante tu etapa de mortal. Cuando War lo atacó, sus poderes se liberaron.

—¿Nick sabe lo que es?

Jared meneó la cabeza.

—Mi trabajo es matarlo antes de que lo descubra.

—No puedo permitirte que lo hagas.

—No tienes alternativa. Y yo tampoco. —Se desvaneció antes de que Ash pudiera tomar aire para replicar.

—¡Jared! —gritó.

El sefirot no hizo caso de su llamada.

—¡Joder!

Si Jared encontraba a Nick antes que él, a su antiguo amigo no le quedaría ni un telediario.

—Te veo demasiado contento.

Stryker miró por encima del hombro a Céfira, que lo estaba observando.

—Te tengo aquí. ¿Por qué no iba a estar complacido?

—Se me ocurren un millón de razones, empezando por el hecho de que estoy deseando matarte. En cuanto a las demás, ¿te las digo por orden de preferencia o por orden alfabético?

Stryker se echó a reír al escucharla.

—Dime la verdad: ¿no me has echado de menos ni un poquito?

—No.

Su respuesta se le clavó en el corazón.

—¿Ni una sola vez?

Céfira cruzó los brazos por delante del pecho.

—¿Sabes cómo te recuerdo, Stryker? Te recuerdo diciéndome esa última frase: «No tengo motivos para quedarme». Y después saliste de mi casa sin echar la vista atrás. Dijiste que no tenías motivos para quedarte. Ni uno solo. — Lo miró con expresión asesina—. Me destrozaste el corazón con esas palabras. Si me hubieras pegado, me habrías hecho menos daño.

Stryker se quedó muy quieto mientras rememoraba aquella noche. Vio a Céfira delante de él, con los ojos llenos de lágrimas. Él no derramó ni una sola. Una demostración de su fortaleza. Se moría de ganas de abrazarla y de decirle que mandaba al cuerno a su padre. Que era la única mujer a la que amaba y que moriría para protegerla.

Si se hubiera quedado con ella, su padre la habría matado, no tenía la menor duda. Y si Apolo no lo hubiera hecho, habría mandado a Artemisa a hacer los honores cuando Céfira diera a luz a su hija, y entonces las habría perdido a ambas. Apolo era así de vengativo. En su momento intentó explicárselo a Céfira, pero ella se negó a escucharlo.

—Pues moriré queriéndote —fue su respuesta.

Era un sacrificio que no estaba dispuesto a aceptar. En aquel momento pensó que sería mejor que lo odiase mientras viviera a que lo quisiera y acabara muerta.

Ojalá hubiera sabido entonces lo que les depararía el futuro.

—No lo dije en serio.

Céfira resopló.

—Claro que no. Lo dijiste sin pensar y blablablá. Ya no me importa.

—Si no te importara, no lo recordarías tan bien.

—Que no se te suba a la cabeza. Te olvidé de la misma manera que tú me olvidaste a mí. A diferencia de Medea, yo no necesito cerrar un círculo. Solo necesito matarte.

—Y vuelta a lo mismo.

—Siempre volveremos a lo mismo.

Por mucho que protestara, la verdad era que se lo merecía. Céfira tenía razón. Le había dado la espalda y no había echado la vista atrás.

No, eso no era verdad. Sí había echado la vista atrás. A menudo. Había recordado su vida en común. Había recordado su aspecto por las mañanas, cuando se despertaba acurrucada contra él. Esa sonrisa tímida con la que lo miraba, como si quisiera comérselo vivo.

Se odió por renunciar a todo aquello. Por renunciar a ella.

Suspiró y se encaminó a la puerta.

—Tengo asuntos que atender. Si necesitas algo, llama a Davyn. —Y sin decir nada más, salió por la puerta.

Céfira lo vio abandonar la estancia. La expresión dolida de sus ojos plateados hizo que el corazón le diera un vuelco, y se maldijo por aquella debilidad. ¿Por qué deseaba abrazarlo después de todo lo que le había hecho?

Sí, quería sacarle los ojos y apuñalarlo hasta matarlo.

Sin embargo, bajo toda la rabia y el dolor que sentía, una parte de ella seguía amándolo. Esa parte que intentaba obviar por todos los medios. Era un cerdo y un cobarde.

« Es el padre de tu hija », se recordó.

¿Y qué? Un donante de esperma que las había abandonado. Eso no lo convertía en padre. Lo convertía en un gilipollas. Furiosa, echó un vistazo a la habitación en la que Stryker dormía. Era bastante sencilla. Un cobertor de color burdeos. Sin ventanas. Una pequeña cómoda y las paredes desnudas.

—Vives como un oso en su cueva.

Ni siquiera había un libro sobre la mesita de noche. Lo que la llevó a preguntarse por qué tenía siquiera una mesita de noche. En ese momento se percató de que el cajón superior estaba abierto. Tal vez hubiera uno dentro. Llevada por la curiosidad, se acercó y lo abrió del todo.

Se quedó sin aliento.

En el fondo del cajón vio lo último que habría esperado ver en la vida: la miniatura que Stryker encargó que pintaran en un azulejo como regalo de bodas. Los recuerdos la asaltaron de golpe mientras contemplaba su propia imagen ataviada con la ropa de la antigua Grecia y el pelo recogido, rizado alrededor de la cara. Sus enormes ojos verdes eran la viva imagen de la inocencia. Había olvidado por completo la existencia de aquella miniatura.

Sin embargo, Stryker no lo había hecho. Pese a todo, la había conservado. Y bajo aquella imagen había otras de algunos hombres que se parecían mucho a él.

Una en particular le llamó la atención. Una fotografía en la que aparecían tres hombres, de cara y complexión parecidas, ataviados como en los años treinta. Tenían los brazos por encima de los hombros de los demás y sonreían.

Sus hijos.

Encontró un montón de fotografías.

La única imagen que también estaba pintada en un azulejo era la de una muchacha que se parecía muchísimo a Medea. Sintió un escalofrío mientras trazaba con el dedo la desgastada inscripción que figuraba en el margen inferior izquierdo. «Tannis», rezaba. Debía de ser su otra hija.

La dejó a un lado y buscó la fotografía más reciente del cajón. A juzgar por la calidad del papel y por la ropa negra, no podía tener más de diez años. Era de un muchacho con el pelo casi blanco recogido en una coleta. El mismo que estaba en el centro de la fotografía de los años treinta. Aunque tenía unos rasgos muy masculinos, se parecía tanto a Medea que daba un poco de miedo. Y cuando ladeó la fotografía, se dio cuenta de algo.

Estaba manchada por las lágrimas.

—No —musitó, incapaz de concebir que Stryker llorase por algo. Siempre había carecido de sentimientos. En más de una ocasión lo había visto recibir heridas gravísimas mientras practicaba con la espada y sus ojos ni se habían nublado.

La única vez que lo hicieron fue...

La noche que la abandonó.

Sin embargo, mientras recorría las marcas con los dedos, supo que nadie más pudo haberlas derramado. ¿Quién si no Stryker habría sostenido aquella fotografía en aquella estancia y llorado? Nadie. Eran sus cosas, y las guardaba en un lugar donde creía que nadie más podría verlas.

—Por todos los dioses... —El cabrón tenía un corazón. ¿Quién lo habría dicho?

«Te querré siempre, Fira. Nunca dudes de mi amor ni de mí», le había dicho.

Sintió un nudo en la garganta mientras miraba su propia miniatura, que había dejado sobre la mesita de noche. ¿De verdad la había echado de menos? ¿Había llorado su ausencia?

«No seas tonta. Seguro que ha planeado que encuentres el azulejo», se reprendió.

¿Planeado? Si la creía muerta... ¿Por qué iba a conservar su imagen durante todos aquellos siglos? A menos que ella significara algo para él. En su caso, no había conservado nada de Stryker.

—No te atrevas a ablandarte —se dijo—. No es nada.

Decidida a no dejarse ablandar, devolvió las fotos al cajón y se quedó de piedra al ver algo en lo que no había reparado antes. Era un trozo de cinta verde

deshilachada.

La misma cinta que ella llevaba puesta cuando posó para la miniatura. Y allí, anudada en el centro, estaba la alianza que le había tirado a la cara cuando Stryker le dijo que se marchaba.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al leer la inscripción de la alianza. *S'agapó*. «Te quiero» en griego.

—Maldito seas —rugió cuando su corazón se ablandó un poquito más al ver la muestra de su amor. La había querido. A lo largo de todos aquellos siglos la había mantenido tan cerca de él como le fue posible.

Incapaz de soportarlo salió del dormitorio y fue a buscarlo a su despacho. Apenas había andado unos metros cuando apareció Davyn.

—¿Puedo ayudarte?

—Quiero ver a Stryker. Ahora.

—No le gusta que lo molesten cuando está en su despacho.

—Me importa una mierda. —Pasó por su lado.

Davyn suspiró antes de adelantarla y conducirla en la dirección correcta. Llamó a una puerta.

—¿Milord?

—¿¡Qué!?! —rugió Stryker.

Céfira pasó junto a Davyn y abrió la puerta de par en par, desde donde vio a Stryker con la vista clavada en una bolita de cristal. Parecía absorto mirándola.

—¿Qué haces? —preguntó ella con sequedad para ocultar los sentimientos que la asaltaban.

Stryker alzó la vista.

—Intento encontrar a Gautier. ¿A qué has venido?

A decir verdad, no estaba segura. No quería estar allí y sin embargo...

—Quería verte.

—Déjanos —le ordenó Stryker a su lugarteniente, que obedeció al punto. En cuanto estuvieron solos, la miró—. Creía que ya te habías hartado de verme la cara.

Y lo había hecho...

Pero había conservado la miniatura. ¿Cómo era posible que algo tan estúpido e insignificante pudiera ablandarla? Siempre se había creído a salvo de tontos sentimentalismos.

Al parecer se había equivocado.

Antes de poder evitarlo, se colocó a su lado.

—¿Por qué no fuiste a por él tú mismo?

—Lo intenté. Pero el cabrón es rápido y muy ingenioso. Y sus poderes no son moco de pavo. En mi estupidez creí que los había recibido cuando intercambiamos nuestra sangre. Ahora que sé lo que es, por fin entiendo por qué me costaba tanto controlarlo. Debería haberme alimentado de él y absorbido sus

poderes.

—¿No te diste cuenta?

—No. Quienquiera que sellase sus poderes, hizo un trabajo fantástico. El asunto es que no lo encuentro por ninguna parte. Aunque supuestamente compartimos la visión, ha desaparecido de mi radar.

—Eso es imposible.

Stryker la miró con sorna.

—Ya lo sé. Pero aquí me tienes, no veo nada a través de él.

Céfira rodeó el escritorio para mirar en la esfera.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

Stryker la miró pasmado.

—¿Me vas a ayudar?

Se negó a darle la satisfacción de una respuesta.

—Déjate de tonterías y dime cuándo fue la última vez que lo viste.

Stryker esbozó una lenta sonrisa, y el brillo travieso que vio en sus ojos la sacó de sus casillas.

—¡Me vas a ayudar!

—No te acostumbres. Soy una mujer de palabra. No puedo matarte, pero no soy de las que se quedan de brazos cruzados. Por cierto, ¿por qué quieres matarlo?

—Mató a mi hermana.

Era un buen motivo.

—¿Qué cabrón.

Stryker asintió con la cabeza.

—Lo he visto hace un par de horas, justo antes de que War fuera a por él.

—Entonces seguro que está escondido.

—Eso mismo he pensado yo. Pero ¿dónde?

—El mejor escondrijo está a plena vista. Ese cabrón está ahí fuera. Solo tenemos que encontrar la manera de obligarlo a salir.

Nick se pasó las manos por el pelo mientras miraba a la mujer menuda que tenía delante. Una mujer a quien conocía de toda la vida, pero que en los últimos minutos había descubierto que en realidad no la conocía en absoluto.

—No lo entiendo. Mi padre era un cabrón psicótico que le daba palizas a mi madre cada vez que era lo bastante tonta para dejarlo entrar en nuestro apartamento, entre condena y condena.

Menyara negó con la cabeza.

—Tu padre era un demonio que prefería estar en prisión porque era el último lugar donde lo buscaría la gente que quería matarlo. Por no mencionar que así podía alimentarse de la energía negativa que se acumula en la cárcel. Esa

negatividad le proporcionaba mucho poder.

Nick se negaba a creerlo. Era imposible.

—Te equivocas. Mi padre era humano. —Era un hombre corrupto, perverso y cruel, pero era humano de la cabeza a los pies.

Menyara negó con la cabeza una vez más.

—Espabila, Ambrosius. Yo estaba presente cuando naciste. Yo fui quien te ayudó a venir a este mundo y utilicé mis poderes para mantenerte oculto en todos los mundos, conocidos y desconocidos por igual. Sabía el tremendo poder que ostentarías llegado el momento e incluso entonces me aterraba. ¿Por qué crees que te he vigilado todos estos años?

—Pensaba que era porque nos querías a mi madre y a mí.

—Te quiero, y también quería a Cherise. Era una buena mujer con un corazón de oro. Jamás le hizo daño a nadie ni pensó mal de los demás. Por eso Adarian la sedujo. Por eso se sintió tan atraído por ella aunque sabía que debía contenerse. La escogió para el sagrado honor de ser la madre de su legado. Pero nunca contó conmigo ni con el modo en que afectaría la pureza de tu madre.

—Estás soltando tanta mierda por la boca que podría montar un estercolero.

Menyara lo señaló con un dedo huesudo.

—Cuida tu lengua, muchacho. Todavía puedo darte en el culo como cuando eras pequeño.

—Soy todopoderoso. ¿No es lo que acabas de decirme?

—Recuerda que ya he sellado tus poderes una vez. No creas que no puedo volver a hacerlo. Ten muy claro que no eres la criatura más poderosa de este universo. Hay muchos que podrían derrotarte.

Nick se apartó. Atacarla era una pérdida de tiempo, además de que así se sentiría como su padre, algo que siempre había detestado. Menyara tenía razón. Había estado a su lado toda la vida, como una segunda madre.

—Lo siento, Mennie. Es que me cuesta aceptarlo. No te ofendas, pero esto es increíble.

La mujer le colocó una mano sobre la marca de Artemisa que llevaba en la mejilla.

—Le entregaste tu alma a una diosa para poder vengarte. ¿No te parece increíble eso?

—Vale, te entiendo. Pero me salió el tiro por la culata. Ojalá entendiera de qué va este asunto.

Menyara le colocó la mano en el hombro.

—¿Qué recuerdas de tu padre?

—Solo el dorso de la mano cuando me daba un bofetón. Llevaba tatuada la palabra «Odio» en los dedos de la mano derecha y la palabra «Matar» en los de la izquierda. No me acuerdo de su aspecto. Solo recuerdo a un gigante con ojos llenos de odio.

Menyara suspiró.

—Los malacai. Corruptos. Furiosos. Amargados. Unos demonios todos ellos. Fueron creados a partir de lo peor del universo para luchar contra aquellos que eran puros y nobles. Pese a sus defectos, tu padre sobrevivió más que cualquier otro malacai. Pero sabía que se le estaba acabando el tiempo, razón por la que te engendró. Cada malacai tiene permitido un solo hijo varón para continuar con su legado. Tú eres el suyo.

—Y me suicidé, así que todo se acabó.

Menyara meneó la cabeza.

—Tienes medios para volver de los muertos. Puedes recuperar tu alma y renacer.

—¿Con qué objetivo?

Lo miró con una sonrisa.

—Solo tú puedes responder a esa pregunta. Solo nosotros mismos podemos definir nuestro propósito en esta tierra. El de tu padre era hacer daño y castigar. El mío ha sido protegerte. Tu objetivo...

—Matar a Aquerón Partenopaeo.

—¿Y con eso cerrarás el enorme agujero que la amargura ha abierto en tu corazón?

—¡Él es el culpable de ese agujero! —exclamó.

—Mírame —le ordenó ella—. Dile la verdad a Menyara, muchacho.

Nick apretó los dientes mientras las emociones lo embargaban.

—Ash mató a mi madre.

—Un daimon mató a tu madre porque llegaste tarde a su trabajo y no pudiste acompañarla a casa. Sabes cuál es la verdad, Ambrosius. Admítela. Ash jamás habría permitido que tu madre muriera de haber llegado a tiempo. Aquella noche sufrió un ataque brutal. Aunque estaba enfadado contigo, habría dado su vida para proteger la de tu madre. De hecho, visita su tumba para honrarla más a menudo que tú.

Las lágrimas le inundaron los ojos a medida que el dolor se apoderaba de él. Quería recuperar a su madre. Verla una vez más. Sentir su mano en la mejilla mientras le sonreía con una expresión orgullosa en los ojos. Quería retroceder en el tiempo y evitarle aquella muerte tan atroz. Había sido la mejor madre que se pudiera desear y había muerto a manos de sus enemigos.

No se merecía ese destino.

Como tampoco se merecía un hijo como él, incapaz de protegerla.

Menyara siguió contradiciéndolo.

—Tú la pusiste en peligro, no Aquerón. Fuiste tú quien le falló. Fuiste tú quien se suicidó.

Nick rugió cuando la furia le corrió por las venas. Echó la cabeza hacia atrás y ventiló todo su dolor con un alarido que reverberó en las paredes. Su visión

cambió... ya no podía ver los colores. Sin embargo, veía el universo tal cual era. Escuchaba el tejido de la vida que unía y rodeaba a todas las criaturas vivas.

Jamás había conocido tanto poder. Tanta rabia y tanto odio. Podía saborearlos en la boca.

Menyara lo miró sin temor y sin nerviosismo.

—Ya tienes poder suficiente para matar a Aquerón. ¿Vas a hacerlo?

Le enseñó los colmillos a Menyara al tiempo que unas llamaradas brotaban de sus manos y corrían por sus brazos.

—¡Joder, sí!

Aquerón Partenopaeo iba a morir por fin.

Stryker contuvo el aliento cuando Céfira se inclinó para mirar en la esfera. Olía tan bien que se le hizo la boca agua. Literalmente. Al ver que seguía la forma de las nubes con una larga uña, se imaginó que la pasaba por su piel y sintió un escalofrío. Tenía tal erección y estaba tan excitado que le costó la misma vida no estrecharla entre sus brazos.

Si lo intentaba, ella lo mataría. Por no mencionar que jamás se le ocurriría maltratarla de forma alguna. A los tíos podía abrirlos en canal sin problema, incluso a algunas mujeres. Pero a Céfira... no sabía si sería capaz de hacerle daño alguna vez a la mujer que había querido con toda el alma.

Céfira se quedó de piedra al ver el repentino bulto que aparecía en los pantalones de Stryker. Al escuchar el cambio en su respiración. No recordaba la última vez que se había acostado con alguien. Lo que sí recordaba era que la experiencia había sido tan decepcionante que decidió satisfacerse sola antes que arriesgarse a sufrir otra desilusión.

Stryker nunca la había decepcionado. Había sido un amante exquisito. Y considerado.

Tragó saliva y se apartó de él. Al menos hasta que clavó los ojos en sus labios.

—Yo también te he echado de menos —confesó con un hilo de voz antes de poder morderse la lengua.

Stryker se quedó alucinado. Aquellas palabras lo abasaron mientras observaba cómo el deseo oscurecía sus ojos ya de por sí oscuros. Incapaz de soportarlo más, tiró de ella para poder besarla. En cuanto sus labios se rozaron y sintió la caricia de la lengua de Céfira en los dientes, lo cegó el deseo. Lo cegó una avalancha de recuerdos tan tiernos y preciosos que nunca había pensado volver a experimentar nada parecido.

La sentó sobre su regazo y gruñó de placer al sentirla sobre él. Era tan menuda que apenas pesaba. El olor de su piel lo embriagó.

Céfira gruñó mientras se deleitaba con el maravilloso sabor de Stryker. La fuerza de su cuerpo, la dureza de sus músculos. Y se odió por lo mucho que había añorado todo aquello.

Por lo mucho que lo había añorado a él. Claro que negarlo sería inútil.

Once mil años después y seguía excitándola hasta ese punto.

El deseo la abrumó con una ferocidad que no estaba dispuesta a analizar, así que se sentó a horcajadas sobre él y se apartó lo justo para quitarle la camisa pasándosela por la cabeza.

Lo vio esbozar una sonrisa torcida y le colocó un dedo sobre los labios.

—Como digas una sola palabra, te juro que te arranco la lengua.

—¿No te he conquistado otra vez?

Mientras tiraba su camisa al suelo, ella contestó:

—Esto no tiene nada que ver con conquistas. Es deseo puro y duro. Quiero saciarlo y olvidarme de todo este asunto.

—¿Crees que así lo conseguirás?

—En cuanto recuerde lo malo que eres en la cama, se me quitarán las ganas de volver a tocarte.

Stryker se echó a reír mientras se ponía en pie con ella en brazos antes de soltarla en el escritorio.

—Cariño, jamás he sido malo en la cama.

Céfira resopló, aunque sabía por experiencia que no la decepcionaría. Lo que esperaba era que se le hubiera apagado la chispa y que hubiera empeorado con la edad...

En ese momento volvió a inclinar la cabeza para besarla mientras sus manos la exploraban. El placer provocó en Céfira un escalofrío, sobre todo al sentir el roce de su erección entre los muslos. Lo deseaba en ese mismo momento.

Stryker estaba a punto de desabrocharle el top cuando algo golpeó la puerta del despacho. Levantó la vista ceñudo y vio que la puerta se abría de par en par. Davyn entró volando, literalmente, y acabó dándose un costalazo en el suelo, seguido por una horda de demonios.

—¿Se puede? —se burló Kessar—. Parece que tenemos un poder nuevo en la ciudad que no eres tú.

Stryker se apartó de Céfira y la ayudó a ponerse en pie. Usó sus poderes para volver a ponerse la camisa mientras se interponía entre ella y los demonios.

—¿Qué coño está pasando?

—Llámalo selección natural —respondió Kessar lanzándole una descarga.

Stryker siseó por el dolor. Claro que no era un jovencuelo inexperto poco acostumbrado a la batalla. Invocó su armadura negra, volcó el escritorio y lo lanzó contra su atacante. Kessar se agachó para evitar el golpe después de enviarle otra descarga a la que él respondió con una de su propia cosecha. Sus poderes colisionaron en el aire, conformando un crepitante y colorido arco. Sin embargo, mantener la descarga estaba mermando su resistencia física. Notaba como lo abandonaban las fuerzas, y dado el número de demonios que había invadido su despacho, un daimon sin fuerzas era un daimon muerto.

—Corre, Fira —le ordenó, mirándola de reojo.

—No sin ti. —Antes de que Stryker pudiera detenerla, se sumó a la lucha y logró que los demonios retrocedieran—. Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo —dijo.

Stryker miró a Davyn, que seguía inconsciente y ensangrentado en el suelo.

—Tenemos que llevarnos a Davyn.

—Déjalo morir.

—Yo no dejo a mis hombres atrás. —Al menos no a los que le eran leales. A aquellos que, como Desiderio, habían flaqueado en su lealtad no dudaba en sacrificarlos. Sin embargo, Davyn no le había dado el menor motivo para dudar de él y estaba dispuesto a morir para proteger a ese tipo de hombre.

—Cógelo y date prisa —masculló Céfira.

Kessar atacó en cuanto se acercó a Davyn. Lo agarró por la cintura y lo tiró al suelo. Stryker se lo quitó de encima de una patada mientras soltaba un taco.

—Apártate de mí, cerdo apestoso.

Uno de los demonios se abalanzó sobre él y, al agacharse para esquivarlo, vio que Céfira tenía a uno inmovilizado en el suelo.

—No dejes que te muerdan. Si lo hacen, te convertirás en uno de ellos.

Ella recibió sus palabras con una carcajada siniestra mientras sus ojos cambiaban de color, transformándose en un brillante amarillo ribeteado de rojo.

—Tu advertencia llega un pelín tarde. —Agarró del brazo al demonio que tenía más cerca y se lo retorció de tal forma que la criatura cayó al suelo entre gritos, momento en el que ella lo apuñaló entre los ojos y lo mató—. Tengo experiencia en el tema de primera mano, así que mi ansia por su sangre es mayor que la que ellos sienten por la mía.

Kessar y los demás retrocedieron al comprender que estaban lidiando con algo distinto a un simple daimon.

—¿Has cogido a tu colega?

El tono burlón que usó para formular la pregunta irritó a Stryker, que se echó a Davyn al hombro después de levantarlo del suelo.

—Yo no huyo de matones como ese —replicó y se abalanzó hacia Kessar, aunque se detuvo al darse cuenta de que el pasillo estaba sembrado con los cuerpos de su ejército daimon—. ¿Qué coño está pasando?

—Están convirtiendo a tus daimons en demonios. Si quieres seguir vivo, será mejor que salgamos de aquí.

—Yo no huyo.

Céfira lo agarró de un brazo y tiró de él para que la mirara a la cara.

—Todo el mundo huye alguna vez. Abre el portal y sácanos de aquí. ¡Ahora mismo!

Stryker gruñó, pero acabó obediéndola. Hasta que averiguaran exactamente qué era lo que estaba pasando, le haría caso muy a su pesar.

Céfira lo sacó de Kalosis y lo llevó de vuelta a su templo, donde estaba

Medea. Aparecieron en el dormitorio de su hija, que estaba sentada frente al ordenador.

—Déjalo en la cama —le ordenó Céfira, refiriéndose a Davyn.

—¿¡Cómo dices!?! —exclamó Medea, tan horrorizada por la idea que se puso en pie—. No quiero a un desconocido en mi cama.

—Cualquier padre se enorgullecería de oír a su hija decir eso. Gracias por haberla educado tan bien, Céfira. —Stryker dejó a Davyn sobre el cobertor rosa.

Céfira resopló.

—Ni se te ocurra empezar con el sarcasmo, porque podría mandarte de vuelta con los demonios.

Stryker se enderezó para mirarla.

—Lo que me recuerda una cuestión importante: ¿qué eres exactamente si se puede saber?

Céfira soltó un largo suspiro antes de contestar:

—Un semidemonio cabreado...

La respuesta lo dejó petrificado. Aunque parecía normal, la parte demoniaca le confería unos poderes importantes.

—¿Cómo es posible?

Ella se encogió de hombros.

—Me mordió un gallu, precisamente el que tenía a Jared en su poder. Se le ocurrió que podía convertirme en una soplona sin voluntad propia y descubrió que soy mucho más fuerte de lo que aparento. El cabrón acabó muerto.

Medea suspiró.

—Mamá, ¿por qué no le cuentas la verdad?

—¿La verdad? —repitió Stryker, ceñudo.

Céfira soltó un taco mientras fulminaba a su hija con la mirada. Se volvió hacia Stryker echando chispas por los ojos.

—Muy bien. Entregué mi humanidad para que Medea sobreviviera a su vigésimo séptimo cumpleaños.

—¿De qué estás hablando?

—A diferencia de lo que te pasó a ti —comenzó Céfira con un deje desdeñoso —, yo no contaba con una diosa atlante que me enseñara a alimentarme de almas humanas para seguir viviendo. Le pedí a Artemisa que terciara a favor de Medea y se negó. Me dijo que no pensaba revocar la maldición de su hermano ni siquiera por su sobrina. Después de haber perdido a mi nieto y a mi yerno a manos de los humanos, no estaba dispuesta a perder también a mi hija por culpa de Apolo. Así que invoqué a uno de los mediadores y le prometí mi alma si protegía a Medea.

Aunque dicho así parecía muy fácil, había un problema. Los mediadores demoniacos hacían oídos sordos a las invocaciones de los daimons.

—Imposible. Solo un demonio puede invocarlos.

Céfira lo miró con una fingida mirada de admiración.

—Eres un cerebritito, cariño. Y pensar que me casé contigo por tus abdominales... ¿Quién iba a pensar que había tanta inteligencia detrás de esos bíceps?

Medea soltó una carcajada ahogada antes de decir:

—Dejó que uno de los gallu se alimentara de ella y la convirtiera para poder invocar a un mediador.

La mirada burlona teñida de exasperación que hasta ese momento estaba posada en él se trasladó a Medea.

Stryker pasó por alto la actitud quisquillosa de Céfira, sorprendido por la muestra de amor que había demostrado. Que fuera capaz de hacer semejante sacrificio para proteger a su hija le resultaba tremendamente conmovedor. Porque había sido precisamente su entrega por los seres queridos lo que hizo que se enamorara de ella en la Antigua Grecia.

—Después de que el gallu me convirtiera, lo maté. La naturaleza de los gallu es maravillosa. Si matas a aquel que te muerde, recuperas tu autocontrol y consigues sus poderes. Es maravilloso, salvo por la molesta sed de sangre que se añadió a la que ya sufría por culpa de Apolo. Pero la vida consiste en eso, ¿verdad?, en negociar.

«Tal vez», pensó Stryker. Sin embargo, aún había un interrogante.

—¿Y Jared?

—Me lo ofrecieron a cambio de que no matara al gallu. Acepté su custodia y después ensarté al demonio en una de las paredes de su propia casa. Nadie nos amenaza, ni a mi hija ni a mí, y vive para contarlos. Nadie. Y jamás seré una esclava. Nadie me controla.

Sus palabras eran muy loables. Él les había hecho cosas peores a los que habían matado a sus hijos.

Salvo en el caso de Urian.

Renuente a pensar en eso, miró a Céfira con los ojos entrecerrados.

—Eso explica tu avanzada edad. —Los demonios, ya fueran semidemonios o convertidos, se libraban de la maldición de Apolo—. ¿Y ella? —preguntó, señalando a Medea con un gesto de la barbilla.

Céfira cruzó los brazos por delante del pecho.

—Entregué mi alma a cambio de su vida, que ahora está ligada a la mía. Hay que ver lo que les gusta eso a los dioses. Son un poco sádicos, la verdad. Pero da igual. A diferencia de lo que nos pasa a nosotros, Medea no necesita alimentarse de los humanos para vivir. Técnicamente sigue siendo apolita. Incluso podría tener más hijos, si encontrara a un hombre que mereciera la pena...

—Ya encontré a uno —replicó Medea, y se le quebró la voz—. Los humanos lo mataron.

Céfira le acarició el brazo.

—Lo sé, cariño. He sido muy insensible. Yo también lo quería. —Su mirada regresó a Stryker—. Por eso me aseguré de asesinar a todos los descendientes de las familias que lo asesinaron. Y disfruté matándolos con saña.

Stryker le dirigió un antiguo saludo militar en señal de respeto.

—Por eso te admiro tanto. Por seguir el código de un guerrero hasta el final.

Ojo por ojo. Diente por diente. Vida por vida.

Era en lo único que siempre habían estado de acuerdo.

Davyn gruñó cuando comenzó a recuperar el conocimiento. Levantó la cabeza y miró a Stryker.

—¿A cuántos de los nuestros han matado?

—No lo sé. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido War —contestó con un hilo de voz, como si el dolor le impidiera hablar. Se apartó el pelo de la cara mientras se incorporaba en la cama—. Les ha dicho a los demonios que ya no tenían por qué obedecerte. Que debían rebelarse y matarnos para apoderarse de Kalosis. Que sería la morada perfecta para un grupo de demonios, en cuanto mataran o convirtieran a los daimons.

Stryker gruñó al escuchar sus palabras.

—Cabrón traicionero.

Céfira resopló.

—Tú lo liberaste.

—Para que matara a Nick y a Ash —señaló a la defensiva.

Céfira enarcó una ceja con gesto burlón.

—¿Y qué pensabas que haría después?

—Que me mataría a mí, no a los míos.

Céfira soltó una carcajada burlona.

—Recuerda su nombre, es la personificación de la guerra. ¿No te dio ninguna pista sobre su personalidad? Sería igual que si invocaras a Poine, la diosa de la venganza y el castigo, y esperases que te perdonara y te dejara seguir con tu vida feliz y contento.

Medea frunció el ceño.

—¿Esa no es Némesis?

Céfira la miró con gesto burlón.

—Cariño, tú no salgas del panteón atlante. Poine ofrece la revancha por un asesinato. Némesis se encarga de poner fin al resentimiento provocado por los desequilibrios. Castiga a los que son demasiado felices, o a los que van por la vida fastidiando a los demás. Hay una gran diferencia entre las dos.

—Lo que tú digas. —Medea se alejó.

Stryker inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Es impresionante que sigas recordando a los antiguos dioses. Sin embargo, lo que ocurre es que necesito volver a Kalosis para echar a esos gilipollas.

—¿Tienes tendencias suicidas o qué?

—Pues no. Pero los que viven allí son mi gente, y no voy a dejarlos morir sin ponerme al frente de sus filas. —Y con eso se desvaneció.

Céfira se sobresaltó por su súbita desaparición.

—¿Ha vuelto a Kalosis? —le preguntó a Davyn.

El daimon asintió con la cabeza.

—Le gusta recrearse en ciertos jueguecitos, pero con los invasores no hay juegos que valgan. Fue él quien llevó a los demonios a Kalosis, así que seguro que se siente responsable.

Céfira intentó trasladarse a Kalosis, pero como carecía de invitación no lo logró.

—Davyn, ¿puedes abrir una madriguera?

El aludido cerró los ojos, pero negó con la cabeza al cabo de un momento.

—Stryker debe de haberme bloqueado.

—¡Joder! ¡Jared! —gritó, para que abandonara la misión de darle caza a Nick

Apareció frente a ella al instante.

—¿Akra? —preguntó, usando el término atlante para « dueña y señora » .

—Necesito que vayas a Kalosis y que protejas a Stryker. Ayúdalo a expulsar a los demonios.

—Tus deseos son órdenes —replicó con evidente sarcasmo.

De hecho, a Céfira le sorprendió que se mostrara tan presto a obedecerla. Y, efectivamente, al cabo de unos segundos había desaparecido.

Medea frunció el ceño, confundida.

—Vamos a ver, ¿tú no querías matar a Stryker?

—Cariño, después de todo lo que me ha hecho pasar ese hombre, me merezco el honor de matarlo yo misma. No pienso dejar que me robe ese placer ningún engendro demoníaco.

Stryker atacó a los demonios que tenía más cerca con una llamarada en cuanto apareció frente a los suyos, hombres y mujeres, que seguían conteniéndolos.

—¿Dónde está Apolimia?

—Detrás de ti.

Se volvió y descubrió que la diosa tenía los ojos rojos.

—Tenemos que llevar a un lugar seguro —le dijo, poco dispuesto a que muriera, ya que entonces él también moriría, y antes quería solucionar aquel follón.

Apolimia enarcó una ceja al escucharlo.

—¿Desde cuándo te preocupa mi seguridad? Pensaba que querías verme muerta.

Y era cierto. Pero no en ese momento.

—Quiero renovar mi contrato vital. Por lo menos durante dos semanas más.

—En ese caso... —Apolimia levantó los brazos y creó un torbellino alrededor de los demonios, que empezaron a chillar y a dar alaridos a medida que los rodeaba y los levantaba del suelo.

Al cabo de unos segundos, apareció un agujero negro en la estancia que absorbió el torbellino, haciéndolo desaparecer.

Esa sí que era una habilidad conveniente, pensó Stryker.

—Y esa, amigos míos, es la diferencia entre una diosa de verdad y un semidiós... —musitó.

Apolimia se volvió hacia él con cara de pocos amigos.

—Pero eso, por desgracia, no durará mucho, ya que alguien —recalcó la palabra fulminándolo con la mirada— les ha garantizado el acceso a mis dominios. No sé, estoy pensando en enviarlos con ellos para que merienden.

—Dame un par de horas antes de hacerlo. Ahora mismo necesito comprobar el daño que han sufrido mis hombres.

—¿Desde cuándo te preocupa lo que les pase?

Stryker no contestó. Era cierto que le gustaba fingir una absoluta falta de sentimientos. Que estaba muy por encima de algo tan intrascendente como las emociones. Pero en el fondo no era así.

Porque se preocupaba y sufría muy a su pesar. Por mucho que intentara negarlo, seguía siendo un hombre.

—Mi gente me necesita —contestó mientras pasaba al lado de un furioso Savitar, que caminaba hacia Apolimia.

—¿Por qué no te has quedado quietecita? —masculló el susodicho.

La diosa le lanzó una mirada altiva y distante.

—Soy la diosa de la destrucción. ¿De verdad crees que voy a quedarme quietecita mientras se abren paso por mi casa? —Puso cara de asco—. Necesito que llames a Sin. Es un dios sumerio, así que debería encargarse de vigilar las creaciones de su panteón y arreglar sus marrones.

Savitar resopló.

—Sabes que si lo hago, tu nieta luchará a su lado, ¿verdad? La última vez que se enfrentó a ellos, estuvieron a punto de convertirla.

—¿¡Por qué se casaría con ese don nadie!?! —rezongó, furiosa—. Vale. No les digas nada. —Echó un vistazo para comprobar la destrucción a su alrededor—. Strykerio, espero que tanto tú como tus hombres os encarguéis de limpiar este estropicio.

Stryker estaba a punto de replicar, pero se mordió la lengua. No ganaría nada enfureciéndola y tenían muchas cosas que hacer.

—Sabes que esto no ha terminado. War volverá.

—Sí, lo sé. Gracias por recordármelo. Deberíamos prepararnos para su llegada, por cierto. ¿Alguien conoce a un buen exterminador?

Ni siquiera había acabado de formular la pregunta cuando apareció Jared, con mucho mejor aspecto que la última vez que Stryker lo había visto. Llevaba una cazadora de cuero, una camisa y unos vaqueros, todo de color negro. Las gafas de cristales oscuros impedían que se vieran sus ojos. Se había recogido el pelo castaño cobrizo en una coleta.

El sefirot miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—Parece que me he perdido la fiesta. Bien. No me apetecía matar demonios esta noche. Todavía no me he tomado la primera dosis de cafeína.

Savitar puso cara de sorpresa.

—¿Bebes café?

—No, ha sido un patético intento por hacerme el gracioso —respondió Jared con gesto muy serio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Apolimia, a quien no le gustaba ni un pelo que aparecieran criaturas sin invitación en sus dominios, tal como ponía de manifiesto su tono de voz.

—Me han ordenado que lo proteja —contestó, señalando a Stryker con la barbilla.

Apolimia cruzó los brazos por delante del pecho.

—En fin, pido un exterminador y mira quién aparece. ¿Quieres encargarte de War por nosotros?

—No puedo.

Su respuesta no pareció gustarle mucho.

—¿Por qué no?

—La Fuente Primigenia —terció Savitar con sequedad—. Jared fue creado para proteger ese tipo de poderes. Nadie puede ordenarle que los mate.

Jared asintió con la cabeza.

—Exacto. Ni siquiera mi dueña puede exigírmelo.

Apolimia frunció el ceño.

—No lo entiendo. Puedes matar a los malacai. ¿No formaban parte también de esos poderes primordiales?

Jared suspiró.

—Los malacai le declararon la guerra a la Fuente, así que la norma ya no les atañe. Al atacar a la Fuente, los sefirot pudieron darles caza y acabar con ellos. A menos que War amenace de alguna manera a los poderes primordiales, estará a salvo de mí.

Savitar esbozó una sonrisa torcida.

—Menudo fraude estás hecho.

El comentario hizo que la expresión de Jared se suavizara.

—Pues sí, y yo también lo pienso. Menos mal que no es contagioso.

Stryker pasó de ellos mientras meditaba sobre lo que había puesto en marcha con sus ansias de venganza. Qué simple parecía todo al principio. War mataba a

Ash, luego a Nicky luego a él. Sin embargo, había muchas más cosas en juego.

—Tenemos que dar con alguien que pueda frenar a War.

Savitar le lanzó una mirada socarrona.

—¿No fuiste tú quien lo liberó? —le preguntó.

—Sí, pero vamos a dejar de echarnos las culpas los unos a los otros. Estaba pasando por un momento de bajón y me pareció buena idea. Visto lo visto, de buena no tiene nada.

—Suele pasar con los errores garrafales, sí —comentó Apolimia en voz baja—. No hay mucha gente capaz de poner en práctica ideas que saben de antemano que acabarán mal... salvo los imbéciles, claro.

Savitar soltó una carcajada.

—Tú no estás incluido en ese grupo, ¿verdad, Stryker?

El aludido lo fulminó con la mirada.

—Que yo recuerde, no somos amigos.

—Que yo recuerde, me importa un comino —replicó el ctónico.

—Ya está bien, niños —masculló Apolimia—. Por si no lo habéis notado, tenemos entre manos algo muy gordo. Hay que localizar a War y detenerlo, acorralar a los gallu, proteger a Apóstolos y echar a Savitar de aquí.

—Lo último no lo entiendo; ¿por qué? —dijo Jared.

—Porque no lo trago.

Savitar meneó la cabeza.

—Lo mismo digo, preciosa.

Apolimia lo miró con desdén.

—Ponte ropa de verdad. ¿Qué es lo que llevas puesto? ¿Lo venden para adultos?

Las críticas a su vestuario parecieron ofenderlo muchísimo.

—Son unos pantalones cargo y una camisa hawaiana. Que yo sepa, es ropa.

—En mis dominios, no. ¡Abróchate esa camisa!

—¡Oye! —protestó Savitar cuando la diosa usó sus poderes para abrochársela

—. Que sepas que hay mujeres que pagarían por verme desnudo.

—Lo que sé es que hay mujeres a las que tú pagas para que te vean desnudo. ¡Solo faltaba, vamos! Yo no pertenezco a ninguno de los dos grupos. Y ahora cierra el pico mientras pienso.

Las pullas que intercambiaban le hicieron gracia a Stryker. Nunca había visto a Apolimia tan animada. Ni a Savitar tan ofendido. En otras circunstancias, los habría acicateado para que siguieran, pero tenían muchas cosas que hacer como para ejercer de Loki.

Jared se apartó un poco.

—Mientras vosotros planeáis qué hacer, yo tengo que matar a un malacai. —Y desapareció.

Savitar suspiró.

—No creo que Aquerón esté muy contento con esa misión.

—Pues no —convino Apolimia—. Te mandaría tras él, pero no quiero que Apóstolos se enfade conmigo.

Savitar soltó un largo suspiro.

—Sabes que tenemos que estar alerta. La estrategia de War es dividir y atacar. Convertir a los amigos en enemigos.

Stryker puso los ojos en blanco.

—Pues teniendo en cuenta que los tres nos odiamos, no sé qué más puede hacer.

Apolimia lo miró con seriedad.

—Yo no te odio, Stryker. Si ese fuera el caso, no te habría traído a mis dominios —le aseguró antes de desaparecer.

Pasmado y sin saber muy bien cómo interpretar esa confesión tan poco característica de la diosa, Stryker la siguió. Si había aprendido algo a lo largo de los siglos era que Apolimia era incluso menos sentimental que él.

Claro que él poseía una faceta que no le mostraba a nadie, y eso lo llevó a preguntarse por los secretos que Apolimia guardaba.

La encontró en su jardín privado, un lugar rodeado por muros de mármol. Las rosas negras florecían por doquier, en recuerdo y a modo de luto por el hijo que no podía ver. Estaba flanqueada por sus dos guardias carontes, inmóviles como estatuas. De no ser por algún que otro parpadeo, cualquiera pensaría que estaban muertos.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —le preguntó mientras ella se sentaba al borde del estanque cuyas aguas fluían al contrario, ascendiendo por la pared.

—Estoy cansada, Strykerio. —Se levantó para marcharse.

Y Stryker hizo lo que jamás había hecho. Detenerla.

—Quiero una respuesta.

Apolimia se zafó de sus manos.

—Hay que ver lo obtuso que eres, niño. ¿Alguna vez te has parado a pensar en nuestra relación o siempre te ha cegado el odio?

—Te juro que no he hecho otra cosa durante estos últimos años. Me usaste y después me dejaste tirado.

Apolimia negó con la cabeza.

—Te adopté, Strykerio. Cuando tus hijos murieron, lloré contigo.

—Y una mierda.

La diosa se levantó la manga del vestido para que viera su muñeca. Llevaba tatuadas once lágrimas negras. Esa era la costumbre atlante para recordar a los seres queridos muertos.

—La primera es por mi hijo. El resto, por los tuyos.

Stryker le acarició el brazo, incapaz de creerla.

—¿Y Urian qué? Me ordenaste que lo matara.

—Te dije que tu hijo guardaba un secreto que debías investigar. Que te ocultaba cosas. Nunca pretendí que lo mataras. Esa decisión fue solo tuya.

—No te creo.

—Me da igual lo que creas. Ya no me importa. A estas alturas pondría fin a nuestras vidas, pero tendré que seguir así hasta asegurarme de que detienen a War y de que mi hijo no corre peligro.

—Seguir así... conmigo, quieres decir.

Los ojos plateados de Apolimia relampaguearon en la penumbra. Sin embargo, vio el sufrimiento que ocultaba con gran elegancia.

—Yo no he dicho eso.

—Tu tono de voz sí.

La diosa soltó un suspiro irritado.

—Estás ciego. Para ti todo es blanco o negro. O te odio o te quiero. Pero las cosas no funcionan así. La vida nunca sigue un camino tan claro. Las emociones nunca son tan definidas. —Le acarició una mejilla con suavidad—. Piensa, Strykerio. Tú y yo llevamos miles de años como aliados. Luchando contra tu padre y contra Artemisa. Contra su ejército de Cazadores Oscuros y contra los humanos a los que tanto odiamos. Solo te he prohibido tocar a Apóstolos, y sabes muy bien por qué. Es mi hijo. Pero, de todas formas, siempre te he ofrecido refugio, a ti y a los tuyos. Os traje a mis dominios y os enseñé a robar almas humanas.

—Para vengarte de mi padre por haber matado a Aquerón.

Apolimia reconoció sus palabras con un gesto de la cabeza.

—Eso es cierto. O lo fue, al principio. La venganza era lo único que me interesaba. Pero a medida que vi crecer a tus hijos, a tu gente... a medida que los vi morir... ¿Me crees tan fría e insensible para creer que nunca me ha importado?

—Sí. Mataste a tu propia familia. A todos.

La expresión de la diosa se tornó pétrea. No delataba emoción alguna.

—Aquella noche me movía la misma furia que sentiste tú cuando mataste a Urian. No, en mi caso había mucha más. Su traición fue inmensamente mayor que la traición de Urian. Porque él lo hizo por amor a una mujer. No para hacerte daño. Urian intentaba encontrar la felicidad al lado de su mujer, no quería humillarte. Lo que me hizo mi familia fue fruto del egoísmo y del miedo. Se unieron en mí contra para encerrarme y mataron a mi hijo. Eso es imperdonable. —Hizo una pausa. Sus ojos centellearon y el dolor que todavía guardaba por aquello fue más que evidente—. Pero tal y como te pasó a ti, en cuanto los maté a todos y me quedé sola, me arrepentí de haberlo hecho. Añoraba a mi familia, por muy lamentable que fuera, y quería verlos de nuevo. —Volvió la cabeza para echarles un vistazo a sus guardias carontes, que seguían firmes—. Aunque siempre he querido mucho a mi ejército caronte, no era lo

mismo que tener al lado a la familia. —Volvió a mirar a Stryker y su expresión se suavizó—. Y justo entonces me invocó un muchacho rubio y me suplicó que le concediera el poder para librar a sus hijos de un destino injusto. Ese muchacho me recordó a mi hijo y por eso le ofrecí lo que jamás le había ofrecido a nadie. —La ternura desapareció bajo el gesto distante que solía lucir—. Vinculé mi vida a la tuya para salvarte. La única vez que hemos estado enfrentados fue cuando te ordené dejar tranquilo a Apóstolos y me desobedeciste.

—No me dijiste que era tu hijo.

—Porque sabía que te haría daño —masculló—. ¿Por qué si no lo habría mantenido en secreto?

—Estabas intentando controlarme.

—Nunca —replicó entre dientes—. Te di rienda suelta para que te vengaras de tu padre. Le abrí mis dominios a tu gente y permití que os refugiara aquí. Me enorgullecí de cada Cazador Oscuro que matabas, de cada vida humana que destruías, como haría cualquier madre.

Stryker se negaba a creerla. Lo había utilizado...

Sin embargo, recordó la relación que habían mantenido a lo largo de los siglos. Apolimia siempre le había permitido el paso a sus aposentos privados. Siempre lo recibía con los brazos abiertos.

Y añoraba esa relación mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Por qué no me habías dicho nada de esto hasta ahora?

Apolimia suspiró.

—Porque prefería que me odiaras a mí por la muerte de Urian a que te odiaras a ti mismo. Ningún padre debería experimentar ese sufrimiento.

—No te creo.

—No lo hagas. Ambos sabemos que la compasión no es mi fuerte. Apenas entiendo el sentimiento. —Lo observó de arriba abajo con expresión distante—. Apenas te entiendo a ti. —Se recogió las faldas de su vestido negro y pasó por su lado para alejarse.

Stryker la observó mientras reflexionaba sobre sus palabras. Aunque no entendiera el concepto de compasión, Apolimia era capaz de amar. La protección continua y el sacrificio que hacía para mantener a salvo a Aquerón eran encomiables. Y fueron la causa de sus celos y el motivo de que se rebelara contra ella.

Porque ansiaba que lo quisiera de aquella forma.

Hizo una mueca al reconocer la verdad. Lo habían sacado del vientre de su madre antes de nacer y lo habían entregado al cuidado de las sacerdotisas de Apolo. Aunque nunca habían sido crueles con él, todas lo temían. No sabía lo que era una madre de verdad...

Hasta que conoció a Apolimia.

Sin embargo, no estaba seguro de poder confiar en ella. ¿Debía bajar la

guardia? Claro que, pese a toda la malicia de la diosa, bien era cierto que nunca mentía. Podía omitir detalles, pero no mentía abiertamente...

Cerró los ojos y apretó los dientes, consumido por el dolor. Era difícil saberse responsable de tantas vidas y no contar con nadie en quien confiar.

¡Por los dioses! Qué cansado estaba de no tener absolutamente a nadie. De tener que hacerse el fuerte todo el tiempo.

Renuente a ahondar en aquellos pensamientos, abandonó el jardín y volvió al lugar donde sus hombres atendían a los heridos y mataban a los que se habían convertido en gallu.

—¿Estamos en guerra, milord?

Miró a Ann, una daimon preciosa y de baja estatura para los de su especie, y sonrió.

—Los demonios ya no son bienvenidos en Kalosis. Les tendimos la mano en señal de amistad y nos han pagado derramando nuestra sangre. —Aunque no era de sorprender. Un demonio siempre sería un demonio. Debería haberse pensado mejor lo de unir fuerzas con los gallu—. Pero no pasa nada. Supliremos las bajas con nuestra astucia y crueldad. Somos daimons, somos spati. Y vamos a enseñarles a esos cabrones de lo que somos capaces.

Sus hombres gritaron en señal de aprobación.

Savitar, que estaba a su espalda, se echó a reír.

Stryker lo miró con expresión furiosa.

—¿Qué te parece tan gracioso, ctónico?

—Me troncho al pensar que dependas de War para alargar tu vida.

Miró a Savitar para hacerle saber lo que pensaba de él... que no era muy agradable.

—Al menos puedo alargarla.

—Pues sí, pero ¿sabes cuál es el problema de alargar los plazos?

—¿Cuál?

—Que expiran antes de que te des cuenta. Y como no estés muy atento, los contratos dejan de tener vigor.

—Como si eso me asustara...

—No es mi intención. Pero, en tu lugar, yo no dejaría tanto rato solas a tus mujeres mientras te entretienes aquí abajo. La guerra tiene la fea costumbre de estallar en los lugares más pacíficos... no sé si me entiendes.

De repente Stryker tuvo un mal presentimiento. Era imposible que War...

De imposible nada, era más que probable.

Con el corazón desbocado, comprendió que tenía que volver junto a Céfira y Medea antes de que fuera demasiado tarde.

Céfira alzó la mirada de su escritorio cuando oyó que llamaban a la puerta.

—Pasa, cariño —dijo, porque el sonido le indicó que se trataba de Medea.

Efectivamente, la puerta se abrió y su hija asomó la cabeza.

—¿Molesto?

—No, preciosa. Solo estaba organizando esto un poco.

Medea enarcó una ceja al escucharla. Claro que Céfira no podía culparla. Al fin y al cabo, lo suyo con el orden era desquiciante. Reconocía que era un defecto. Cuando las cosas no salían bien, sentía la compulsión de limpiar todo lo que pudiera.

—¿Cómo está nuestro invitado? —preguntó en un intento por distraer a su hija del escrutinio al que la estaba sometiendo.

—Está echándoles el ojo a un par de sacerdotisas para ver si se las merienda. Ya le he dicho que no están en el menú, aunque crea que puedan resultarle muy sabrosas.

—Bien. No quiero problemas con Artemisa al respecto.

Medea entró y cerró la puerta.

—Todavía lo quieres, ¿verdad?

—¿A quién? —preguntó a su vez, tratando de aligerar la pregunta—. ¿A Davyn? Ni siquiera lo conozco. Lo único que quiero de él es no verlo.

—A mi padre.

Cómo le desagradaba lo directa que era Medea a veces.

—Tampoco lo quiero —le aseguró sin más—. Ni siquiera soporto su presencia.

—Pero te alegras cada vez que te mira.

—No seas ridícula —protestó mientras tiraba un fajo de papeles a la papelera.

Medea la detuvo mientras se acercaba de nuevo al escritorio.

—Te conozco, *matera*. Siempre eres calculadora y fría. Llevo siglos preocupada por la posibilidad de que haya sido mi estupidez el motivo de que algo dentro de ti haya muerto.

Céfira miró ceñuda a su hija.

—¿Qué estupidez?

—Vivir con los humanos. Ser tan tonta para creer que mientras no les hiciéramos daño nos dejarían en paz. Todavía recuerdo lo que me dijiste unas semanas antes de que nos atacaran: « No puedes domesticar a un lobo y esperar que se tumbe frente al fuego tranquilamente. Tarde o temprano, la naturaleza de la bestia sale a la luz y hace lo que le dicta el instinto: matar». En aquel momento pensé que te referías a nosotros, pero me equivoqué. Y después de que nos atacaran, después de que estuvieras a punto de morir por salvarme, algo murió en tu interior. La compasión por los demás. La capacidad de demostrar piedad.

Era cierto. Su fe en el mundo, la confianza que pudiera sentir en la llamada « humanidad », murió con su nieto.

« ¡Matad al monstruo! ¡Arrancadle el corazón antes de que nos mate!»

Era un niño de cinco años, no un monstruo. Solo un niño que llamaba a gritos a sus padres suplicando ayuda. A su abuela para que detuviera a los que le estaban haciendo daño. Hizo todo lo posible para protegerlos, pero por desgracia no fue suficiente. Al final, se lo llevaron a rastras y lo mataron a golpes.

Al hijo de su hija.

Ella también murió aquella noche, porque desde entonces había un triste y hondo vacío en el lugar que ocupaba su corazón.

—La vida es dura —dijo con una serenidad que en realidad no sentía.

Una verdad que ya sabía mucho antes de que todo aquello sucediera. Había crecido con el hambre y la pobreza carcomiéndole el estómago y la dignidad mientras su padre, un pescador, intentaba ganarse la vida con el mar. La imposibilidad de conseguirlo hizo que se vengara con su propia familia. Se convirtió en un borracho amargado que los culpaba a todos de su fracaso. Los culpaba por su existencia, por depender de él para sobrevivir. Los odiaba y se esforzó por hacérselo saber.

No conoció el respeto y la ternura hasta que un muchacho delgado y guapo la detuvo en los muelles.

Todavía recordaba cómo le brillaba el pelo a la luz del sol. Todavía recordaba la sincera admiración que reflejaban sus preciosos ojos azules cuando la miraron. Iba envuelto en el quitón púrpura de las clases nobles, y la prenda resaltaba su cuerpo de guerrero que comenzaba a mostrar la promesa del hombre en el que se convertiría.

Al creer que su intención era la de abusar de ella, como había sucedido con muchos otros antes que con él, incluyendo al borracho de su padre, le asestó un rodillazo en la entrepierna y huyó.

Él la persiguió para disculparse por haberla asustado.

Para disculparse. El hijo de un dios disculpándose con la harapienta hija de un pescador. Fue amor a la primera frase. Y después la cubrió con su manto para protegerla de la desagradable brisa marina, y ella se derritió al instante.

Porque por un breve lapso de tiempo se sintió amada y protegida. Porque

sintió que era algo más que el polvo que la gente pisaba.

Hasta que Apolo llegó y censuró su relación aduciendo que ella era basura, indigna de un semidiós, y Stryker obedeció sin rechistar las órdenes de su padre, abandonándola.

La ira la devolvió al presente y la apartó de los recuerdos.

—No creo en cuentos de hada —le dijo a su hija.

—Que yo recuerde, me criaste contándomelos.

Porque deseaba que su hija fuera mejor persona que ella. Porque no quería acabar con la inocencia de Medea de la misma forma que habían acabado con la suya.

—Niña, te quiero —susurró—. Eres la única fuente de alegría que he conocido en la vida. La única persona por la que daría mi vida. No quiero a tu padre. Ya no puedo.

Medea inclinó la cabeza.

—Lo que tú digas, mamá. Pero he visto cómo se te alegra la cara en cuanto él aparece. —Se disponía a marcharse, pero se detuvo—. Por cierto, si sucediera algún milagro y pudiera recuperar a Evander, no lo apartaría de mi lado. Lo mantendría conmigo eternamente.

—Él no te abandonó cuando eras una cría de catorce años embarazada.

—Cierto, pero Evander no era un crío de catorce años cuyo padre ostentaba el poder de matarnos solo con pensarlo.

Céfira guardó silencio mientras su hija se marchaba. Tenía razón. Stryker solo era un muchacho en aquel entonces y no tenía dinero para mantenerla ni a ella ni a su futuro hijo. Sin embargo, los despojos de lo que había sido su corazón se negaban a justificar su comportamiento.

Porque Stryker debería haber luchado por lo que quería.

Y eso era lo que no podía perdonarle. Jamás. No, más bien lo que no podía perdonarle era que la hubiera hecho sentirse como una cucaracha insignificante, indigna de su amor. Habría preferido que Apolo la matara antes de volver a sentirse denigrada de aquella manera. Porque todo el mundo merecía su dignidad.

Todo el mundo.

Salvo Jared, porque en ese momento supo por qué la alegraba tanto torturarlo. Jared también había traicionado a su familia. A sus compañeros de armas. En vez de unirse a ellos cuando más lo necesitaban para luchar por su supervivencia, los había entregado a sus enemigos para que los masacraran.

Y por eso lo odiaría eternamente. De la misma forma que odiaría a Stryker por haberla abandonado.

Suspiró y siguió reordenando el escritorio que acababa de ordenar hacía unos minutos. Ni siquiera había dado un paso cuando se produjo un destello.

Era Stryker.

Medea tenía razón, por mucho que le pesara. Se le aceleró el corazón nada más verlo allí de pie. Tenía un mechón de pelo en la frente. Sus facciones eran afiladas y perfectas, y se percibía la sombra de su barba. Le encantaría pasarle la lengua por el mentón y sentir la aspereza de su piel.

La ira la poseyó al instante, por la naturaleza de sus pensamientos y por la forma en la que su cuerpo traicionaba el odio que deseaba sentir por él.

—¿Qué quieres?

Stryker se mordió la lengua justo a tiempo, antes de contestar: « A tí ». Porque ella era lo único que quería. Lo único que necesitaba. Y en ese preciso momento lo que más deseaba era deshacer aquella trenza rubia y dejar que su pelo le acariciara el pecho mientras ella lo montaba como solía hacer en el pasado.

Se le puso tan dura que hasta le dolió. Esa era la parte más difícil de estar junto a Céfira. Porque solo con oler su perfume a lavanda y camomila lo abrumaba el deseo. Se obligó a seguir hablando y carraspeó.

—Necesito que Medea y tú volváis conmigo a Kalosis.

—¿De verdad crees que estaremos más seguras que aquí?

—Puesto que contamos con un ejército de carontes y con una diosa cabreada sedienta de sangre, sí. A menos que tengas la certeza de que Artemisa posee un instinto maternal que mantiene bien oculto, pero a mí no me consta. Sinceramente, no la veo acudiendo en tu defensa, como tampoco la veo acudiendo en la mía.

Céfira lo fulminó con la mirada.

—Que te quede claro que si accedo, es por la seguridad de Medea. En otras circunstancias te diría que te metieses los consejos allí donde nunca brilla el sol.

Sus palabras le arrancaron una sonrisa irónica.

—Cariño, precisamente voy a llevaros a donde nunca brilla el sol. A diferencia de este lugar, en Kalosis no brilla el sol. Nunca.

—Qué gracioso...

—¿No te hago gracia? Mira que me tengo por un tío bastante cachondo.

—No me extraña.

Stryker guardó silencio mientras Céfira recogía unas cuantas cosas, entre las que se incluían artículos de maquillaje y unas cuantas cremas. Una extraña emoción lo recorrió al recordar su costumbre de aplicarse cosméticos por las mañanas. Él la contemplaba desde la cama, mientras ella se aplicaba la crema en la cara y después se pintaba los ojos con khol y los labios con henna.

No había una imagen que le gustara tanto contemplar. Porque era un momento muy femenino y tierno.

Muy... Céfira.

—¿Qué estás mirando? —masculló ella.

—Nada —contestó con una voz más cortante de lo que pretendía, pero no tenía la menor intención de que Céfira adivinara lo tiernas que eran sus

emociones hacia ella. Porque eso le otorgaría un poder sobre él que era mejor que ignorara.

En cuanto ella hubo recogido sus cosas, se dispuso a quitárselas de las manos. Al principio Céfira se opuso, pero acabó claudicando sin mediar palabra.

—Voy a por Medea.

—¿Davyn sigue en su dormitorio?

—No lo sé —respondió Céfira de camino a la puerta—. Antes estaba dando una vuelta por los alrededores.

Stryker la siguió por el pasillo hasta el dormitorio de Medea y se quedó pasmado cuando encontró a la pareja jugando al ajedrez en un tablero emplazado cerca de la ventana. Davyn tenía la cara amoratada e hinchada, pero salvo por eso parecía haberse recuperado por completo.

Céfira puso los brazos en jarras.

—¿Debería preocuparme por lo cómodos que os veo aquí juntitos?

Sin apartar la mirada del tablero, Medea contestó:

—Relájate, mamá. Para ser un daimon, Davyn es simpático.

Céfira le lanzó una mirada contrariada a Stryker.

—Creo que deberías tener una charla con él.

—¿Por qué?

—Está en el dormitorio de tu hija, a solas con ella.

—Jugando al ajedrez.

—De momento...

El comentario le arrancó una carcajada.

—Relájate, Fira. Me preocuparía más que estuviera a solas con mi hijo en su dormitorio. Lo peor que le puede pasar a Medea es que le robe los zapatos.

Céfira puso cara de asombro.

Davyn se echó a reír mientras movía el alfil.

—Tampoco hace falta que os preocupéis por eso. En la vida he visto a una mujer con los pies tan pequeños como Medea. Además, el hecho de que me gusten los hombres no significa que quiera convertirme en mujer. En serio.

Céfira dio una palmada con actitud autoritaria.

—Muy bien. Vosotros dos, arriba. Medea, recoge tus cosas. Vamos a pasar unos días con tu padre.

Las palabras de su madre no gustaron a Medea.

—¿Por qué? —preguntó, dirigiéndose a Stryker.

Su tono de voz lo irritó.

—Soy tu padre. Ni se te ocurra cuestionar mis decisiones.

Medea se puso en pie de un salto.

Céfira suspiró.

—Medea, déjate de enfados y obedécelo. —Se volvió para mirar a Stryker con expresión siniestra—. Recuerda que es la hija a la que acabas de conocer. No

uno de tus soldados a los que puedes ir dándoles órdenes.

Davy n se puso en pie más despacio.

—Medea, si te sirve de consuelo, el tono de voz que ha usado contigo es mucho más suave que cuando nos ladra a nosotros.

Stryker le lanzó una mirada asesina.

—Mantente al margen de esto.

—Sí, milord.

Medea se detuvo junto a su madre.

—No comprendo por qué tenemos que huir de esos demonios.

—No se trata de los demonios. Se trata de War. Y no estamos huyendo. Nos estamos reagrupando en un lugar estratégico donde tenemos ventaja para poder contenerlo hasta descubrir su punto débil. Recoge tus cosas.

Nick dio un respingo al pasar junto a un espejo y ver su imagen.

—¡La leche! —exclamó.

Tenía la piel de color rojo sangre y cubierta de símbolos extraños de color negro. Sin embargo, lo que lo dejó pasmado fue su cara.

Su pelo era negro, vetado de rojo y con mechones que le caían sobre la cara. Una serie de líneas negras pasaban sobre sus ojos y sus mejillas. Sus ojos eran negros como el ébano pero con un brillo rojizo.

Se miró los brazos y las manos y vio que también eran rojos, y que estaban cubiertos por los símbolos negros.

—¿Qué coño me está pasando?

—Esa es tu verdadera forma.

Nick se volvió y vio a Menyara, pero ya no era la anciana que lo había criado. Era una mujer más alta que él, que aparentaba veintitantos años. Llevaba un top negro atado al cuello y pantalones negros muy ceñidos. Se había recogido la larga melena en una coleta alta.

—¿Quién eres en realidad?

Menyara le lanzó uno de los báculos que llevaba.

—Se me ha conocido por muchos nombres a lo largo de la historia. Pero supongo que el que más te sonará será Maat.

Le dio un vuelco el corazón al recordar a la antigua diosa egipcia. La guardiana del orden universal. La diosa de la justicia y la verdad. Menyara le regaló una estatuilla de la diosa en su décimo séptimo cumpleaños.

«Te protegeré del mal, Nicholas. Ponla junto a tu cama y nadie te hará daño mientras duermes. Porque te vigilaré. Siempre.»

Todavía recordaba sus palabras.

Lo invadió una amarga ira.

—Para ser la diosa de la verdad, conmigo te has lucido a base de mentiras.

Menyara sonrió.

—No te he mentado, cariño. Solo os oculté unos cuantos detalles a tu madre y a ti. Si te sientes mejor, fui yo quien se encargó de que Cherise no sospechara de tus Cazadores Oscuros. La mantuve siempre protegida de los fenómenos paranormales que se producían a su alrededor. Del mismo modo que intenté protegerte a ti. Pero el destino es un poco cabroncete y no hay manera de detener sus planes. Estaba escrito que algún día serías dueño de tus poderes y ni siquiera los míos han podido protegerte de ese destino.

—Te daría las gracias por haber mantenido a mi madre al margen de mis actividades extracurriculares, pero precisamente fue esa parte de mi vida la que provocó su muerte. —Comprobó el peso del báculo—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

Menyara lo amenazó con el suyo, blandiéndolo en dirección a su cara, de forma que Nick usó el suyo para detenerla.

—Aprender a luchar.

—Nací luchando. —En esa ocasión ni siquiera fue capaz de parar el golpe de Menyara, que le dio de lleno en la cabeza.

—Luchaste contra humanos, pero no contra los poderes que vendrán a por ti. —Y volvió a blandir el báculo.

Nick bloqueó su avance y logró arrancárselo de las manos. Sonrió satisfecho por haberla desarmado.

—Te lo dije. Soy el mejor de los mejores.

Menyara resopló por su arrogancia.

—Y yo soy una diosa de la verdad, no de la guerra. Vencerme significa que puedes vencer a una anciana. Nada más. Que no se te suba a la cabeza.

Nick puso cara de asco.

—Ahora que caigo, si tu labor era protegernos a mi madre y a mí, podrías habernos protegido de la pobreza.

El dolor lo atravesó al recordar la mirada derrotada de su madre cada vez que le pasaba la mano por el pelo y subía al escenario para hacer su striptease y así ganar algo con lo que alimentarlo. En una ocasión le dijo que la única razón por la que lo llevaba con él al trabajo era para poder recordar el motivo por el que hacía lo que hacía. Porque de no ser por él, saldría corriendo por la puerta sin mirar atrás.

La culpa lo abrumó. Como siempre. Había arruinado la vida de su madre y luego le había puesto fin con su estupidez.

Menyara levantó la mano y le arrebató el báculo. Después lo estampó contra la pared usando uno de los extremos del arma. Hizo una mueca de dolor cuando notó que le clavaba el extremo con fuerza en el pecho.

—Esa pobreza fue lo que te hizo humano, muchacho. Sin ella o sin tu madre, habrías sido igualito que tu padre.

—¡Y una mierda!

Menyara abrió la boca para hablar, pero al instante se quedó petrificada.

Al cabo de un momento se produjo un fegonazo cegador. Nick siseó porque la luz pareció atacarlo, abrasándole la piel.

Algo feroz lo golpeó, lo levantó del suelo y lo inmovilizó contra el techo. Intentó zafarse de aquella fuerza, pero se sentía como una cucaracha que estuviera siendo pisoteada.

De repente, se estrelló contra el suelo.

Menyara se apresuró a acercarse mientras él gemía de dolor. Le pitaban los oídos y no era capaz de enfocar la vista. Le dolía todo el cuerpo.

Hasta que alzó la mirada.

Y allí, al otro lado de la habitación, vio a Aquerón, luchando con un hombre que llevaba sobre la piel los mismos símbolos que habían aparecido en la suya. Salvo que sus colores estaban invertidos: lo que en él era rojo, en el hombre era negro y viceversa.

—No te metas en esto, atlante —masculló la criatura demoníaca.

Aquerón detuvo la descarga que lanzó su oponente con una mano.

—Menyara, saca a Nick de aquí. ¡Ahora mismo!

Antes de que él pudiera protestar, Menyara lo rodeó con su cuerpo y la oscuridad lo engulló todo.

Jared soltó un taco al ver que Gautier desaparecía.

—¿Qué estás haciendo?

—Te lo dije. El honor me obliga a protegerlo, así que lo haré con mi vida.

—Tú no estás bien de la cabeza.

Ash se apartó del sefirot en cuanto la criatura dejó de luchar.

—Soy un dios atlante, Jared. Le juré a su madre que nadie le haría daño. Y sabes muy bien lo que eso significa.

Jared también retrocedió, más calmado. Su piel recobró la apariencia humana al instante.

—Que cuando lo mate, tú también morirás. ¿Se te ha ido la pinza o qué? ¿Cómo se te ocurrió hacer ese juramento?

—Porque pensé que era humano y estaba en deuda con su madre, por eso.

—Pues ya sabes la verdad. Eres un ctónico y tu deber es mantener el equilibrio del universo. El malacai tiene que morir.

Ash negó con la cabeza.

—El equilibrio del universo dicta que siga viviendo mientras tú vivas.

Jared soltó una carcajada.

—No lo pillas, ¿verdad? Quiero morir. Si lo mato, moriré con él. —Le dio un empujón a Ash y desapareció.

Ash soltó un taco al comprender que era imposible localizarlo.

« ¡Joder! », pensó.

—¡Jared! —gritó, proyectando su voz hacia el éter para que el sefirot lo oyera—. Quien no lo pilla eres tú. Si yo muero, el mundo muere conmigo. No puedes matar a Nick Gautier.

Jared guardó silencio.

Ash soltó un suspiro furioso. El sefirot tenía razón. Su labor era la de salvaguardar el equilibrio del universo. Y nadie le impediría llevar a cabo dicha labor.

—¿Savitar? —susurró, invocándolo.

El aludido apareció en forma de espíritu a su lado.

—¿Qué pasa, niñato?

—Estabas al tanto de lo de Nick, ¿verdad?

Savitar desvió la mirada, confirmando con el gesto las sospechas de Ash.

—¿Por qué no me lo dijiste? —quiso saber.

—Porque no altero el destino. Ya lo sabes. Pero, sí, cuando me dijiste que entrenara a Nick y lo vi por primera vez, supe lo que era. Por eso no lo entrené. De haberlo hecho, habría liberado sus poderes. El escudo que los mantenía sellados se mantendría firme mientras no lo golpeará alguien que extrajera sus poderes de la Fuente.

Ash frunció el ceño al escucharlo.

—Entonces ¿por qué no se liberaron la noche que luché con él?

—No lo sé. Tal vez tenga algo que ver el hecho de que tus poderes procedan de sitios distintos. O tal vez sea algo tan simple como que fuésemos amigos y que en el fondo supieras que, aunque te enfrentaras a él, no lo matarías. Por muy furioso que estuvieras, en realidad no representabas una amenaza para su vida. Así que no necesitaba sus poderes para protegerse de ti.

—Pero yo soy el culpable de que muriera.

—No. Él es el culpable de su propia muerte. Él apretó el gatillo.

Qué simple parecía dicho así. Sin embargo, las palabras de Savitar no alteraban la verdad de lo que ocurrió aquella noche.

—Porque yo lo maldije.

Savitar lo miró con sorna.

—Tienes suerte de que no esté físicamente a tu lado, porque ahora mismo te daría de collejas. Sabes muy bien cómo funciona el libre albedrío, así que deja de lloriquear y baja de la cruz. Necesitan la madera.

El comentario no le hizo gracia, porque no estaba haciéndose el mártir por una gilipollez sin importancia. Era innegable que había sido él quien había puesto en marcha toda la cadena de acontecimientos. Claro que los remordimientos no solucionarían los problemas que tenía entre manos.

—¿Qué hago para detener a Jared?

—No puedes detenerlo. Solo su dueña es capaz de hacerlo.

—¿Y si ella no quiere?

—La hemos cagado.

Stryker detestaba el sentimiento tan agradable que le provocaba ver las cosas de Céfira mezcladas con las suyas. Su cepillo, sus cremas. Su perfume. Cogió el frasco para olerlo.

—¿Qué haces?

Soltó de inmediato el frasquito.

—Nada.

—Y yo voy y me lo creo. Estabas soñando despierto mientras olisqueabas mis cosas, ¿verdad?

Las palabras de Céfira le hicieron enarcar una ceja.

—¿Soñando despierto? ¿A qué te refieres?

Céfira lo miró imitando su gesto.

—No vas a distraerme así como así. Ahora mismo estabas pensando en mí y añorándome.

Stryker se acercó a ella mientras la observaba receloso, aunque no detectó la menor emoción en ella. Ojalá pudiera entrenar a sus hombres para que fueran tan aptos en la materia.

—¿Eso es lo que quieres que confiese? Ya sabes lo mucho que te he echado de menos.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Pues sí, quiero que me lo digas.

—¿Por qué?

Se apoyó en él y lo miró con una mezcla de malevolencia, alegría y picardía.

—Porque quiero ver lo mucho que te ha torturado mi ausencia.

Stryker estaba a punto de alejarse, pero su cuerpo se negó a obedecerlo. En cambio, descubrió que de sus labios brotaba una verdad como un templo.

—Te he echado de menos.

Céfira ardía en deseos de cruzarle la cara por haber pronunciado aquellas palabras. Ardía en deseos de golpearlo hasta que desapareciera el dolor que llevaba dentro. Pero reconocía la verdad. El daño que Stryker le había hecho no podría resarcirse por mucho que le devolviera el favor.

—¿Crees que con esas palabras se arreglan las cosas?

—No se arregla nada —contestó él con voz cortante—. Pero mientras estás ahí plantada, odiándome tanto, ponte un momento en mi lugar. Fui yo quien la cagó, esa es la realidad y la certeza con la que he tenido que vivir durante todos los días de mi vida. Tú eras mi corazón. Mi otra mitad, y te abandoné. ¿Sabes hasta qué punto me ha carcomido esa certeza?

Céfira enterró los dedos en su pelo y le dio un tirón hasta que lo vio hacer una mueca de dolor. Incapaz de lidiar con todas las emociones encontradas que rugían en su interior, lo acercó con brusquedad a ella y le dio un beso apasionado.

Stryker aspiró su olor en cuanto notó el roce de su lengua contra la suya y paladeó su sabor. Céfira era lo único que había deseado en la vida sin medida. Ansioso por tenerla todo lo cerca que fuera posible, la cogió en brazos y la llevó a la cama.

Ella solo abandonó sus labios lo justo para sacarle la camisa por la cabeza. Incapaz de pasar un solo segundo más apartado de ella, usó sus poderes para hacer desaparecer tanto la ropa de Céfira como la suya.

La vio apartarse un poco con las cejas enarcadas.

—Un truco muy útil, la verdad —murmuró cerca de sus labios.

Antes de que él pudiera replicar, lo obligó a darse la vuelta sobre el colchón mientras le mordisqueaba la barbilla con los colmillos. La sensación era tan placentera que le arrancó un gemido. Con ella entre los brazos tuvo la impresión de que habían vuelto a los días en los que solo era un joven príncipe y el mundo, un lugar fresco y nuevo. No había odio en su corazón. Ni soledad.

Con ella entre los brazos, era capaz de enfrentarse a la eternidad.

Y lo estaba besando con el mismo deseo desenfundado que lo asaltaba a él con solo mirarla. Cerró los ojos para saborear mejor el roce de su cuerpo desnudo. Las caricias de sus manos. Aunque estuviera condenado, en ese instante se encontraba en el paraíso abrazando a su ángel.

Céfira acarició la mejilla de Stryker con la suya mientras él le mordisqueaba el lóbulo de una oreja. La aspereza de su piel provocó en ella un escalofrío. Oía a hombre y a loción para después del afeitado, un aroma que se mezclaba en perfecta armonía con el suyo. Después de que él se fuera, había pasado años abrazando su quitón por las noches, ansiando su regreso.

Pero lo había quemado, en un arranque de furia por la maldición de Apolo. Sin embargo, volvía a estar con él, y quería perdonárselo todo. Quería que el tiempo retrocediera y quería mantenerlo siempre a su lado.

Ojalá pudiera hacerlo.

—Te necesito dentro de mí —susurró.

Ya jugarían después. En ese momento quería sentirlo lo más cerca posible.

La respuesta de Stryker fue un gruñido ronco mientras la penetraba para satisfacer sus deseos.

El placer le arrancó un grito y comenzó a mover las caderas, enfebrecida por el anhelo de formar parte de él. Se le había olvidado lo maravilloso que era estar con un hombre, sobre todo con un hombre tan habilidoso como Stryker. Cada envite de sus caderas, cada caricia de su lengua hacían que estallara en llamas y le arrancaba gritos de placer. Stryker rodó sobre el colchón, llevándola consigo para dejarla en el centro de la cama y aumentó el ritmo de sus embestidas. Sus

ojos plateados se clavaron en los suyos y allí, sumidos en la penumbra, Céfira reconoció la vulnerabilidad que asomaba a sus profundidades y se quedó sin aliento. Atrás había quedado la arrogancia de la juventud de él. El sufrimiento que albergaba en su interior la desarmó. A ambos les habían sucedido muchas cosas desde aquel día en el templo de Agapa, donde se había declarado marido y mujer.

Volvió a ver al muchacho alto e inseguro que blandía el puñal con el que se había hecho el corte en la palma de la mano.

«Juro dedicar mi vida a la tuya con mi sangre, mi corazón y mi alma. Allá donde esté, te llevaré conmigo en mis pensamientos. Lo juro delante de tus dioses y de los míos. Estamos unidos y solo la muerte nos separará.» En aquel momento se había inclinado para susurrarle al oído: «E incluso entonces encontraré el modo de seguir a tu lado. Tú y yo, Fira. Juntos para siempre» .

Recordar aquel momento le arrancó una lágrima. Porque había creído firmemente en él.

—¿Fira?—Stryker dejó de moverse y la miró.

Ella tragó saliva.

—¿Te he hecho daño?

Estuvo a punto de sollozar al escucharlo.

—Me arrancaste el corazón, cabrón. Me hiciste creer en tus palabras cuando no creía en nadie más que en mí misma.

Stryker contuvo el aliento al escuchar aquellas palabras, que le hicieron jirones el alma.

—Siempre quise ser el hombre que tú veías en mí. Ojalá pudiera deshacer todo lo que hice. Ojalá me hubiera quedado contigo para morir a tu lado como debí hacer. Pero no puedo cambiar el pasado. No puedo enmendar el dolor que te provoqué. Sé que no es mucho consuelo, pero te aseguro que yo tampoco lo pasé bien. —Su mirada la abrasó—. Jamás me he disculpado por nada. Jamás le he suplicado nada a nadie. Pero siento mucho lo que te hice y me arrodillaré encantado a tus pies si así me perdonas.

Céfira lo apartó de un empujón y después se incorporó en la cama.

—Ya no sé perdonar.

Stryker recibió sus palabras como si fueran un golpe. Solo se merecía su desprecio. Pero no podía dejar las cosas así. Con el corazón destrozado, se acercó a ella con delicadeza para deshacerle la trenza. Los sedosos mechones le hicieron cosquillas en la piel mientras recordaba cómo acostumbraba a cepillárselo todas las noches antes de meterse en la cama con él.

Céfira apretó los puños sobre la cama, profundamente conmovida por las caricias de Stryker. No quería perdonarlo, pero sus palabras y su sinceridad la habían derretido. Lo miró por encima del hombro y se derritió un poco más. Era un hombre famoso por su crueldad y su ferocidad. Un hombre que no titubeaba

jamás.

Sin embargo, le estaba acariciando el pelo como si temiera hacerle daño.

¿Cómo podía odiar a alguien que la había querido tanto? ¿Cómo podía odiar al hombre que le había dado lo más valioso que tenía en la vida?

—Esto no significa que me gustes —masculló antes de obligarlo a tenderse de espaldas en el colchón, tras lo cual se sentó a horcajadas sobre sus caderas.

Stryker sonrió mientras Céfira le clavaba los colmillos en el cuello para alimentarse. Con gusto la dejaría beber hasta que estuviera seco si de esa forma moría abrazándola. Estaba embriagado por su olor, por el roce de sus pechos, por el cosquilleo de su vello púbico en el abdomen.

Dejó la cabeza sobre la almohada y aspiró el olor a camomila pese al dolor que le provocaban sus colmillos. Estaba en la gloria.

Le pasó una mano por un brazo y fue descendiendo hasta entrelazar los dedos con los suyos. Después se la llevó a los labios y le besó la palma, justo antes de clavarle los colmillos en la muñeca. Céfira dio un respingo, pero no se apartó. La dulzura de su sangre le arrancó un gemido. A medida que bebía, notaba como sus poderes se iban mezclando. Y descubrió la increíble energía demoníaca que ella llevaba en su interior.

« No habría sido capaz de derrotarla... » , reconoció para sus adentros.

La certeza de ese pensamiento hizo que se tensara. Ella lo había dejado ganar. Stryker esbozó una lenta sonrisa, pero guardó silencio. No quería volver a enfurecerla en ese momento, cuando estaban tan bien. Céfira se apartó de él para mirarlo a la cara y Stryker le soltó la mano. Su pelo rubio le acariciaba el torso. No había nada tan hermoso como Céfira sentada a horcajadas sobre él. Nada tan hermoso como las caricias de su pelo. Como el roce de sus pechos.

La belleza de Stryker tenía a Céfira embelesada. Su poder. Por fin sabía la verdad. Se había contenido durante la lucha. Podría haberle hecho mucho daño, pero se había contenido.

Ojalá pudiera volver a confiar en él.

¿Sería capaz?

Lo vio incorporarse un poco para llevarse uno de sus pezones a la boca. Lo aferró por la nuca y se estremeció al sentir la ardiente caricia de su lengua. Stryker le levantó sin esfuerzo aparente, la colocó en el ángulo preciso y la instó a tomarlo en su interior. Jadeó al sentirlo dentro.

Comenzó a moverse despacio sobre él mientras lo obligaba a levantar la cabeza para volver a saborear sus labios. Sentirlo así era una maravilla. Al igual que lo era sentir su aliento mezclado con el suyo.

Stryker se sentía tan devorado por el placer que ni siquiera era capaz de hilar sus pensamientos. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no correrse por la simple alegría de volver a estar con ella. Para mantener el control, se clavó las uñas en la palma de la mano. Aun así, le costó.

Aquella era la única mujer que había amado en la vida.

Acarició el lóbulo de una de sus orejas con un dedo mientras una sonrisa asomaba a sus labios. Recordaba un lugar concreto...

Inclinó la cabeza y lamio la parte trasera del lóbulo...

Céfira contuvo el aliento, estremecida por un escalofrío que le endureció los pezones.

—Sigues siendo igual de sensible.

El deseo ardía en sus ojos cuando lo miró.

—¿Y tú?

—Yo nunca he sido sensible.

—Ya... —Le pasó las manos por los costados, haciéndole cosquillas. El respingo que dio Stryker hizo que se hundiera hasta el fondo en ella, y le arrancó un gemido de placer.

Él giró con ella de nuevo y la colocó de espaldas sobre el colchón entre carcajadas. Céfira arqueó la espalda para sentirlo lo más adentro posible. El ritmo de sus envites era tan enloquecedor que no pudo aguantarlo más y el placer estalló en su interior de forma arrolladora. Gritó al correrse y se abrazó a él con fuerza mientras su cuerpo se sacudía.

Stryker gruñó cuando llegó al orgasmo y la estrechó contra él, embargado por el placer y presa de los espasmos.

Céfira era deliciosa y ansiaba pasar el resto de su vida entre sus brazos desnudos, en la cama.

Se apartó de ella y le preguntó con tono arrogante y burlón:

—¿Te he decepcionado, cariño?

Ella frunció la nariz.

—Mmm, bueno, digamos que has mostrado una técnica algo pobre...

Stryker resopló al escucharla.

—La noche es joven. Todavía me quedan muchas horas para saborearte, y te aseguro que cuando acabe contigo, se te habrá olvidado el adjetivo «pobre».

Céfira compuso una expresión arrogante para disimular lo mucho que había disfrutado.

—Bueno, si no te importa quedar otra vez en ridículo, ¿quién soy yo para detenerte?

Él chasqueó la lengua.

—Eres realmente mala. —Alargó el brazo y tiró de las sábanas.

Una vez que estuvieron arropados, Céfira preguntó:

—¿Decías en serio lo de seguir?

—Desde luego. Tengo que recuperar los siglos que he perdido.

Estaba a punto de replicar cuando oyeron que alguien llamaba a la puerta.

Después de asegurarse de que estuviera completamente tapada, Stryker masculló:

—Adelante.

Era Davyn. Entró en el dormitorio, pero se detuvo en seco al verlo desnudo con Céfira al lado y desvió enseguida la mirada.

—Milord, siento traer malas noticias, pero tenemos otro problemilla.

—¿Cuál?

—No podemos alimentarnos.

Stryker intercambió una mirada con Céfira antes de preguntarle a Davyn:

—¿Qué quieres decir?

—War y los demonios nos han encerrado. Si salimos, nos matarán o nos convertirán. Estamos atrapados.

Stryker soltó un taco.

—¿Hasta cuándo podréis aguantar?

—Yo me alimenté anoche, así que no necesitaré hacerlo hasta dentro de unas semanas. ¿Y usted, señor?

Stryker miró a Céfira, que se quedó helada al comprender lo que significaba esa mirada.

—Me he alimentado dos veces de ti —le recordó ella.

Él asintió con la cabeza.

—Estaré bien durante unos días.

Céfira tragó saliva, asustada por el mal presentimiento que la invadió.

—¿Cuántos?

—Tal vez dos.

Y después moriría.

Céfira no habló de nuevo hasta que Davyn los dejó a solas. Cuando Stryker se volvió hacia ella en la cama, miró el lugar donde lo había apuñalado antes. Stryker también lo hizo. Aunque la herida estaba sanando, seguía siendo un cruel recordatorio de su carácter volátil.

Y de su puntería letal.

—Parece que tu deseo se hará realidad antes de lo que esperabas, ¿no? —comentó él como si nada.

Céfira se pegó la sábana al pecho.

—Tiene que haber una manera de salir de aquí.

—Sí, pero ellos cuentan con ventaja. Los demonios no son seres nocturnos. Pueden sitiarnos de día y de noche. Nosotros solo podemos alimentarnos al anochecer.

—¿Puedes traer humanos?

En teoría, sí. Pero las cosas nunca eran tan sencillas.

—Solo si por casualidad entran en una madriguera. Algo más fácil de decir que de hacer. Porque generalmente suelen ser niños. Y a muchos daimons, entre quienes me incluyo, les cuesta tragarse el alma de un niño. Aunque los humanos solo sean ganado.

Céfira lo miró echando chispas por los ojos.

—Ellos han matado a nuestros hijos sin vacilar.

La respuesta a la cuestión tampoco era sencilla.

—Sus padres mataron a nuestros hijos, ellos no. Son inocentes en esta guerra. Mi padre me obligó a convertirme en un monstruo cuando me maldijo con esta vida, pero me niego a rendirme a su locura por completo.

Céfira meneó la cabeza al escucharlo.

—Eres un guerrero. ¿Me estás diciendo que nunca has matado a un niño en una batalla?

—Me entrenaron para la guerra como mortal, pero nunca combatí de verdad hasta que me convertí en daimon. Así que no, nunca he matado a un niño. Y siendo padre, no estoy seguro de poder hacerlo. —La miró con los ojos entrecerrados—. Y eso no me convierte en un cobarde.

Céfira levantó las manos en un gesto conciliador al escuchar su tono hostil. Sin

pretenderlo había tocado un punto sensible.

—Ni se me ha pasado por la cabeza. —Al menos, no la parte de que era incapaz de hacerle daño a un niño. En lo tocante a las demás cosas que había hecho...

Era otra cuestión.

Cuando Stryker se levantó de la cama, Céfira vio el tatuaje que llevaba en el omóplato derecho y que había pasado por alto durante el revolcón. Lo miró fijamente, mientras asimilaba su significado.

No, era imposible...

—Espera —le ordenó al tiempo que tiraba de él, obligándolo a regresar a la cama, para examinar el tatuaje.

Era un corazón roto envuelto en alambre de espinas y con una espada clavada en el centro carmesí. Sin embargo, era la cinta que cubría el corazón, y el nombre escrito en ella, lo que la dejó sin aliento.

«Céfira.»

Debajo del corazón había dieciocho lágrimas negras que formaban un complicado diseño. Las trazó con los dedos.

—¿Por quiénes son?

—Una por cada hijo y nieto. Y una por cada esposa.

Sin embargo, era su nombre el que había tatuado en la cinta. Solo su nombre marcaba el corazón roto.

Levantó la cabeza para verle la cara, ya que Stryker la miraba por encima del hombro. La recorrió un sinfín de recuerdos de su pasado compartido y de emociones encontradas. Stryker era tan familiar y tan desconocido a la vez...

—¿Quién eres, Strykerio?

—Un alma perdida —murmuró él—. En otro tiempo tenía un objetivo, pero me perdí por el camino.

—¿Y ahora?

La miró con los ojos entrecerrados y una expresión peligrosa. Seductora.

—Vuelvo a ver lo que quiero, pero por primera vez en la vida no sé si puedo reclamarlo. No debí abandonarte, lo sé.

Céfira le colocó la mano en la mejilla, áspera por la barba.

—Soy una sierva de Artemisa. Se lo debo por haberme acogido cuando nadie más quería hacerlo.

—¿No le has pagado tu deuda con creces?

Céfira meditó sus palabras. ¿Lo había hecho? Artemisa podía ser muy caprichosa y fría. A lo largo de los siglos había ejecutado a un sinfín de humanos en nombre de la diosa, a cualquiera que la hubiera difamado u ofendido. Qué curioso que hasta ese momento ni se le hubiera pasado por la cabeza abandonar su servicio. Se había contentado con permanecer cobijada en el templo de la diosa y existir sin más. Su único objetivo a lo largo de los siglos había sido

proteger a su hija.

¿Cómo era posible no tener otro objetivo? La razón era que su primer objetivo había sido envejecer junto al hombre que había amado, el que la había abandonado, rompiéndole el corazón. El espíritu. Y la vida.

Después de la experiencia se juró no volver a exponerse a semejante dolor. Con una vez le había bastado.

Stryker se volvió en la cama para mirarla cara a cara con una expresión tan intensa y sincera que le provocó escalofríos.

—Vuelve conmigo, Fira. Únete a mí y pondré el mundo humano a tus pies. Encontraremos el modo de romper la maldición de mi padre y ocupar nuestro lugar bajo la luz del sol.

—No he sentido la luz del sol en once mil años. Desde que la maldición cayó sobre nosotros.

—Yo podría dártela.

Negó con la cabeza.

—Ya me prometiste antes el mundo y luego me lo tiraste a la cara.

—Ahora soy distinto, Fira. Ya no soy un muchachito asustado que vive a la sombra de su padre. He aprendido de mis errores y te juro que jamás volveré a dejarte.

Quería creerlo, pero no sabía si era capaz. Era muy fácil prometer algo, lo difícil era cumplirlo. Muy pocas personas cumplían sus promesas.

—Y, sin embargo, morirás en un par de días si no conseguimos alimentarte.

—Incluso muerto encontraré la manera de estar a tu lado.

Aquellas palabras la enfurecieron, ya que Stryker acababa de recordarle los votos matrimoniales.

—¿¡Cómo te atreves!?! —rugió, apartándolo de un empujón.

—No te entiendo.

—Te burlas de mí con estas palabras.

La expresión de Stryker dejaba clara su total confusión. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta?

—¿En qué sentido?

—Me prometiste quererme pero me abandonaste antes de que pasara un año. ¿Cómo voy a confiar en ti ahora?

—No volví a casarme después de que mi segunda esposa muriera. Ni me lo planteé y no fue por ella. Fue tu recuerdo lo que me mantuvo soltero. Ninguna mujer me ha cautivado como tú.

Y ningún hombre había conquistado el corazón de Céfira. Nadie. Solo Stryker fue capaz de romper la coraza con la que se protegía.

Por eso lo odiaba tanto.

—¡Matera!

Céfira miró hacia la puerta justo cuando Medea la abría de golpe. Por una

vez su hija no reaccionó al verlos en la cama y desnudos. Eso bastó para convencerla de que las noticias eran pésimas.

—Kessar ha enviado a un emisario para hablar con mi padre. Tiene que ir al salón inmediatamente.

Stryker usó sus poderes para vestirse al tiempo que abandonaba la cama. Céfira estaba a punto de coger su ropa cuando también la vistió a ella. Salió de la cama y se reunió con Medea en la puerta.

Stryker las precedió por el pasillo.

Medea enarcó una ceja al reunirse con su madre, pero no dijo nada mientras las dos seguían a Stryker hacia el salón. Allí, bajo la tenue luz, los daimons rodeaban a una gallu muy delgada y alta. Llevaba el pelo negro suelto alrededor de los hombros y los miraba con asco.

Stryker no dijo nada, se limitó a caminar hacia el estrado, donde estaba su trono negro de huesos y calaveras, que relucía a la tenue luz y parecía tan amenazador y letal como el hombre que lo ocupaba. Céfira lo siguió, esperando que él protestase. No lo hizo. Con el porte de un dios, Stryker se sentó con toda la tranquilidad del mundo y fulminó con la mirada a la gallu como si fuera un insecto al que estuviera a punto de pisotear. Céfira se colocó a la derecha del trono y apoyó la mano en uno de los postes del respaldo, tallado con la forma de un espinazo.

—¿Tienes un mensaje de Kessar?—le preguntó Stryker a la gallu.

—Te ofrece la oportunidad de rendirte.

Stryker soltó una carcajada al escuchar la estupidez de la gallu. Y la temeridad de Kessar. Si creían que iba a acobardarse, iban a llevarse una decepción.

—Le dije que dejara de alimentarse de imbéciles. Como no me hizo caso, su cerebro también ha menguado.

La gallu chasqueó los dedos.

Dos gallu aparecieron con una daimon encadenada. Era Illyria, una de sus lugartenientes spati. Su pelo rubio contrastaba enormemente con la ropa negra que llevaba. Fiel a su naturaleza y a su cargo, no protestó cuando la obligaron a postrarse de rodillas.

Sin embargo, estaba muy débil. Su cara tenía un tinte ceniciento y brillaba, señal inequívoca de que llevaba mucho tiempo sin alimentarse. Su cuerpo comenzaba a envejecer y a descomponerse. Ya aparentaba más de veintisiete años. En cuestión de minutos aparentaría tener unos cuarenta.

—No les dé nada, milord —masculló Illyria al tiempo que intentaba zafarse de los dos gallu que la sujetaban.

—Morirá si no te rindes.

Stryker se encogió de hombros.

—Todos morimos, gallu. Deberías preocuparte más por tu propio destino.

La gallu lo miró con desdén.

—Tu piel también me dice que tienes que alimentarte. —Cogió a Illyria por la barbilla—. Mira cómo envejece. Se le están debilitando los huesos. No durará más de una hora. Aunque os alimentéis los unos de los otros, solo conseguiréis morir antes.

Stryker no perdió la compostura.

—No soy Sísifo, así que no pretendo encarcelar a la muerte. Illyria es una guerrera. Si ha llegado su hora, así será. No lucho contra Átropos. Su voluntad es reclamarnos cuando le apetezca. Mi único objetivo es morir con dignidad.

Céfira se quedó impresionada por la pose y la capacidad de negociación de Stryker. No era el mismo muchacho a quien había conocido. El hombre que estaba a su lado era un guerrero valiente, que se negaba a dejarse intimidar.

Le gustaba eso. Al igual que le gustó ver la rabia en los ojos de la gallu. El demonio estaba a punto de cometer un error.

Y mientras la fulminaba con la mirada, Céfira tuvo una idea. Era atrevida, pero reveladora. Le colocó una mano en el hombro a Stryker y se inclinó para susurrarle al oído:

—Bebe de la gallu...

Stryker se quedó helado al escucharla. La sangre de los gallu era contagiosa. Podía convertir a cualquiera que entrara en contacto con ella, transformándolo en un zombi sin voluntad que quedaba a merced de los demonios. ¿Tanto lo odiaba Céfira para deseárselo semejante destino?

La miró a la cara. Estaba preciosa allí, a su lado. Ese era el lugar que siempre le había correspondido. Sin embargo, no estaba seguro de poder confiar en ella. Lo que le proponía...

Era un suicidio.

—Confía en mí —le susurró al oído, provocándole un escalofrío.

¿Era capaz de hacerlo? Ella misma le había dicho que las mujeres eran las criaturas más rencorosas del universo.

Sus ojos oscuros se le clavaron en el corazón, pero no le dejaron entrever sus intenciones. Podría estar ayudándolo a vivir.

O a morir.

—Róbale el alma a la gallu —repitió Céfira en voz tan baja que Stryker no estuvo seguro de oírla siquiera—. Mata a esa zorra y así no podrá controlarte.

—Estáis completamente rodeados —dijo la gallu, que había perdido la paciencia—. Os apresaremos a todos. Vuestra única esperanza es rendiros y suplicarles clemencia a Kessar y a los demás.

El universo se haría añicos antes de que él suplicara.

Se puso en pie despacio. Céfira seguía sin darle pistas de su ánimo o de sus intenciones. Ignoraba si estaba siendo sincera. O si le estaba tendiendo una trampa.

Daba igual, él no era de los que se dejaban amenazar. Bajó del estrado y se acercó a la gallu. Los dos demonios que sujetaban a Illyria se tensaron, preparados para matarla si Stryker daba un paso en falso.

—*Sriana ey froya* —le dijo en atlante a Illyria. «Déjalos secos y mátalos», era la orden.

Miró a su lugarteniente mientras sentía cómo le cambiaban los ojos de color. Ya no eran plateados, seguro, en ese momento se habrían vuelto rojos como la sangre. Estaba reuniendo los poderes que llevaba en su interior. Se volvió hacia la mensajera gallu y la miró a los ojos.

La gallu se tensó de inmediato, en cuanto sintió que su voluntad se veía anulada por el único don que a Apolo se le olvidó quitarles a los apolitas cuando los maldijo.

Todavía podían controlar a cualquier criatura que tuviera una voluntad débil. Era el don que les permitía absorber las almas humanas. Sin embargo, era difícil encontrar humanos que tuvieran un fuerte amor por la vida y una mente débil a la vez. En el caso de los gallu, esas dos condiciones eran sinónimos.

Stryker le tendió la mano.

—Acércate, gallu.

El demonio no titubeó.

Stryker esbozó una sonrisa torcida mientras la acercaba a él y le clavaba los colmillos en el cuello. La gallu gritó mientras se desangraba.

Illyria lo imitó con el gallu que tenía a la izquierda mientras que Davyn hacía lo propio con el de la derecha.

En cuanto saboreó el poder que contenía la sangre gallu, a Stryker comenzó a darle vueltas la cabeza. Hasta que el estómago se le encogió y empezó a dolerle. De forma instintiva hizo ademán de apartarse, pero Céfira se lo impidió.

—No pares —le dijo, pegándole la cabeza al cuello de la gallu—. No hasta que haya muerto.

Se apartó lo justo para poder hablar.

—Creo que me estoy convirtiendo. No me siento bien.

—Lo harás. Confía en mí.

Céfira no dejaba de repetírselo, pero no estaba seguro de que debiera creerla. A decir verdad, la sangre le estaba sentando fatal. Estaba convencido de que vomitaría en cualquier momento. Pero clavó los colmillos en el cuello de la gallu y siguió bebiendo hasta que Céfira la apuñaló entre las cejas para matarla.

En ese momento lo sintió. Sintió el último hálito de vida que abandonaba el cuerpo, dejándolo inerte en sus brazos. Mantuvo pegado el cuerpo de la gallu contra su pecho, contra el centro de su ser, y esperó a que sus almas se fundieran. Una absorción normal era como una pequeña descarga seguida de una sensación vigorizante.

En esa ocasión fue como si lo golpeará un rayo, obligándolo a soltar el cuerpo

y a retroceder. Gritó mientras la descarga se extendía por su interior y le oscurecía la piel. Intentó respirar, pero le resultó imposible. A su alrededor se sucedían destellos de luz, mientras oía el rugido de la sangre al correr por las venas. Era como contemplar la trama del tejido de todo el universo. El poder se acumuló en su cuerpo, calentándolo y haciendo que le diera vueltas la cabeza.

Echó un vistazo a su alrededor y se percató de que sus hombres habían retrocedido. De repente, Céfira se acercó a él.

—Mírame, Strykerio. Concéntrate —le dijo al tiempo que le cogía la cara entre las manos.

La obedeció y, cuando sus miradas se encontraron, su corazón se relajó. Se le aclaró la visión y dejó de oír el terrible zumbido que le atronaba los oídos.

En los labios de Céfira apareció una lenta sonrisa antes de que le rasgara la camisa. Stryker frunció el ceño cuando ella le colocó una mano sobre el corazón, donde ya no estaba la marca negra que indicaba que había absorbido un alma. Contempló su torso, sin comprender lo que estaba sucediendo. En cuanto un apolita absorbía un alma humana para prolongar su vida, aparecía una marca negra sobre su corazón, allí donde se fundían sus almas.

La suya había desaparecido.

—No lo entiendo.

—Cuando un daimon se funde con un demonio, adquiere la fuerza de ambas razas. Los demonios son inmortales. Y tú también lo eres ahora.

—¿Cómo es posible? —No daba crédito.

Céfira esbozó una sonrisa siniestra.

—La sangre gallu es muy potente. El componente infeccioso que tiene se mezcla con nuestro ADN y nos fortalece. Ya no tienes que absorber más almas.

Stryker se volvió para mirar a sus lugartenientes, que estaban de pie junto a los gallu que habían matado.

—¿No somos esclavos de los gallu?

Céfira negó con la cabeza.

—Dejáis de serlo en cuanto vuestro amo muere. Es un nuevo mundo, Stryker. Un nuevo amanecer.

Y Céfira se lo había dado. Nada podía ser más importante.

—La única manera de matarte a partir de ahora será la decapitación.

Ardía en deseos de gritar de alegría.

—¿A cuántos daimons podemos convertir con un solo gallu? Si varios daimons se alimentan de un gallu antes de matarlo, ¿los convertirá a todos y luego quedarán libres?

Céfira se encogió de hombros.

—Solo hay una manera de averiguarlo. Vamos a comprobarlo.

Stryker soltó una carcajada y miró a los spati congregados en el salón.

—Ya habéis oído a la dama. Vamos a hacer un pequeño experimento. Si

funciona, nos podremos alimentar de ellos y después matarlos, y ya no dependeremos de las almas humanas para vivir. Creo que ha llegado la hora de levantar la veda de los gallu. —Soltó otra carcajada por la idea de devolverles la pelota a Kessar y a los suyos—. ¿Quién tiene hambre?

Se oyó un clamor de voces.

Stryker se dirigió a Davyn.

—Abre una madriguera y consíguenos unos cuantos gallu para probar la teoría de mi señora.

Davyn inclinó la cabeza y lo saludó.

—Como desee, milord. —Le hizo un gesto a Illyria y a dos spati más para que lo acompañaran.

Stryker regresó a su trono, donde se sentó con una nueva esperanza para el futuro de su gente. El amanecer de los daimons acababa de empezar y estaba deseando crear un infierno para los humanos antes de que acabara.

Bajó la vista y la clavó en los tres gallu muertos. A sus ojos eran tan repugnantes como su propio padre.

—Que alguien limpie el estropicio. Sacad los cadáveres y quemadlos.

Un grupito se adelantó para obedecer la orden al tiempo que Céfira subía al estrado.

Sin importarle que los suyos lo observaran, le cogió la mano y le besó los nudillos.

—Gracias, Fira. Podrías haberte callado y haber dejado que tanto mi gente como yo muriésemos.

Céfira echó un vistazo a la estancia.

—Da lo mismo lo que sienta por ti, sigo siendo atlante y apolita. —Señaló a sus soldados con la mano—. Somos los últimos guerreros de nuestra raza. Prefiero morir a quedarme de brazos cruzados mientras los gallu nos acorralan. Son unos gilipollas ignorantes. Nosotros somos hijos de los dioses. No nos arrodillamos ante nadie.

Stryker sonrió al ver la confusión en las caras de sus soldados.

—Acabo de caer en la cuenta de que no saben quién eres, amor mío. —Se puso en pie y la instó a volverse hacia la multitud—. Daimons, hermanos míos, os presento a Céfira. Mi reina.

Céfira se tensó al escuchar su declaración.

—¿No te estás adelantando un poco? —le preguntó entre dientes.

—Si me matas, mi gente necesitará un líder —contestó él, que se inclinó para susurrarle al oído—. Después de esto confío en que hagas lo mejor para ellos. Estemos casados o no, eres mi reina y mi igual. No confío en nadie más para liderar y proteger a mi pueblo.

Céfira lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Y esta es mi hija —añadió él, tendiéndole una mano a Medea—. Confío en

que todos les mostréis a ambas el respeto y la deferencia que se merecen. — Esbozó una sonrisa torcida—. Aunque si no es así, os harán ser conscientes de vuestro error de una manera muy dolorosa.

A Medea no parecían hacerle mucha gracia los vítores que escuchó. Pero su madre aceptó su adulación con tranquilidad.

Stryker dio un paso hacia su hija, justo cuando Davyn regresaba con un gallu. El lugarteniente lo empujó hacia los dos daimons que lo habían acompañado y que a su vez se abalanzaron sobre el demonio con un fervor fruto de la desesperación. Enseguida se le unieron tres daimons más. El demonio se debatió con todas sus fuerzas, pero no era rival para los daimons que se alimentaban de él, inmovilizándolo contra el suelo.

Stryker observó con morbosa fascinación cómo sus hombres comenzaban a convertirse. ¿Funcionaría? ¿O tendría que matarlos?

Obtuvo la respuesta cuando Davyn mató al gallu. El demonio soltó un último alarido de dolor antes de morir. El primer daimon, una mujer llamada Laeta, atrapó su alma y la absorbió. Sus ojos se enrojecieron mientras inclinaba la cabeza hacia atrás con un alarido.

Al cabo de un segundo Laeta se puso en pie y se subió la camisa. La marca daimon había desaparecido.

Y lo mismo sucedió con los otros daimons que se habían alimentado del gallu.

Stryker ardió nuevamente en deseos de gritar de alegría al darse cuenta de que habían encontrado la clave de su supervivencia. La clave de su salvación.

Preso de la felicidad, cogió a Céfira en volandas y se puso a dar vueltas con ella.

—¡Eres un genio! —gritó.

Céfira se quedó sin aliento al ver al muchacho que había amado en el interior del hombre al que odiaba. Era el mismo Strykerio que le había robado el corazón. Cerró los ojos y saboreó su abrazo. Era maravilloso que la abrazara de nuevo. Que la hiciera sentir que formaba parte de algo, que no solo se dejaba arrastrar por la vida. Llevaba muchísimo tiempo entumecida.

Y en ese preciso momento se sintió completa. Como si le hubiera dado algo muy importante al mundo. Y a los daimons, que ya no tendrían que robar almas para sobrevivir.

Ella les había dado aquella oportunidad.

Y en ese momento la aclamaban, al igual que Stryker. La combinación se le subió a la cabeza.

Miró con una sonrisa aquellos ojos plateados que brillaban con una fuerza vital que se equiparaba a la suya propia. Una parte de ella quería aferrarse a él para siempre, mientras que otra quería darle una paliza por no haber estado a su lado cuando más lo necesitaba. Por no haberla cogido de la mano mientras daba a luz a su hija. Por no enseñarle a Medea a caminar y a hablar.

Se había perdido todos aquellos momentos.

La guerra que se libraba en su interior era cruel y dolorosa. ¿Cómo era posible que la desgarrara tanto?

Y mientras él la abrazaba, solo podía recordar lo segura que se sentía entre sus brazos. Era fuerte, mucho más de lo que necesitaba, y sin embargo él hacía que se le aflojaran las rodillas y se le ablandara el corazón. Stryker hacía que deseara apoyarse en él aunque fuese más que capaz de sobrevivir sola.

Sobrevivir. Eso era lo que había estado haciendo sin él. Había sobrevivido.

Pero con él vivía.

En ese preciso instante se rindió a la sensación. Al sonido de sus carcajadas contra su oído y a sus brazos, que la apretaban contra su cuerpo duro y perfecto. Con un gruñido que expresaba la ferocidad de su deseo, lo besó.

Stryker se sentía capaz de volar. No sabía lo que tenía aquella mujer, pero le daba alas a su alma. Siempre lo había hecho.

—¿No habéis tenido bastante con lo de antes? —preguntó Medea con voz seca.

Stryker se apartó con una carcajada.

—¿Te vas a quedar ciega de nuevo, hija?

—Me vais a crear un trauma, que lo sepáis. Voy a necesitar terapia.

Stryker recorrió los labios de Céfira con un dedo antes de darle otro beso rápido. Acto seguido, miró a sus soldados.

—Ahora que ya sabemos que podemos hacerlo, vamos a acabar con esos cabrones. Davyn, abre las madrigueras.

War observaba entre carcajadas cómo los daimons y los gallu se despedazaban. Era maravilloso.

—Eres perverso. —Ker le pasó un brazo largo y elegante por los hombros mientras observaba la escena a su lado—. Me encanta.

Y a él le encantaba tener a Maca y a ella de vuelta.

—Todavía tenemos que enfrentarnos al malacai.

La oyó suspirar, pero no estaba preocupada.

—Lo encontraremos. Maat lo protege, pero no puede hacerlo sola. Llevo un tiempo deseando darle una buena paliza. No te preocupes. Los dos cumpliremos nuestros deseos.

War la observó multiplicarse por diez.

—Lo encontraremos —dijeron las diez voces a la vez. Después, las Keres salieron volando y lo dejaron a solas con la Ker original.

La habilidad de Ker para multiplicarse le arrancó un siseo. Siempre lo ponía cachondo. Pero ya tendrían tiempo para el sexo más tarde. En ese preciso momento tenían que asegurar su libertad.

—Nuestros amigos los dioses griegos se están aliando con otros panteones para darnos caza.

—Maca se encargará de ellos. Ya ha vuelto con Eris y está enfrentándolos entre sí.

Eris... la diosa de la discordia. War también había pasado muchas noches en su cama. Aunque no formaba parte de su grupo, oficiosamente le había sido muy útil de vez en cuando.

De repente, se le ocurrió algo que hizo que se tensara.

—Busca a Eris. Quiero que haga una cosa.

—¿El qué?

—Poner a los griegos en contra de Maat.

Ker frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Tenemos que convencer a los griegos de que va a usar al malacai para destruirlos. Dado el odio que le tienen a todo lo relacionado con Egipto, se volverán contra ella en un abrir y cerrar de ojos. —Soltó otra carcajada—. Piénsalo. ¿Por qué iba a proteger al malacai si su objetivo no fuera el de destruir a los demás panteones?

—Porque es el equilibrio.

War puso los ojos en blanco.

—Tú y yo lo sabemos. Pero Eris puede confundirlos para que ni siquiera piensen en esa posibilidad. Ve y échale más leña al fuego.

Ker se desvaneció, dejándolo para saborear el baño de sangre que estaba teniendo lugar durante la lucha entre los daimons y los gallu.

Para eso lo habían creado.

Y él estaba creando un mundo nuevo. En poco tiempo los tendría a todos bailando al son que él tocaba.

Ya solo le quedaba encargarse de un asunto y el mundo sería suyo.

Céfira se sentó en el trono de Stryker mientras sus daimons y él luchaban contra los gallu. Había enviado a Medea con su padre, pero ella se había quedado al margen de la batalla a fin de analizar todo lo que había sucedido en las últimas horas.

Necesitaba tiempo a solas para pensar y asimilar las complicaciones que se le habían presentado de repente. Las cosas sucedían con tanta rapidez que estaba abrumada por las emociones y por lo que suponía en su vida la presencia de Stryker. Y su pasión. Sin embargo, allí sola en la oscuridad podía imaginar un futuro por primera vez desde hacía siglos.

Stryker a su lado mientras luchaban para reclamar el lugar que les pertenecía en aquel mundo que les había sido tan hostil.

Cerró los ojos y se imaginó lo que sería ocupar aquel trono a su lado mientras él dirigía su ejército. Con los poderes de los gallu, podrían abandonar ese escondite y volver a habitar el mundo de los humanos.

No, no era el mundo de los humanos.

Era el mundo de los daimons.

Sus labios esbozaron una lenta sonrisa a medida que la imagen tomaba forma en su mente. Con los poderes de Medea, podían localizar a los gallu que sobrevivieran y acorralar a otros demonios para ver qué tipo de poderes podían arrebatárles y qué uso hacer de ellos. Las posibilidades que se habían abierto eran infinitas.

Incluso podían convertirse en una nueva raza de dioses.

¿Por qué no se le había ocurrido algo así antes?

Porque había pasado mucho tiempo siendo una concha vacía. Se había olvidado de lo que se sentía al vivir con aquel fuego interno que ansiaba más. Con aquel fuego que era un ente vivo que respiraba y lo consumía todo. Con aquel fuego que era imposible negar y que le exigía una existencia mejor que la que había llevado hasta entonces.

Por primera vez desde hacía siglos se sentía completa y veía un futuro para ella y para su hija. Un futuro lleno de poder...

Y de destrucción.

—No necesitas a Stryker para eso.

Abrió los ojos y descubrió a War frente a ella. Tenía doblada la pierna en la que apoyaba el peso, y la arrogancia de su porte habría resultado demoledora si no estuviera al tanto de su naturaleza caprichosa y letal. Eso sí, era más guapo de lo que un dios de la destrucción debería ser. Sin embargo, para él todos eran peones a los que gobernar y destruir según se le antojara.

Ella jamás sería tan imbécil. Hirviendo de furia, se puso en pie para hacerle saber que sus poderes no la asustaban.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Stryker y, sin embargo, me he encontrado a la mujer más hermosa que ha visto el mundo. Eres una belleza sin parangón.

Céfira resopló.

—Los halagos no me afectan.

War se plantó a su lado antes de que pudiera parpadear siquiera. Sus ojos oscuros la miraron con intensidad y con un deseo que resultaba excitante pero también aterrador. En sus labios se atisbaba el asomo de una sonrisa.

—Y yo no los hago a la ligera. Pero en tu caso... —Aspiró el aire entre dientes mientras la devoraba con los ojos—. Podrías volver loco de deseo a un dios.

La insinuación y el hecho de que subestimara su determinación hicieron que se tensara.

—Me aburres.

La sonrisa de War se ensanchó y su expresión se tornó agradable... como si así pudiera disimular el hecho de ser un chacal a la espera del momento preciso para saltarle al cuello.

—No es mi intención, preciosa. De hecho, lo que quiero es verte florecer. Imaginate un mundo donde solo gobiernes tú. Un mundo a tus pies, con criados que satisfagan todos tus deseos.

Céfira lo vio claramente. Era capaz de imaginarse lo que War describía incluso con los ojos abiertos.

—¿Y cuál sería el precio para lograrlo?

War le apartó un mechón de pelo del hombro y sus dedos se demoraron un instante en su cuello mientras se inclinaba para oler su perfume. A Céfira le resultó extraño que el gesto no le provocara el mismo escalofrío que sentía cuando Stryker la acariciaba de la misma forma. Lo que le provocó fue recelo e indiferencia.

—Ninguno. Lo único que quiero es señalar que Stryker os ha nombrado herederas a tu hija y a ti. Si él muriera, todo esto sería vuestro.

Céfira frunció el ceño, consciente de lo que implicaban sus palabras.

—Piénsalo —insistió War de forma seductora—. Un mundo donde no tendrás que servir a Artemisa. Con miles de guerreros a tu disposición deseosos de morir para complacerte. Madrigueras que podrás usar para ir a cualquier lugar de la

Tierra. Serías una fuerza a tener muy en cuenta, y para conseguirlo solo tienes que completar la misión que te encomendó Artemisa. La misión que estás obligada a cumplir. Mata a Stryker. —Sonrió mientras su voz adquiría un timbre grave—. Sé que quieres hacerlo, y tú también lo sabes. Stryker te abandonó una vez y si se le presenta la oportunidad, volverá a hacerlo.

Era cierto, y las dudas que aún albergaba lograron que se tensara.

Tenía muy claro que podía confiar en sí misma. Pero ¿podía confiar de verdad en Stryker?

—Los gallu han huido.

Céfira alzó la vista cuando Stryker entró en el dormitorio con los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas. En ese momento le recordó a un muchacho eufórico después de una emocionante cabalgada, orgulloso de sí mismo por sus logros.

También le recordaba al muchacho que se había marchado y la había dejado sola para que se ocupara de sí misma y de su hija. Al muchacho que no se había interesado por ellas ni una sola vez desde entonces.

« Mata a Stryker. » Las palabras de War reverberaron en su mente.

Cuando Artemisa le encomendó la misión le había parecido muy sencilla. Pero ya no tenía nada de sencilla. Y mucho menos cuando Stryker se metió en la cama con ella, a su lado, y la ira que quería sentir hacia él se había esfumado.

Era la personificación del sexo. Tenía unas piernas tan largas que sobresalían por el borde del colchón al menos veinticinco centímetros. Pero lo peor era que los vaqueros se le ceñían tan bien al culo que le estaban dando ganas de clavarle los colmillos. O más bien de ponerse debajo y rodearlo con brazos y piernas hasta que ambos estuvieran sudorosos y agotados.

« Mátaalo. »

Desoyó la vocecilla y lo miró.

—Los has vencido. ¿Y ahora qué?

Lo vio limpiarse la sangre que le manchaba la mejilla mientras soltaba un suspiro cansado. Tenía el pelo húmedo y las mejillas sonrojadas por el esfuerzo de la lucha. El color resaltaba el tono plateado de sus ojos.

—Está amaneciendo, así que nos hemos retirado. Al atardecer caeremos sobre ellos sin piedad. —Soltó otro largo suspiro—. Kessar se me ha escapado, cosa que me habría arruinado el día si no me hubiera encontrado a la mujer más hermosa del mundo esperándome en la cama. —Le levantó una mano y comenzó a mordisquearle las puntas de los dedos.

El gesto hizo que una miríada de escalofríos le recorriera el brazo y se extendiera por todo su cuerpo, alentada por la mirada seductora de sus ojos plateados.

—Me habría gustado más encontrarla desnuda, pero lo que veo ya me excita.

Céfira lo observó disfrutar de sus caricias mientras le pasaba la áspera barbilla por la palma de la mano. El cosquilleo la excitó al instante. Hasta ese día en concreto no se había dado cuenta de lo sola que se había sentido. De lo mucho que ansiaba que alguien la abrazara.

No, que la abrazara Stryker.

Distinguió en su boca el asomo de una sonrisa mientras se acercaba para darle un beso delicado y tierno en los labios. Notó el roce de sus colmillos en el labio inferior. El distintivo de un verdadero depredador. Cuando se casaron, no había colmillos. No existía aquella sed de sangre...

Solo eran dos jóvenes enamorados.

Los labios de Stryker se trasladaron a su cuello, y las caricias de su lengua aumentaron su deseo.

—Quédate conmigo, Fira —le susurró al oído.

—Yo no fui la que se marchó.

Stryker la abrazó y se deleitó con la suavidad de su cuerpo mientras la culpa lo corroía. Había cometido tantos errores en el pasado... Errores que le robaban el sueño cuando debería estar dormido. Pero con Céfira al lado tenía la impresión de que se le había otorgado otra oportunidad para enmendar algunos de sus remordimientos de conciencia.

—Lo sé.

Quería ayudarla a olvidar el pasado. Quería volver a ganarse su confianza. Cada vez que pensaba en los miles de años que habían estado separados cuando podrían haberlos pasado juntos sentía algo desgarrador. Porque se lo había perdido todo por ser un imbécil.

Los primeros pasos de su hija. Su primer enamoramiento. Su matrimonio. El nacimiento y la muerte del nieto que nunca había conocido. Debería haber estado con ellos para protegerlos.

Porque lo había prometido.

Tal vez ese fuera el castigo por no haber mantenido la promesa que les hizo a los dioses. Verlas en ese instante y perderlas para siempre.

Pero debía aferrarse a la esperanza. No podía dejarlas marchar sin intentar recuperar lo que habían tenido en el pasado.

—Dime qué tengo que hacer o decir para conseguir que me perdones.

Los ojos de Céfira encerraban el mismo tormento que él sentía en el alma.

—No lo sé, Stryker. El paso del tiempo me ha endurecido.

Su respuesta le arrancó un resoplido.

—¿A ti? Tú no mataste a tu hijo por una simple decepción. —La ira y la angustia se apoderaron de su mente al recordar la cara de Urian. Sin embargo, no eran nada comparadas con la culpa—. Los humanos mataron a tu yerno, pero yo maté a la mujer de Urian. Le arrebaté a mi hijo lo que más quería en el

mundo. ¿Soy un cabrón o no? —Se había convertido en el mismo ser aborrecible que era su padre, y eso era lo que más odiaba de él mismo. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y cambiar aquello también.

Céfira le apartó el pelo de los ojos.

—¿Por qué?

Una pregunta tan complicada como el mismo universo, porque ni siquiera él era capaz de desentrañar todas las razones que lo habían obligado a convertirse en el monstruo contra el que había luchado con tanto empeño.

—Porque pertenecía a la rama bastarda de los atlantes. Era una descendiente de mis hermanas medio apolitas. He pasado siglos dándoles caza, matándolos con la intención de acabar con mi padre. Porque mientras ellos vivan, mi padre seguirá viviendo. Apolo hizo el mismo trato con ellos que con los míos: nuestras vidas están ligadas a la suya. Pero a diferencia de mi rama genealógica, ellos no se convirtieron en daimons. Así que mientras nuestras vidas quedaban desligadas de la de Apolo, la suyas no. Y después de lo que me obligó a hacer contigo, ansiaba matarlo. —Apretó los dientes mientras las emociones lo consumían. Ansiaba la muerte de su padre por encima de todas las cosas—. Lo único que recuerdo de mi infancia es la adoración que mi padre sentía por mis hermanas, sobre todo por la mayor, y las veces que dijo que ella debería ser su legado, no yo. Por mucho que lo intentara, nunca era lo bastante bueno para él. Analizándolo en retrospectiva, ni siquiera sé por qué me esforzaba tanto por complacerlo, pero al no tener una madre que me quisiera, esperaba que él lo hiciera. Por eso Satara y yo estábamos tan unidos... bueno, tan unidos como pueden estarlo dos víboras. Como su madre era humana y no apolita, tampoco era lo bastante buena para Apolo. Era a la única persona a quien trataba peor que a mí. —Y esa era la razón por la que también odiaba a Apolimia. Al final, tampoco había sido lo bastante buena para ella. Igual que le había sucedido con su padre.

Apolimia prefería a Aquerón, aunque le llevara la contraria y protegiera a aquellos a quienes la diosa quería destruir. Sin embargo, él siempre le había sido leal.

Por una vez en la vida le gustaría que alguien lo valorara. Le gustaría contar con una persona que estuviera dispuesta a sacrificarse por él.

Pero no estaba escrito que eso sucediera.

—Cuando Urian se casó a mis espaldas con una de ellas y lo descubrí, me cegó la ira. No vi las consecuencias que podían tener mis actos, porque lo único que quería era vengarme y herir a la persona a la que debería haber protegido por encima de todo. —Meneó la cabeza—. Soy un cabrón.

Céfira no dijo nada al respecto. Se limitó a cogerle la mano y a mirarlo sin pestañear.

—¿Por qué no me hablaste de todo esto mientras estuvimos casados?

Al mirar sus manos unidas, lo asaltó una fuerza inmensa por el hecho de que Céfira no se alejara de él, asqueada. Nunca se había confesado hasta ese punto con otra persona, y se preguntaba por qué lo estaba haciendo en ese momento.

Aunque sabía muy bien por qué. Céfira era su corazón y había añorado mucho la presencia de ese órgano vital.

—Porque estaba avergonzado. Te impresionaba tanto mi linaje que no quería que supieras lo que mi padre pensaba de mí. No quería que nadie lo descubriera. Quería fingir que era su amado hijo, destinado a llevar a cabo sus ambiciosos planes. —Apartó la mirada, incapaz de soportar su escrutinio mientras desnudaba la parte más maltrecha de su alma. Un alma que jamás había puesto en las manos de otro ser—. Ya sabes cómo era el mundo en aquel entonces. Yo era el único hijo apolita y mi padre no paraba de recordarme que mi hermana mayor era más hombre que yo. —Le escocían los ojos mientras clavaba la mirada en el suelo y recordaba una ocasión en la que su padre lo había vestido de mujer.

Acababa de entrar en el templo de Apolo y el dios había usado sus poderes para cambiar su ropa.

«Ahora vas vestido tal como lo exige tu verdadera naturaleza. Tal vez debería castrarte también, no sé... Ojalá no te necesitase para que procrearas. Espero que tus hijos tengan más testosterona que tú.»

Aquellas palabras, sumadas a la humillación que sentía, se le habían quedado grabadas a fuego en el alma. El desprecio de su padre lo había endurecido hasta el punto que se encontró sin nada que entregar a los demás.

—¿Sabes lo doloroso que es admitir esto incluso ahora?

La mirada de Céfira se suavizó mientras se llevaba su mano al corazón.

—¿Por eso te enamoraste de mí? ¿Porque creías que no podrías aspirar a nada mejor?

La pregunta avivó su ira.

—Me enamoré de ti por lo que me hacías sentir cuando estábamos juntos. Porque contigo tenía la impresión de que te importaba. A tus ojos era el hombre que aspiraba a ser, aunque mi padre insistiera en decirme que era un fracaso. No he vuelto a sentir nada igual desde la noche en que salí por la puerta y te abandoné. Me has dicho que moriste aquella noche. Yo he muerto cada noche desde entonces. Todas y cada una de ellas.

Céfira le clavó las uñas en la mano.

—Stryker, te odio.

La verdad, tampoco esperaba otra cosa de ella. Parecía que el odio era el único sentimiento que inspiraba en los demás. Con el corazón destrozado, empezó a apartarse de ella.

Pero Céfira lo detuvo y tiró de él para retenerlo entre sus brazos.

Sorprendido, la miró a los ojos.

—Sigues siendo el mismo imbécil de entonces.

Su furiosa declaración fue la gota que colmó el vaso, pero antes de poder mandarla a tomar por culo, Céfira lo instó a que se acercara y lo besó con una pasión tan abrasadora que todo comenzó a darle vueltas. La aferró por la nuca e inspiró por la nariz mientras el roce de sus labios se llevaba los malos recuerdos que lo torturaban. Era sorprendente que una persona pudiera guardar tantas mentiras. La vergüenza que se podía ocultar. Era más fácil fingir que su padre lo había amado, que había sido un lamentable error que lo maldijera junto al resto de la raza apolita.

Sin embargo, la cruda verdad... era algo que nunca había querido asimilar. A su padre le había dado igual. Y eso le dolía. Lo enfurecía. Lo debilitaba.

Cerró los ojos mientras Céfira le mordisqueaba la barbilla, alejando con sus besos el dolor de la realidad. Usó sus poderes para desnudarla y para desnudarse él, y después rodó sobre el colchón hasta tenerla encima. Céfira era la única persona a la que le había otorgado poder sobre él. Le pertenecía, era suyo y lo tenía muy claro. La llevaba grabada a fuego en su alma once mil años después del día que había huido de él en el puerto. Y si moría, quería que fuera por su mano. Por la mano de la mujer que al menos lo había amado durante un breve lapso de tiempo.

Levantó las manos para cogerle la cara entre ellas y se limitó a disfrutar de la vista de su cuerpo desnudo. Abandonó sus mejillas y descendió hasta sus pechos. Generosos y turgentes. Su recuerdo también lo había torturado por las noches, deseoso de volver a acariciarlos y de volver a vivir momentos como el que estaba viviendo en ese instante.

—¿Todavía no me conoces, Stryker? —le preguntó ella.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando me enfado digo cosas que en realidad no siento —contestó Céfira mientras trazaba con un dedo el contorno de sus labios—. Cuando te dije que te fueras, lo único que quería era que te quedaras. Quería devolverte el daño que me habías hecho.

—Me dijiste que era despreciable.

—Eso lo dije en serio. Porque estabas recogiendo tus cosas para obedecer a tu padre y abandonarme. Porque yo me sentía despreciada. Por eso te insulté.

Y sus palabras lo destrozaron para siempre. Su ira despertó de nuevo.

—Pues me hiciste sentir lo mismo que me hacía sentir mi padre. Como si no fuera un hombre. Sus críticas siempre eran dolorosas, pero las tuyas me llegaron al alma. Y dejaron unas heridas que aún no han cicatrizado.

Céfira lo golpeó en el pecho. No para hacerle daño, pero sí con la fuerza suficiente para hacerle saber que seguía enfadada con él.

—¿Y qué crees que me hiciste tú a mí? ¿Sabes la cantidad de veces que me llamaron «puta»? Antes de recurrir a Artemisa, volví a casa de mi padre. Me quitó el dinero que tú me habías dejado y después me arrojó a la calle. Me dijo

que si no podía retener a mi marido, debería abrirme de piernas para otro que me aceptara.

Stryker hizo una mueca y su mirada se tornó asesina. Habría preferido que no le hubiera contado ese detalle.

—Si me hubiera llegado a enterar, habría matado a tu padre.

—Pero no lo hiciste, y por eso te odié todavía más. Porque sabías el infierno en el que había vivido antes de que te casaras conmigo. Sabías que mi padre me maltrataba. ¿Qué pensabas que podía hacer yo sola en un mundo donde una mujer ni siquiera podía ir a comprar sin que un hombre la acompañara?

Stryker tiró de ella para que se tumbara sobre su cuerpo y sintió el roce de su aliento en la cara.

—Solo podía pensar que mi padre te mataría por mi culpa y me obligaría a seguir con vida después de haber sido el culpable de tu muerte, después de haberlo obligado a matarte. Jamás me habría concedido la paz de la muerte. Y tenía clarísimo que eso era lo único que no podría soportar. Seguir viviendo sabiendo que te había ocasionado la muerte.

Céfira ansiaba perdonarlo. Con todas sus fuerzas. Pero había sufrido un daño atroz. Aquellos primeros años con Medea habían sido muy difíciles, y aunque Artemisa les dio cobijo, nunca había sido amable con ellas.

Había cambiado muchísimo desde la noche en que Stryker la había abandonado.

Pero claro, él también había cambiado. Ya no era el mismo muchacho asustado por la posibilidad de enfurecer a su padre. El hecho de que hubiera dado caza a los descendientes de Apolo era prueba más que suficiente.

«Mátalo.»

Eso era lo que War quería que hiciera. Lo que Artemisa deseaba.

Pero ¿qué pasaba con sus propios deseos?

Sus ojos plateados la abrasaron y el tormento que guardaban le llegó al corazón.

—Perdóname, Céfira, y te juro, no por los dioses sino por mi honor y por mi alma, que nunca volveré a decepcionarte. Déjame hacer lo que debí haber hecho hace siglos.

—¿El qué?

—Entregarte mi corazón, mi lealtad y mis servicios. Nadie volverá a separarnos jamás. Te lo juro por mi vida.

Céfira le arañó el pecho con suavidad.

—Fuiste tú quien nos separó.

—Yo y tu furiosa terquedad. Me marché, sí, pero tú me heriste mientras caminaba hacia la puerta. Pisoteaste mi dignidad, mi honrría. Si no lo hubieras hecho, tal vez le habría plantado cara a mi padre. Pero era difícil razonar contigo mientras me decías las mismas cosas que él.

Céfira frunció el ceño mientras trataba de recordar la discusión de aquella noche. Todavía escuchaba sus palabras con claridad, pero las que ella había pronunciado... parecía haberlas olvidado.

—¿Qué dije?

Su pregunta lo dejó pasmado.

—¿No te acuerdas?

—Pues no, la verdad.

Stryker levantó las manos y le colocó los dedos en las sienes. Usó sus poderes divinos y rememoró los acontecimientos que sucedieron la noche en cuestión. Nunca lo había hecho. Prefería recordar los momentos en los que lo abrazaba. Sin embargo, era hora de que Céfira recordara exactamente lo que le había hecho.

Volvió al momento en el que se encontraba con Apolo en la casa que compartía con Céfira. Tendría unos quince años y era un muchacho desgarbado, delgado y torpe que no acababa de sentirse a gusto con su cuerpo. Apolo lo agarró por el pelo con el rostro demudado por la ira.

—¿De verdad crees que voy a permitir que engendres un hijo con esa puta? Harás lo que se te ordene o la ira de los dioses caerá sobre ti de tal forma que los castigos del pasado te parecerán caricias.

Stryker intentó luchar, pero sus poderes no eran nada comparados con los de su padre.

—Padre, ella es lo único que quiero en la vida. Por favor, no me pidas que haga esto.

Apolo le tiró del pelo con saña antes de soltarlo.

—No te estoy pidiendo nada. Te lo estoy ordenando. Si no estás en casa al amanecer, haré que la violen y que la golpeen hasta que no puedas reconocerla siquiera.

La amenaza lo horrorizó.

—Lleva a tu nieto en su vientre.

En ese momento Apolo lo cogió del cuello y lo estampó contra la pared.

—Si vuelves a poner a prueba mi paciencia, te convertiré en un afeminado y te mandaré al templo de Artemisa para que sirvas con Satara y con sus insípidas doncellas. —Lo arrojó contra la pared opuesta—. Si sigues aquí cuando amanezca, la verás morir a golpes.

Con los ojos llenos de lágrimas y el corazón destrozado, Stryker miró a su padre.

—¿Por qué me haces esto?

—Eres mi legado. Gracias a ti destronaré a Zeus y gobernaré este pútrido mundo. Ya es hora de que madures y te conviertas en el hombre que debes ser. Si me decepcionas, te lo digo en serio, te convertiré en una mujer y sufrirás el mismo destino que le espera a tu esposa. —Y con aquellas palabras desapareció.

Stryker se dejó caer al suelo mientras su mirada volaba por la habitación donde por un breve lapso de tiempo había conocido la felicidad. El único período de su vida en el que se había sentido amado y querido. Y no porque formara parte del destino de otro, sino por sí mismo.

Se echó a llorar como no había llorado en la vida. Sabía que no le quedaba más remedio que obedecer a Apolo. ¿Quién podía huir de un dios? Debía acatar los deseos de su padre, porque de lo contrario el dios disfrutaría de lo lindo haciéndolos sufrir por haberlo desafiado.

—Fira, no permitiré que te hagan daño —musitó mientras se obligaba a ponerse en pie.

Recogió unas cuantas cosas con el corazón destrozado. La cinta verde que Céfira había llevado el día de su boda. La miniatura en la que estaba vestida de novia y un frasquito de perfume. Se detuvo en el tocador donde ella se sentaba por las noches y por las mañanas, donde se preparaba para acostarse o para enfrentarse al nuevo día.

Lo único que quería era apoyar la cabeza en su regazo y dejar que le acariciara el pelo mientras le aseguraba que todo se solucionaría. Que nadie le haría nada.

Pero era imposible.

Aquella noche debía arruinarle la vida.

Guardó las cosas que había recogido en una bolsa pequeña que llevaba atada al cinturón y deseó morir en ese momento.

«Debería irme antes de que vuelva», pensó.

Pero no. No podía hacerle eso. A pesar de lo que su padre pensaba, no era un cobarde. No podía dejarla sin ofrecerle una explicación. No podía abandonarla con la incertidumbre de su paradero o de los motivos por los que no había vuelto a casa. No podía permitir que lo creyera muerto o, lo que era peor, que se pasara los días esperando su regreso cuando tenía muy presente que no podría regresar jamás. Céfira se merecía escuchar la verdad de sus labios.

Tomó una entrecortada bocanada de aire y se sentó para aguardar su regreso.

En cuanto la vio entrar, se quedó sin aliento. Era de baja estatura y de apariencia frágil, pero era más hermosa incluso que Afrodita. Sus ojos verdes brillaron mientras se movía por la estancia encendiendo más lámparas.

Su radiante sonrisa lo entristeció aún más, porque sabía que jamás volvería a ver algo tan precioso.

—¿Qué haces aquí sentado a oscuras?

Stryker carraspeó, pero el nudo que tenía en la garganta no desapareció.

—Tengo que decirte una cosa.

Céfira dejó los paquetes que llevaba encima de la mesa.

—Yo también, es que...

—No, por favor, déjame hablar.

—No me gusta ese tono de voz, Strykerio —le soltó ella, ceñuda y extrañada.

A Céfira no le gustaba que le hablara con brusquedad. Por eso intentaba por todos los medios no mostrarle aquella faceta de su personalidad.

—Lo sé, pero lo que tengo que decirte no puede esperar.

Céfira se acercó a él y le acarició el ceño fruncido con delicadeza.

—Estás muy serio.

Tenía la boca tan seca que no sabía si sería capaz de hablar. Lo único que deseaba era abrazarla y mantenerla a su lado eternamente.

Sin embargo, estaba a punto de romperle el corazón y de romper también el suyo.

«Tengo que hacerlo.»

Se la imaginó mientras la atacaban y la imagen fue tan impactante que dio un respingo. No le cabía la menor duda de que su padre cumpliría su amenaza.

Tomó una honda bocanada de aire para reunir el valor necesario y se obligó a hablar.

—Me marchó.

—Muy bien, *akribos*. ¿Cuándo volverás?

La aferró por los brazos para concentrarse.

—No volveré. Nunca.

El brillo desapareció de los ojos de Céfira y su ausencia lo golpeó como si acabaran de darle un puñetazo en la garganta.

—¿Cómo?

—Mi padre ha dispuesto que me case mañana. Si no me divorcio de ti esta misma noche, os matará al niño y a ti.

La furia transformó sus hermosas facciones en las de una Gorgona.

—¿¡Cómo!?! —bramó mientras lo apartaba de ella con un empujón.

Stryker intentó acercarse de nuevo.

—Fira, lo siento. No tengo otra opción.

Ella le dio un manotazo para que no la tocara.

—Sí que la tienes. Todos tenemos opciones.

—Nosotros no. No pienso quedarme para ver cómo te matan.

Su mirada lo recorrió con desdén mientras ponía cara de asco.

—Eres un cobarde despreciable.

El insulto lo ofendió.

—No lo soy.

Céfira le abofeteó la cara con fuerza.

—Tienes razón. Ser un cobarde es demasiado para ti.

Y siguió despotricando contra él mientras la escuchaba con la mejilla dolorida. Apenas pudo oír todos los insultos. Pero lo llamó «patético», «despreciable» y «cobarde» tantas veces que los tres adjetivos reverberaron después en sus oídos.

—Estoy haciendo esto para protegeros al niño y a ti. Me aseguraré de que estáis bien.

—No hay ningún niño —le soltó—. He sufrido un aborto.

Las noticias lo hicieron trastabillar hacia atrás.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Acabo de hacerlo. No hace falta que te compadezcas. Ya no habrá un niño que necesite al cobarde de su padre.

—¡No soy un cobarde!

Céfira volvió a empujarlo.

—Fuera de mi vista. Eres un ser despreciable, ni siquiera eres un hombre. No te quiero aquí. ¡Por los dioses, qué estupidez cometí al dejar que te metieras en mi cama! ¡Qué tonta fui al confiar en ti!

—Te quiero, Fira.

—¡Mentiroso! —gritó al tiempo que le lanzaba un cuenco que cogió de la mesa—. ¡Me das asco! —Lo sacó de la casa a golpes y después le cerró la puerta en las narices. No antes de arrojarle la alianza de boda.

Stryker se quedó al otro lado de la puerta, escuchándola romper cosas y golpearlo todo. Colocó las manos en la madera, ansiando abrir la puerta. Pero ¿para qué? Céfira lo odiaba.

Pero no tanto como se odiaba él.

—Por lo menos estarás a salvo. —Le había dejado mucho dinero—. Y si me odias, no me echarás de menos. —Se permitió llorar apoyado en la puerta, mientras aferraba con fuerza el picaporte, desesperado por regresar a su lado.

Ojalá pudiera.

Sacó la miniatura de la bolsita y contempló su rostro. Después de darle un beso, dio media vuelta y se alejó.

Céfira jadeó cuando Stryker abandonó su mente y la dejó con aquella última imagen, aferrando la miniatura antes de marcharse de la casita.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tu padre iba a ordenar que me violaran?

—Eso dijo. No tenía motivos para pensar que fuera una broma.

La perplejidad hizo que la furia se esfumara.

—Me estabas protegiendo.

—Llevo un tiempo tratando de explicártelo, sí. ¿Por qué si no iba a dejarte cuando eras lo único que me importaba en la vida?

Furiosa con el mundo, le asestó un rodillazo en un costado.

—¡Ay! ¿A qué ha venido eso?

—Porque eres un gilipollas. Como vuelvas a ocultarme un secreto como ese, te juro que te destripo.

—Tenías catorce años —le recordó él, a la defensiva—. Pensé que te asustarías mucho si te enterabas de las amenazas de mi padre.

Y tenía razón. Sobre todo teniendo en cuenta que había sufrido otras violaciones antes. Por eso precisamente lo quería tanto. Porque la había mantenido a salvo; y por eso lo odió tanto cuando la abandonó. Porque el miedo a estar sola la abrumó, el miedo a no contar con protección para sí misma ni para Medea...

Y esa fue una de las razones por las que se vinculó con el gallu. Porque quería su fuerza para proteger a su hija. Para asegurarse de que ningún hombre volvería a forzarla.

Lo golpeó en el pecho, todavía enfadada.

—Me dan ganas de darte de hostias.

Stryker esbozó una sonrisa torcida.

—Ya te he dado permiso para hacerlo, siempre y cuando estés desnuda. Estoy a tu merced.

Céfira notó que se ponía colorada al recordar que estaba desnuda y sentada a horcajadas sobre él. ¿Cómo era posible que se le hubiera olvidado algo así?

Los ojos de Stryker se oscurecieron mientras ella contemplaba su cuerpo desnudo. Estaba como un tren. Era la perfección personificada.

Y acababa de admitir que estaba a su merced. Se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Eres insoportable.

Stryker contuvo el aliento mientras le lamía el lóbulo de la oreja, provocándole un sinfín de escalofríos. Siguió insultándolo mientras le prodigaba tiernas caricias. Al final, acabó soltando una carcajada.

—¿Te parezco graciosa?

—Más bien deliciosa. —Se incorporó para chuparle un pezón—. Maravillosa y apetitosa.

Céfira contuvo el aliento.

—Un hombre que quiere a una mujer que lo odia no está bien de la cabeza.

—En ese caso, no tengo cura.

El tono burlón de Stryker hizo que ella meneara la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Abrazame. Déjame amarte como debería haberlo hecho hace tantos años.

Y le arrancó un gemido al hundirse hasta el fondo en ella con una certera embestida. ¡Por los dioses!, pensó. Era maravilloso sentirlo en su interior. Entre sus brazos era difícil recordar los motivos por los que debería odiarlo.

Tal vez porque en realidad no lo odiaba. Tal como él había dicho, eran dos mitades de la misma alma. Compañeros. Sin él, estaba incompleta y después de haberlo recuperado...

Se sentía en la gloria.

Mientras Stryker le hacía el amor lentamente, se dio cuenta de que se encontraban en la misma encrucijada que se les presentó la noche que su padre le exigió que la abandonara.

Sabía adónde llevaba uno de los caminos. A una yerma soledad y a la amargura que ya conocía del pasado.

Pero había otro todavía más aterrador. Porque ese camino implicaba confiar en él otra vez. Permitirle de nuevo la entrada a ese lugar donde solo él podía hacerle daño.

¿Debía arriesgarse?

Bajó la mirada para mirar su rostro mientras él le cogía la mano y se la llevaba a la mejilla. Y entonces supo la respuesta.

No quería vivir sin él.

Con el corazón desbocado, lo abrazó y lo hizo girar sobre el colchón hasta que estuvo encima de ella.

Stryker frunció el ceño al sentir el cambio que se había obrado en Céfira. Al sentir la ternura de sus caricias mientras le pasaba las uñas por la espalda. Aquella ternura, sumada al hecho de verla allí tumbada bajo su cuerpo, fue suficiente para que perdiera el control. Hasta tal punto que se vio obligado a hacer un gran esfuerzo para esperarla.

Sin embargo, cuando Céfira se corrió gritando su nombre, supo que sería capaz de matar o morir por aquella mujer. Solo ella ostentaba ese poder. Se corrió con ella y gimió de placer mientras su cuerpo se estremecía. Después se desplomó sobre ella y la abrazó con fuerza.

—Te quiero, Fira —le dijo al oído.

Y al cabo de un segundo escuchó las palabras que lo eran todo para él.

—Yo también te quiero —replicó ella en voz muy baja.

Menyara se tensó al percibir el poder arcano que sintió a su espalda. Un poder que hizo vibrar el aire y que le erizó el vello de la nuca.

—¿Por qué husmeas, Jared?

El aludido se materializó delante de ella.

—Yo no husmeo.

—Como quieras, niño. Como quieras.

Jared se alejó de ella y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué proteges al malacai?

Menyara hizo oídos sordos a su pregunta. No necesitaba explicárselo a Jared, y mucho menos sabiendo lo que estaba pensando.

—Sé que cargas con una pena terrible y sé por qué hiciste lo que hiciste. Pero, en contra de lo que crees, la muerte del malacai no te proporcionará consuelo. No acabará con el tormento ni con la culpa que pesa sobre tu

conciencia.

Jared la miró con asco.

—Déjate de gilipolleces. No soy uno de tus neófitos entrenándose para la guerra. Soy un veterano del Apocalipsis. He bajado y subido de los infiernos unas cuantas veces, y estoy harto de chorradas. Quiero su vida y no voy a permitir que me detengan. Creo que a los ojos de tu Fuente me he ganado un pequeño respiro después de todos estos siglos de torturas.

Menyara negó con la cabeza.

—La Fuente aún no está apaciguada. Si quieres al malacai, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Jared invocó sus poderes para crear un tornado a su alrededor. La fuerza del viento le levantó el pelo, que comenzó a agitarse mientras desplegaba las alas y sus ojos relampagueaban con destellos dorados.

—En ese caso, me llevaré tu vida por delante.

Menyara levantó las manos para detener la descarga que le envió, y se la devolvió con una de su propia cosecha.

—No eres un ctónico y no voy a permitir que lo mates.

Alguien soltó una brusca carcajada a su espalda.

—No puedes destruirla, sefirot. Pero yo estoy libre de tus limitaciones.

Menyara se volvió y vio a War, que la miraba con una expresión burlona.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—He venido para hacer un pacto con el diablo.

Menyara hizo ademán de marcharse, pero antes de que pudiera moverse siquiera se oyó una explosión ensordecedora y la oscuridad la engulló.

II

Stryker estaba en la cama, con Céfira entre los brazos, escuchando su respiración mientras dormía. Sonrió y recorrió su cara con la punta de los dedos. Era guapísima. Delicada. La había echado muchísimo de menos. Y era maravilloso poder abrazarla de nuevo. Aquellas horas de tranquilidad con ella en sus brazos eran su mayor tesoro.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Davyn entró con una expresión que le dejó claro que había pasado algo malo.

—¿Qué pasa?

Davyn tragó saliva.

—Estábamos aplastando a los gallu y... —Se estremeció y apartó la mirada, como si le diera miedo continuar.

—¿Y qué? —masculló Stryker.

Davyn volvió a tragar saliva.

—War ha aparecido con refuerzos.

¡Joder! ¿Y por eso se asustaba? Era un movimiento lógico. Lo raro habría sido que siguiera luchando solo.

—Podemos...

—Han capturado a Medea.

Céfira se sentó en la cama mientras la rabia lo consumía.

—Que han hecho ¿¡qué!?

—Han capturado a Medea —repitió Davyn en voz baja. Miró a Stryker a los ojos con una expresión avergonzada que habría conmovido a su señor si este no hubiera estado tan enfadado—. War quiere que se rinda o la matará.

Los insultos de Stryker se sumaron a los de Céfira.

—Reúne a nuestros soldados —le ordenó Stryker.

Céfira lo cogió del brazo cuando se disponía a saltar de la cama.

—No podemos enfrentarnos a él. La matará.

Davyn asintió con la cabeza.

—Tiene razón. War fue muy claro. Solo usted o la matará.

Stryker apretó los dientes, sintiendo un profundo desprecio hacia sí mismo por haber puesto en peligro a su hija. Miró a Céfira a los ojos y vio el miedo que se

ocultaba tras la rabia.

—Yo empecé esto y yo lo terminaré. Te juro por todos los dioses que no dejaré que le haga daño.

—Será mejor que los dos volváis sanos y salvos. No me gustan los funerales. —Su voz fue un quedo susurro en la oscuridad.

Stryker la abrazó y le dio un beso en la frente. Nunca unas simples palabras habían significado tanto para él.

—No te preocupes. He enterrado a mayores gilipollas y pienso bailar sobre la tumba de este cabrón.

Nick ladeó la cabeza al experimentar una extraña sensación sobre la piel, como el delicado aleteo de una mariposa sobre su cuerpo. Se dio la vuelta al instante y vio a una mujer tras él. Delgada y de baja estatura, irradiaba tal poder que supo al instante que era tan letal como guapa.

—¿Quién eres?

Los labios de la mujer esbozaron una sonrisa perversa.

—Llámame Ker. War me envía para decirte que tiene en su poder a la diosa Menyara. Si quieres recuperarla, tienes que ir solo y desarmado al cementerio de San Luis, a medianoche.

Resopló al escucharla.

—Menudo topicazo, ¿no te parece?

—Pues no. —Y se desvaneció.

Nick se sentó despacio mientras veía como aparecía en su brazo el ya familiar diseño negro y rojo. Era más fuerte que nunca. Tenía la sensación de que su poder sería absoluto... si supiera controlarlo. El único problema era que después de ese subidón de fuerza llegaba una extrema debilidad. Sentía el poder, pero era incapaz de utilizarlo debidamente.

Con el corazón en un puño le echó un vistazo a la habitación donde se encontraba, en la casita que Menyara llamaba hogar desde que él tenía uso de razón. Había estatuas y dibujos de antiguos dioses repartidos por todo el lugar, y en aquel momento podía ver los hechizos protectores que habían sido invisibles para sus ojos humanos. Allí era donde Menyara lo había mantenido a salvo... como niño y como el monstruo en el que se había convertido.

La humilde casita no era ni mucho menos adecuada para una diosa, pero era lo que Menyara había escogido. Y donde lo había criado a medias con su madre.

Dio un respingo al recordar el cuerpo sin vida de su madre. También recordó la frialdad de su piel mientras intentaba revivirla. Su sangre lo cubrió mientras todo su mundo se desintegraba en un abrir y cerrar de ojos. No sabía si volvería a ser el mismo. La furia. El dolor. El sentimiento de traición... Seguían estando demasiado presentes. Seguían vivos.

—Te echo de menos, mamá —susurró mientras una amarga agonía se apoderaba de él.

Su madre había muerto por su culpa, única y exclusivamente. Lo sabía. Pero no quería admitirlo.

Y en ese momento la vida de Menyara estaba en sus manos.

Podría tragarse el orgullo y salvarla, o aparecer con las armas en alto y verla morir...

La elección era suya, única y exclusivamente.

Ash estaba en la galería de la residencia de Savitar, desde la que se veía el gran salón de la planta baja. Escondido entre las sombras, veía a Tory, a Danger y a Simi reír a carcajadas mientras disfrutaban de una copa de helado. Lo abrumaron unas emociones indescriptibles. Aunque había una en concreto que sí podía nombrar: la ternura que lo embargaba cada vez que las veía. La sensación de pertenencia a una familia.

Nunca había creído posible que disfrutaría de semejante paz y felicidad. Que disfrutaría de las caricias de una mujer que lo quería de verdad. De una caricia que sabía que jamás sería dolorosa o brutal. Era un auténtico milagro.

Tory alzó la vista como si se hubiera percatado de su presencia y le dirigió una sonrisa que lo desarmó. Dio un paso hacia la barandilla, pero se quedó de piedra al percibir la presencia de la última persona que habría esperado ver en la vida.

Nick

Se quedó donde estaba mientras esperaba a que Nick lo atacase por la espalda.

No lo hizo. Nick inspiró hondo y dijo en voz baja y letal:

—Confíaba en ti, cabrón, y me fallaste.

—Lo sé —replicó Ash, también en voz baja, al tiempo que aferraba con fuerza la barandilla—. Debería haberte hablado de Simi, pero no lo hice. Sabía muy bien cómo te comportabas con las mujeres.

—No le habría puesto un dedo encima si hubiera sabido que era tu hija.

Se volvió para mirar a Nick a la cara.

—Los dos la cagamos, Nick. Los dos intentamos protegernos del dolor, pero en el proceso destruimos lo que más ansiábamos proteger. Debería haber confiado más en ti, pero mi pasado me ha enseñado a no abrirme a los demás. —Soltó un suspiro cansado—. Bueno, ¿has venido a pelear?

Los ojos de Nick relampaguearon, rojos como la sangre, desde las sombras.

—Nada me complacería más que matarte. Pero necesito un favor y no puedo acudir a nadie más.

Ash enarcó una ceja al escucharlo. Sabía lo mucho que le estaba costando a

Nick pronunció esas palabras, y no quería ponérselo más difícil.

—¿Qué ha pasado?

—War tiene a Menyara. Necesito conocer sus puntos débiles para ayudarla.

Ash soltó una carcajada por la ironía que encerraban aquellas palabras.

—Tú eres su punto débil.

—A pleno rendimiento, no te digo que no. Pero no puedo detenerlo así, ¿verdad?

Ash negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Solo, no.

Nick dio un paso hacia él.

—Pues dime lo que tengo que hacer.

—¡Ash!

Ash se acercó a la barandilla para mirar a Tory y ver qué quería. Si la aparición de Nick lo había sorprendido, se quedó de piedra al ver lo que lo esperaba allí abajo. Parpadeó un par de veces para asegurarse de que no estaba alucinando.

—¡Joder! El infierno ha tenido que congelarse. —Miró a Nick—. Quédate aquí un momento.

—Ash...

—Confía en mí, Nick. Quédate aquí sin que te vea nadie. Volveré enseñuida.

Ash se teletransportó junto a la mesa, donde Stryker estaba al lado de Tory.

El daimon no parecía muy contento, pero eso se quedaba corto al lado de cómo se sentía él; sobre todo porque Stryker estaba prácticamente encima de dos de las personas más importantes de su vida.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué haces aquí?

—Savitar me ha enviado a hablar contigo.

Ash enarcó una ceja, pero sabía que Stryker no estaba mintiendo. Era imposible que hubiera llegado hasta allí sin tener que pelear.

—¿Qué pasa?

La cara de Stryker era una máscara pétrea.

—War tiene a mi hija y la está usando como rehén. —Llegados a ese punto se le quebró la voz y Ash supo que el daimon no era tan indiferente como aparentaba.

Meneó la cabeza y replicó:

—Parece que es la tónica del día.

—¿También tiene a Kat?

Ash soltó una carcajada al imaginarse que War intentara cometer una gilipollez tan grande como la de secuestrar a su hija...

Sin embargo, se paró en seco al comprender que la solución a todos sus

problemas era muy sencilla.

Kat. Tenían un arma que War ignoraba, y cuando por fin se diera cuenta de lo que estaba pasando, ya lo habrían derrotado y lo tendrían bajo control.

Ash adoptó una expresión adusta y cruzó los brazos por delante del pecho antes de mirar a Tory a la cara y guiñarle un ojo. Tory, Simi y Danger estaban muy quietas y calladas, como si estuvieran debatiéndose entre atacar a Stryker o dejarlo hablar.

—Supongo que has venido para suplicarme que te ayude.

—No le suplico a nadie. Solo quiero proponer una tregua temporal.

Sus palabras le arrancaron un resoplido.

—¿Una tregua para enfrentarnos a la criatura que liberaste para matarme?

Stryker se encogió de hombros, restándole importancia.

—¿Para qué pelearnos por un detallito de nada?

—Es cierto. Al fin y al cabo, tenemos motivos de sobra para odiarnos.

Los ojos de Stryker se oscurecieron y su expresión se tornó letal.

—¿Eso quiere decir que te niegas?

—No. Hay que detener a War. Y tendremos que unirnos para conseguirlo.

—¿Todos?

Antes de que Ash pudiera contestar, Nick apareció a su lado.

Stryker puso cara de asco y dio un paso hacia él con la intención de atacarlo.

Ash lo obligó a retroceder antes de interponerse entre ellos.

—Piensa en tu hija. Si lo matas, nosotros estamos jodidos y ella estará muerta.

Stryker soltó un taco.

—De acuerdo. Pero en cuanto liquidemos a War, pienso ir a por vosotros dos de nuevo.

Ash esbozó una sonrisa ladina, soltó a Stryker y se colocó a un lado. Extendió un brazo.

—Me parece bien. Por nuestros seres queridos, hoy somos aliados. Mañana retomaremos nuestro mutuo odio como enemigos declarados. Caballeros, y uso la palabra en un sentido muy amplio para referirnos a los presentes, ¿tenemos un trato?

Nick colocó la mano encima de la suya.

—Trato hecho.

Stryker titubeó.

—Por Medea. —Cubrió las manos de los dos.

Tory soltó una carcajada.

—Menuda alianza de frikis. Bueno ¿y qué hacemos ahora?

Ash no vaciló a la hora de responder:

—Tú te quedas aquí.

—Aquerón... —protestó ella con un gruñido.

—No empieces, Sota. Te juro que todo irá bien.

—Ya hemos discutido antes sobre esta actitud de macho alfa y siempre has salido perdiendo.

Cierto, porque le costaba mucho decirle que no; sin embargo, Tory era muy razonable, y por ese motivo la adoraba.

—Y sé que eres muy capaz de cuidarte sola. Lo reconozco; no puedo llevarte la contraria durante mucho tiempo, pero en este asunto... necesito tener la cabeza fría. Y para eso necesito saber que estás a salvo.

—Vale. Pero como la cosa se tuerza, voy para allá.

—No se va a torcer.

Tory desvió la vista hacia Nick y Stryker antes de mirarlo de nuevo.

—Menudo optimista estás hecho. Mis aracnositidos están pitando.

—Eso es porque has estado comiendo helado —dijo tras inclinarse para besarla en la frente—. Relájate.

Danger resopló.

—Relájate. Confía en mí. Todo irá bien... ¿No fue así como yo acabé muerta?

Ash hizo una mueca al escucharla.

—Deja de alimentar su ansiedad.

Simi se animó al oír aquellas palabras.

—Ansiedad. Simi nunca ha comido ansiedad. —Miró a Danger—. ¿Está buena?

—La verdad es que no.

—¡Oh! A lo mejor hay que echarle salsa barbacoa. Todo sabe mejor con salsa barbacoa.

Ash meneó la cabeza.

—Será mejor que nos vayamos a planear nuestra estrategia.

Tory se acercó a él.

—Puedo ayudar en eso.

Sí, podía hacerlo. Ash la cogió de la mano y los condujo a todos al despacho de Savitar, donde podrían planear el ataque y compartir lo que sabían acerca de War y sus puntos débiles.

Ker chasqueó la lengua al ver que los tres hombres y la mujer se encerraban en un despacho para planear la muerte de War.

—¡Qué bonito! Los ratoncillos se han aliado para intentar acabar con nosotros.

War se rió al escucharla.

—No esperaba menos. Pero nos han subestimado. Al amanecer estarán todos muertos, y con la sangre del malacai podremos revivir a nuestros hermanos.

Mientras la humanidad se prepara para celebrar su Navidad, nosotros nos daremos un festín con las almas de los humanos. A medianoche el velo entre los mundos es muy delgado, y Nick va a abrir las puertas a una nueva era. Que comience el baño de sangre.

Ker esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Me muero de la impaciencia.

Ash comprobó que llevaba los puñales en las botas. Volvió la cabeza cuando percibió una presencia a su izquierda. Era Urian.

—¿Vas a ayudar a mi padre?

Era más una acusación que una pregunta.

Ash se aseguró de hablar con voz serena.

—Tenemos que detener a War.

—¡Stryker asesinó a mi mujer! —rugió Urian.

—Lo sé.

Urian meneó la cabeza mientras lo miraba echando chispas por los ojos.

—¿Cómo puedes ayudar a alguien así?

Ash comenzaba a hartarse de las recriminaciones y de la autocompasión. Estaba en juego algo muchísimo más importante que los sentimientos heridos y las traiciones pasadas.

—Tú lo estuviste ayudando durante siglos. ¿Te recuerdo cuántas vidas cercenaste a sus órdenes? Vidas que tenían que ver contigo... mataste a la madre y a la hermana de Phoebe.

Urian se estremeció al escuchar aquella verdad.

—Yo quería a mi mujer. Nunca fue mi intención hacerle daño.

No, pero eso no cambiaba la realidad, porque se lo había hecho. Repetidamente. Urian le había arrebatado a su mujer las personas a quienes más quería. Y era una tremenda hipocresía que le reprochara esa misma actitud a su padre. Urian y sus hermanos habían sido herramientas que Stryker había utilizado a la perfección durante incontables siglos.

Pero los tiempos cambiaban.

Y había llegado el momento de que Urian supiera de la existencia de Medea.

—Por cierto, tienes una hermana.

Urian se tensó.

—¿Cómo?

Ash lo miró sin pestañear y con expresión estoica.

—Vamos a proteger la vida de tu hermana. No la de tu padre.

Urian meneó la cabeza, negándose a creerlo.

—Mi hermana murió hace once mil años.

—Medea es tu hermanastra.

La información hizo que la incredulidad desapareciera del rostro de Urian, reemplazada por la furia.

—¿Y a mí qué me importa?

Ash levantó las manos, en un gesto de rendición.

—Tienes razón, ¿qué te importa? No significa nada para ti, y por eso no te he invitado a la fiesta. —Se dispuso a pasar junto a él.

Urian lo detuvo. Su mirada era dura y penetrante. Y lo acusaba más que sus palabras.

—¿Cómo te sentirías si mi padre hubiera matado a Tory?

—Me sentiría vacío, sin alma —contestó, con sinceridad y sin titubear—. Perdido y herido sin posibilidad de redención.

Urian apartó la mirada.

—Pues ya me entiendes. Por eso lo quiero muerto.

Ash se zafó de la mano de Urian antes de replicar:

—Él también lo entiende. Pero ¿se te ha pasado por la cabeza que tal vez se arrepienta de lo que hizo?

—¿Mi padre? ¡Por favor! Ese cabrón no se ha arrepentido de nada en toda la vida.

Por más corrupto que fuera Stryker, a Ash le costaba mucho creérselo.

—Todos nos arrepentimos de algo, Urian. Ningún ser vivo es inmune a esa desagradable emoción.

—¿Y qué quieres, que hagamos las paces con un besito?

—Ni mucho menos. Pero quiero que por un momento te olvides de tu propio dolor y de tu rabia para ver las cosas con claridad. Esto no tiene nada que ver con tu padre ni contigo; ni con el hecho de que Nick y yo nos odiamos por algo que no podemos cambiar. Esto tiene que ver con salvar las vidas de millones de inocentes. Personas como Phoebe que no merecen que las persigan y las maten. Si yo soy capaz de ponerme al lado de mis enemigos por el bien común, tú también.

Urian resopló.

—En fin, supongo que no soy tan bueno como tú.

—Nadie sabe de qué acero está hecho hasta que se pone a prueba su temple. Y esta es tu prueba. Si la superas o no, está en tus manos. No puedo decirte lo que debes hacer, pero sí sé dónde estaré yo esta noche... —Titubeó antes de hacerle la pregunta crucial—. ¿Qué eliges?

—Una muerte sangrienta.

Ash meneó la cabeza.

—Estoy rodeado de una panda de cabezotas... Acepta el consejo de alguien que sabe de lo que habla: el perdón tiene muchas ventajas. El rencor te hará daño, no conseguirás nada más.

—Pues partírles la crisma a los enemigos también tiene muchas ventajas.

La terquedad de Urian hizo que apareciera un tic nervioso en la mejilla de Ash.

—Hay un momento para cada cosa, y esta noche toca que nos unamos para no perderlo todo. No voy a luchar por Stryker ni por salvar a tu hermana. Voy a luchar para proteger a mis seres queridos. A los que se llevarán la peor parte si War se sale con la suya... niños como Eric y...

—Ya lo he pillado —masculló Urian al oír el nombre de su sobrino.

—¿En serio?

La mirada de Urian se endureció.

—Allí estaré, pero en cuanto nuestros enemigos mueran...

—Volveremos a la carga. Lo capto.

Urian asintió con la cabeza y retrocedió un paso, pero después se acercó a Ash todavía más.

—Quiero que contestes con sinceridad: ¿de verdad lucharías al lado de alguien que te hubiera hecho tanto daño como el que me hizo mi padre?

Ash lo miró sin parpadear.

—Me sometí a la misma diosa que me drogó de tal manera que fui incapaz de proteger a mi hermana y a mi sobrino la noche que los asesinaron brutalmente, y eran las dos únicas personas en todo el universo que se preocupaban por mí. Ese mismo día, se quedó de brazos cruzados mientras su hermano gemelo me abría en canal en el suelo como a un animal. Y unas horas más tarde me vendí a ella para proteger a la humanidad. Por el bien de los Cazadores Oscuros me he sometido a sus crueles caprichos durante once mil años. Así que la respuesta es sí, Urian, creo que podría aguantarme una hora para proteger al resto del mundo.

Urian soltó el aire muy despacio.

—Sabes que eres la única persona viva a la que podré seguir después de todo lo que me ha pasado. Y también sabes que eres una de las pocas a quienes respeto.

—Y tú eres una de las poquísimas en quienes confío.

Urian le tendió la mano.

—¿Hermanos?

—Hermanos hasta el final —contestó Ash, que aceptó la mano y le dio un fuerte apretón—. Y antes de que nos pongamos a llorar como nenazas, será mejor que subas y te prepares para lo que se avecina.

Stryker retrocedió un paso mientras se colocaba el brazal izquierdo. No solía usar la armadura de titanio, pero como estaban a punto de enfrentarse a algo cuya fuerza ignoraban, quería estar preparado.

Salió de la habitación y encontró a Céfira en su despacho, con la vista clavada

en la esfera mientras intentaba ver a Medea. Era imposible. War debía de estar reteniéndola en un lugar que quedaba fuera de su alcance.

—La traeré de vuelta. Lo juro.

Céfira se puso en pie despacio mientras lo miraba a los ojos.

—Ojalá reconsideraras mi proposición.

—No serás capaz de luchar con la cabeza fría y lo sabes. No tenemos ni idea de lo que vamos a encontrarnos, pero estoy seguro de que War no va a luchar según las reglas. Y tal como Aquerón le dijo a su mujer, no puedo luchar si estoy distraído pensando en ti. Necesito estar al cien por cien.

Céfira asintió con la cabeza, dándole la razón. Extendió una mano para apartarle un mechón oscuro de la cara. Sentía una terrible opresión en el pecho, aterrada no solo por el destino de Medea, sino también por el de Stryker. Sería muy injusto perderlo de nuevo cuando acababa de reencontrarse con él.

—¿Podré veros a través de la esfera?

—Deberías.

—Pues que sepas que cada vez que tus enemigos consigan golpearte voy a reirme por tu ineptitud, y que si no me devuelves a mi hija, te cortaré la cabeza y te sacaré el corazón y los usaré para decorar mi casa.

Stryker la miró con los ojos entrecerrados y le habría dicho lo que pensaba de aquella amenaza de no ser por el destello que captó en su mano.

Era su alianza. La que él había guardado todos aquellos siglos en su habitación. Aquel anillo desmentía sus palabras y les confería un nuevo significado.

No quería que le hicieran daño...

Esbozó una lenta sonrisa al tiempo que se llevaba su otra mano a los labios para besarla.

—Tomo nota de tus palabras, mi rosa con espinas. Haré lo que esté en mi mano para que no te diviertas demasiado.

Hizo además de apartarse, pero Céfira lo cogió de las cintas de su armadura y tiró de él para poder besarlo en los labios.

Stryker gruñó al saborearla.

—Te quiero esperándome desnuda cuando vuelva.

—Si vuelves de una pieza, te prometo una noche que no olvidarás en mucho tiempo.

—Tengo toda la intención de hacerte cumplir esa promesa.

Céfira asintió con la cabeza y lo soltó aunque deseaba abrazarlo con fuerza.

«Que no te maten.»

Esas palabras se le atascaron en la garganta mientras un dolor inimaginable la abrumaba, pero no las pronunció en voz alta. No quería darle mala suerte ni indicarles a las Moiras lo mucho que él significaba para ella. Si lo hacía, podrían matarlo para vengarse. De modo que apretó los puños y lo vio salir de la estancia

para reunirse con sus enemigos y luchar por la vida de su hija.

« Vuelve conmigo, por favor », suplicó en silencio.

Stryker se detuvo junto a la puerta para mirarla una vez más. Tranquila y compuesta, no parecía importarle en lo más mínimo lo que pudiera pasarle. Pero en ese momento reparó en sus puños apretados. Esbozó una sonrisa torcida mientras dejaba que aquella muestra de preocupación le calentara el corazón.

—Volveré, Fira.

—Pues que no se te olvide volver con nuestra hija.

La sonrisa se ensanchó al oír ese « nuestra » .

—Lo haré.

La saludó con una inclinación de la cabeza, salió por la puerta y fue al punto de encuentro en Nueva Orleans: Père Antoine, un callejón oscuro al lado de la inmobiliaria Ethel Kidd. A la sombra de la catedral. Su plan había sido que sus hombres atacaran a la humanidad desde ese preciso lugar... calle arriba o calle abajo. En ese instante estaba a punto de luchar no solo por quienes consideraba comida, sino también para proteger a los suyos.

Sí... El destino era una víbora caprichosa.

Se produjo un repentino destello que lo hizo parpadear y que señaló la aparición de Aquerón. Llevaba un abrigo de cuero negro, vaqueros, una camiseta de My Chemical Romance y gafas de sol oscuras que ocultaban sus ojos.

Nick Gautier apareció un segundo después. Su ropa negra era mucho más conservadora. Una camisa y unos chinos. Lo único destacable era la marca que Artemisa le había dejado en la mejilla.

Ash esbozó una sonrisa arrogante.

—Bueno, ¿vamos a quedarnos aquí lanzándonos miradas asesinas mientras ponemos cara de tíos duros o vamos a idear un plan que con un poco de suerte no acabe en que nos matemos los unos a los otros?

—Yo voto por lo segundo —masculló Gautier—. Pero solo después de que Menyara esté a salvo.

—Y Medea —añadió Stryker—. Quiero que los dos me juréis que, me pase lo que me pase, no la dejaréis morir.

—Lo juro —dijo Ash.

Los dos miraron a Nick

—No me ha causado ningún daño. La sacaré de aquí si es posible.

Stryker asintió con la cabeza, aunque se moría por destripar al hombre que había matado a su hermana. Claro que el plan de Satara era que Nick violase a la prometida de Ash. En cambio, Nick había apuñalado a su hermana y había puesto a salvo a Tory. A decir verdad, casi sentía respeto por lo que había hecho. De no ser porque había matado a su hermana, hasta podría tacharlo de noble.

Fuera como fuese, Satara había sido su aliada durante siglos. Aunque había sido el ser más cruel y más calculador que había conocido en la vida, y pese a

sus muchos defectos, la había querido.

Se desentendió de Gautier y miró a Ash mientras cruzaba los brazos por delante del pecho.

—¿Qué has planeado?

Antes de que Ash pudiera responder, Kat apareció de la nada. Stryker enarcó una ceja al verla. Con su más de metro noventa de altura, se parecía muchísimo a su madre, Artemisa, incluidos los brillantes ojos verdes. Sin embargo, tenía el pelo rubio de Aquerón y, por suerte para todos, su carácter.

Le sorprendió verla allí.

—¿Has metido a tu hija en esto?

Ash se encogió de hombros.

—Tiene una habilidad muy interesante que creo que nos ayudará a derrotar a War.

—¿Cuál?

Kat esbozó una sonrisa igual de arrogante que la de su padre.

—Soy un Sifón, puedo arrebatarles los poderes a los dioses.

—¿En serio? —Stryker retrocedió un paso.

Kat soltó una carcajada siniestra.

—Ahora te das cuenta de lo cerca que estabas del precipicio cuando me insultabas, ¿verdad?

—Pues sí. ¿Y cómo funciona el asunto?

Kat agitó un dedo amenazador en su dirección.

—Tengo que tocar a la persona... Menos mal que me resultas tan repugnante que nunca he querido tocarte, ¿eh?

Stryker puso los ojos en blanco antes de mirar a Aquerón.

—¿Y si no logramos que se acerque lo suficiente a War para que lo toque?

—Me la llevaré a casa —respondió una voz con un fuerte acento que salió de la oscuridad.

Stryker se volvió y vio que tenía detrás a Sin, el marido de Kat. Qué raro que no hubiera oído ni sentido la presencia del dios sumerio. Eso dejaba bien claro lo poderoso que era, ya que podía enmascarar sus poderes por completo. También aumentó la esperanza de que fueran capaces de sorprender a War y a sus hombres.

Se sacó un reloj del bolsillo para comprobar la hora. Aún faltaban quince minutos.

—Hora del espectáculo, chicos. ¿Preparados?

—Preparados.

Stryker frunció el ceño al oír la voz de Artemisa, que apareció acompañada por Atenea, Ares y Hades.

—¿Qué hacéis aquí?

Artemisa miró a su hija.

—No vas a poner a mi hija en peligro sin mí.

Ash estuvo a punto de atragantarse.

—¿Ahora te sale el instinto maternal?

La diosa lo miró con los ojos entrecerrados.

—Siempre ha sido muy protectora —le aseguró Kat con una carcajada—.

Pero al estilo Artemisa, claro.

—Como una víbora al cuidado de unos huevos —musitó Stryker.

Artemisa lo fulminó con una mirada fría y desdeñosa.

—¿Te atreves a dirigirme la palabra?

—Me alegro de verte, abuelita.

Artemisa torció el gesto y se alejó.

Nick carraspeó para llamar la atención de todos.

—Tenemos un problemita.

—Nos han dicho que vengamos solos —añadió Ash.

Stryker se encogió de hombros.

—Nos han dicho a los tres que vengamos a la misma hora, así que eso nos convierte en un grupo.

Ash soltó una queda carcajada.

—Sí, pero creo que Nick tiene razón. Tenemos que adelantarnos solos para ver qué se cuece y no levantar sus sospechas. —Miró a Kat—. Danos cinco minutos antes de seguirnos.

—Vale.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Ares.

Kat le echó un brazo por encima y sonrió.

—Vosotros os quedaréis conmigo. Con un poco de suerte no sabrá nada de mí.

Atenea dio un paso al frente.

—Buena suerte, caballeros.

Ash la saludó con una inclinación de cabeza antes de mirar a Stryker y a Nick

—¿Listos?

Nick asintió con la cabeza.

—Siempre —replicó Stryker.

Echaron a andar con Aquerón en el centro y abandonaron el oscuro callejón para bajar por Saint Ann hacia el cementerio. El largo abrigo de Ash se agitaba alrededor de sus tobillos mientras caminaban como depredadores hambrientos hacia un encuentro que Stryker estaba seguro que a todos les habría gustado evitar. Se movían en perfecta sincronía, como una bestia recortada por la luz de la luna.

Solo se oía la música procedente de Bourbon Street, los latidos de sus corazones y sus botas sobre el asfalto. Las calles brillaban por la lluvia que había caído a lo largo del día, y unas nubes negras surcaban el cielo mientras dejaban

atrás los edificios comerciales para adentrarse en la zona residencial.

—¿Cuántas veces has recorrido esta calle, Gautier?—quiso saber Stryker.

—Mil veces o más, y tengo toda la intención de recorrerla otras mil.

Stryker asintió con la cabeza y siguieron camino del cementerio. Estaban muy cerca cuando se dio cuenta de algo. War siempre tenía un propósito concreto en mente.

—¿Por qué creéis que War ha elegido este punto de encuentro?

Ash se detuvo para mirarlo.

—Le habría dado igual que estuviéramos solos o no.

Nick resopló.

—A lo mejor le gustan los muertos.

Stryker sintió un escalofrío en la espalda al escucharlo. Esas sarcásticas palabras apenas habían salido de los labios de Nick cuando vio lo certeras que eran. Frente a ellos había tres mujeres.

La madre de Nick, la hija de Stryker y la hermana de Ash.

Stryker se quedó sin aliento al ver una cara que había sido relegada a sus recuerdos. Pálida y etérea, Tannis era tan hermosa como lo había sido su madre. Su melena rubio platino enmarcaba un rostro perfecto y de facciones delicadas.

Dio un paso hacia ella de forma inconsciente.

Ash le aferró un brazo y lo detuvo.

—Es un truco.

Nick negó con la cabeza mientras avanzaba.

—¿Mamá?

Ash soltó a Stryker para detener a Nick quien, furioso, se volvió para asestarle un revés. Ash se agachó y después lo empujó.

—Piensa con la cabeza, Nick War está jugando con nuestras emociones.

—¿Por qué me dejaste morir, Aquerón?

La voz de Ryssa lo paralizó de inmediato. Una voz que hablaba con fluidez el griego de su infancia.

Su melena rubia estaba adornada con cintas azules a juego con el vaporoso vestido que era el mismo que llevaba la noche que los soldados apolitas la mataron de forma tan brutal.

—Te llamé para que me ayudaras, *akribos*, pero no acudiste. No acudiste.

La culpa lo abrumó. Cerró con fuerza el puño con el que sujetaba la camisa de Nick porque necesitaba la sólida realidad de su antiguo amigo para aferrarse al presente.

—No eres real —masculló.

Ryssa se acercó para tocarlo con una mano cuya calidez no se correspondía con la blancura de su incorpórea figura.

—Sigues siendo el niño que quería coger los rayos del sol con la mano, ¿verdad? Ven conmigo, Aquerón. Te protegeré de este mundo que te desprecia.

Un dolor amargo y una terrible sensación de pérdida lo asaltaron, provocándole el deseo de irse con Ryssa para recibir su consuelo. Ya no era un dios con poderes infinitos. Su caricia lo había reducido al niño que solo quería sentir el consuelo de una caricia. Al niño que adoraba a su hermana mayor.

—¿Nicky?

La voz de Cherise le hizo dar un respingo. Las lágrimas brillaban en los ojos

de Nick, pero de momento había logrado contenerlas.

Cherise llevaba el mismo vestido de color crema con el que la habían enterrado, y hasta ese momento se había mantenido en silencio. Su rostro no mostraba señales de la muerte violenta que había sufrido. Parecía tan real y entera como la última vez que la vio, esperando a Nick para que la acompañara a casa después del trabajo.

—Ven con mamá, *cher*. Hace mucho tiempo que no abrazo a mi pequeñín.

—¿Papá? ¿Eres tú? Estoy asustada. No entiendo lo que me está pasando. Ayúdame, por favor.

Stryker sacudió la cabeza para despejarse mientras el instinto paternal lo instaba a consolar a su hija. A la niña que había acunado entre sus brazos para dormirla. A la mujer cuya mano había sostenido mientras gritaba pidiendo clemencia durante el día entero que su cuerpo tardó en convertirse en polvo.

La vio correr hacia él.

—¿Papá?

Se agachó para evitar su contacto y se alejó de ella, que lo miró confusa.

—¿Son reales? —le preguntó a Aquerón.

Ash seguía aferrando a Nick para que no se acercara a su madre.

—No lo sé.

Cherise lo tocó en el brazo.

—Por supuesto que soy real, *cher*. No juegues conmigo de esta manera —añadió, regañando a Ash—. Sigues demasiado delgado. Necesitas unos cuantos platos de estofado de los míos para engordar un poco.

—¿Mamá? —dijo Nick, que se zafó de la mano de Ash de un empujón para poder abrazar a su madre. En cuanto la tocó, Cherise gritó de dolor y se desvaneció entre la bruma.

—¿*Akribos*? —Ryssa se acercó a Ash despacio—. ¿Por qué me duele? —Y empezó a gritar también.

Los gritos de Tannis se unieron a los suyos mientras caía de rodillas y se llevaba las manos a las orejas.

—¿Qué está pasando? —Nick parecía tan sorprendido como Stryker se sentía.

En vez de contestarle, corrió hacia Tannis para ayudarla, pero su hija se desvaneció antes de que pudiera llegar hasta ella.

A su alrededor se oyó una risa siniestra.

—No pensaríais que solo tengo en mi poder a Menyara y a Medea, ¿verdad?

Stryker puso cara de asco al ver que War se materializaba frente a ellos.

—¿Qué significa esto?

—Que el carnicero ordena al ganado que se humille. —Levantó una mano y Ker apareció a su lado, con las alas extendidas y una sonrisa burlona—. Creo que se os ha olvidado que Ker es la diosa de la muerte violenta y cruel. Vuestras mujeres sufrieron unas muertes espantosas...

—Y responden ante ella. —Ash soltó un taco—. Por eso nos ha obligado a encontrarnos aquí. Ker es una diosa griega y no podía alcanzarlas a menos que estuviera en un cementerio, que es el portal que conecta este dominio con el sitio del descanso eterno. —Miró a Nick—. Ha robado sus almas y las tiene retenidas.

Stryker resistió el impulso de decir un: « Te lo dije » .

—¿Qué quieres? —le preguntó a War.

—Nada del otro mundo —respondió él con una sonrisa socarrona—. Vuestras vidas.

Stryker le devolvió el gesto con uno de su propia cosecha.

—Y las liberarás.

—Por supuesto.

Los tres negaron con la cabeza. No se fiaban ni un pelo. Stryker miró a Ash y después a Nick. En sus ojos descubrió la misma determinación que él sentía. Por doloroso que fuera, no habían ido para luchar por los muertos.

Habían ido para luchar por los vivos.

Stryker levantó las manos mientras le hacía un gesto a Ash con la cabeza y le lanzó una descarga a War. Ash se sumó al ataque.

—¡Kat! —gritó este último, dándoles la señal a los demás para que aparecieran.

Y lo hicieron al instante.

War se echó a reír al ver que Ker se multiplicaba produciendo un fognazo cegador que iluminó todo el cementerio. La tierra tembló bajo sus pies, tirándolos a todos al suelo.

—¡Stryker! —gritó Ash, que le lanzó una descarga.

Por instinto, Stryker se apartó, pensando que lo estaba atacando. Sin embargo, al cabo de un momento comprendió que a quien atacaba era a un demonio que tenía a su espalda. Se puso en pie y se abalanzó sobre War.

No logró llegar hasta él. Dos de las Keres lo aferraron por la cintura y lo arrojaron de nuevo al suelo. Había cientos. Agobiado, miró a Katra, a quien estaban sobrepasando con creces. Cada vez que dejaba a uno de los demonios sin poderes, aparecían tres más.

Sintió que la sangre lo abandonaba cuando vio que Ash se sentía tan derrotado como él.

Ganar aquella lucha era imposible.

Al menos mientras no vencieran a Ker. Su habilidad para multiplicarse neutralizaba cualquier táctica que pusieran en marcha. Los dioses griegos se hallaban rodeados. Ash y Nick estaban inmovilizados contra el suelo, igual que él.

War se echó a reír y sus carcajadas reverberaron por el cementerio.

—Inclinaos y tal vez os deje vivir a algunos... como mis esclavos.

Céfira saltó de su silla al ver la inminente muerte de Stryker.

—No —susurró con el corazón en un puño. No podía perderlo en ese momento. No después de haber aprendido a amarlo otra vez. Alzó la vista al techo, hirviendo de furia. Estaba harta de que los dioses jugaran con su vida—. Zorras, será mejor que dejéis a mi hombre en paz —masculló, dirigiéndose a las Moiras.

Decidida, fue en busca de Apolimia para hacer lo único que había jurado no hacer en la vida: pedir un favor.

Tory paseaba por la reducida zona situada frente al despacho de Savitar mientras Simi y Xirena veían la televisión. Tenía un mal presentimiento y no podía librarse de él. Algo iba mal. Estaba segura.

De repente, una súbita energía restalló en el aire. Se volvió esperando encontrarse con Aquerón, pero en cambio vio a una mujer tan menuda que ni siquiera le llegaba a los hombros. Se apartó, lista para enfrentarse a ella.

—Tranquila —masculló la desconocida—. Me llamo Céfira y soy la mujer de Stryker.

La furiosa declaración dejó a Tory boquiabierta.

—¿Qué haces aquí?

—Nuestros hombres están a punto de morir, y si eres la mitad de la mujer que creo que eres, querrás ayudarme a salvarlos.

Tuvo un brevisimo titubeo por la posibilidad de que fuese una trampa ideada por Stryker. No obstante, el comportamiento de Céfira era demasiado sincero y tenía una expresión asustada en los ojos que estaba segura de que era imposible fingir.

—Desde luego.

—Entonces acompáñame. —Y le tendió la mano.

Tory no dudó en aceptarla. En cuanto la rozó, regresaron a Nueva Orleans. Cosa que no habría estado mal si no hubieran aparecido en mitad de un baño de sangre.

Jadeó y se agachó para evitar el ataque de una mujer pájaro que se lanzó a por ella con un chillido.

Céfira gruñó e hizo aparecer una espada para combatir a las Keres.

—¡Jared! —gritó para invocar a su esclavo.

El aludido apareció al instante.

—Salva a Stryker.

Los ojos del sefirot adquirieron un brillo rojizo al ver a Nick luchando y se encaminó hacia él.

—¡Detente! —gritó Céfira—. Déjalo. Tu objetivo es War y mantener a mi hija y a Stryker a salvo.

La piel de Jared adquirió su verdadero color, negro y rojo, al adoptar su forma verdadera. Le enseñó los colmillos a Céfira con un gruñido feroz.

—El malacai...

—¡Obedéceme! —lo interrumpió.

Jared siseó, pero no le quedó más remedio que hacer lo que le ordenaba.

Nick se quedó alucinado al ver a Jared atacando a War. Las Keres trataron de reducirlo, pero en vez de caer al suelo como les había sucedido a los demás el sefirot se mantuvo en pie. Hizo aparecer un estilizado báculo con el que alejó a sus atacantes.

Nick observó la escena e imaginó que blandía un arma similar. Para su asombro, al instante apareció una en sus manos. Sintió el poder que hacía vibrar la madera. De forma instintiva, atacó a las mujeres que lo tenían inmovilizado. En cuanto las rozó, se disolvieron.

De modo que ese era uno de sus poderes...

Stryker se detuvo al ver que Nick se quitaba de encima a varios enemigos. Pero en ese momento vio a Céfira y se le nubló la mente. Porque su instinto lo urgió a acercarse a ella.

No obstante, War la atrapó antes de que pudiera dar un paso y la arrastró hasta el monumento italiano.

Estaban a punto de desaparecer cuando Savitar se materializó tras ellos y le asestó un cabezazo a War. Céfira aprovechó para darle una patada tan fuerte a su captor que incluso Stryker sintió el impacto. Al ver que War trataba de atraparla otra vez, Stryker se lo impidió con un empujón.

Ash lo agarró antes de que recuperara el equilibrio y Katra apareció a su lado para asestarle una patada.

War soltó un taco mientras la arrojaba al suelo y se zafaba de su mano, que lo había agarrado del brazo.

Stryker lo atrapó.

—¿Dónde está Medea?

War se echó a reír.

—Si me matas, ella también morirá.

—Las tiene Maca —terció Ash—. Es el único que falta.

Stryker golpeó a War.

—¿Dónde?

War contraatacó con una patada para librarse de él al mismo tiempo que un grupo de Keres se aprestaban para atacar.

—¿Cómo las detenemos? —le preguntó Stryker a Ash y a Savitar.

—Hay que encontrar a la Ker verdadera —respondió el último—. En cuanto la detengamos, las demás caerán.

Stryker bufó.

—¿Te importaría decirme cuál es?

—Esa —dijo Céfira, señalando a la que estaba atacando a Nick.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Stryker, extrañado.

—Por instinto.

Si ella lo decía... No obstante, Stryker tuvo que esperar a que esa Ker en concreto se lanzara contra Tory para ir a por ella. Intercambió una mirada elocuente con Ash y ambos se movieron al unísono.

Tan pronto como la tuvieron en el suelo, las demás desaparecieron. War soltó un furioso alarido antes de lanzarle una descarga a Tory que Jared interceptó. Recibió el impacto con un siseo mientras su cuerpo recibía un calor tan abrasador que lo prostró de rodillas. Nick atacó en ese momento, lanzándose a por War.

Ker mordió a Stryker, que hizo ademán de estrangularla, pero antes de que sus manos pudieran rozarle el cuello, Ash la atrapó.

War era otra cuestión. Contenerlo era una misión imposible. Para cualquiera de ellos.

Ash meneó la cabeza mientras miraba a Savitar.

—Me dijiste que tardasteis tres meses en vencerlo, ¿no?

Savitar asintió en silencio.

Stryker soltó un taco.

—¡No tengo tres meses!

—Simi tampoco —dijo una vocecilla infantil. Era el demonio caronte de Ash, que acababa de materializarse.

Stryker frunció el ceño mientras observaba como Simi le lanzaba algo a War, que a su vez le enseñó los dientes. Para evitar que War le hiciera daño, Stryker quitó al demonio de en medio. War se lanzó a por él, pero en cuanto alargó el brazo su mano se transformó en piedra. La transformación se produjo poco a poco, comenzando por el brazo, hasta que todo su cuerpo quedó convertido en una estatua de piedra con expresión furibunda.

—¿Con qué lo has golpeado? —le preguntó Céfira a Simi.

—Con *aima* —respondió Aquerón.

La misma sustancia que Stryker había usado en una ocasión para paralizarlo a él. Ojalá War no tuviera ningún amigo dispuesto a entregarle el antídoto.

Simi sonrió mientras se frotaba las manos.

—Akri, tu mamá-akra te lo manda para que dejes frito a ese dios pagano. Es la hora de las circonitas en la teletienda. Simi no quiere que los dioses griegos molesten al que paga las facturas de la tarjeta de plástico. —Le tendió la mano a Ash con la palma hacia arriba—. ¿Le das a Simi la tarjeta negra que tanto le gusta?

Ash se sacó la cartera con una carcajada.

—Claro, nena. —Le dio la American Express negra.

—¿Dónde está Medea? —preguntó Céfira.

Todos miraron a Jared, que mantenía atrapada a Ker.

—No os lo diré nunca —masculló ella.

Céfira sintió que se le paralizaba el corazón al escucharla, al pensar que jamás volvería a ver a su hija.

—Jared, haz algo.

Alcanzó a ver la expresión renuente que apareció en los ojos del sefirot antes de que se rindiera con un suspiro.

—¿Nim? Adopta forma humana.

El demonio abandonó su cuerpo y adoptó la forma de un humano bajito. Nada más ver a Simi, salió corriendo y se tropezó.

—¡Nim! —exclamó Jared—. No va a hacerte daño.

Nim no parecía muy convencido mientras se arrastraba por el suelo para colocarse al otro lado de Jared. Una vez que llegó, se quedó acuclillado.

—¿Qué necesita Jared?

—Busca a Medea —contestó al tiempo que miraba a Céfira.

—¿Es que no puedes sonsacarle la información a Ker? —quiso saber ella.

—Tiene tantas voces en la cabeza hablando al mismo tiempo en distintos idiomas que no puedo diferenciar las palabras. Lo está haciendo a propósito para mantenerme bloqueado. —Miró a Nim—. Busca a Medea por mí.

Los ojos de Nim adquirieron un brillo rojizo cuando tocó a Ker, que gritó furiosa.

—Medea está en el agujero con el dios que murió.

—¿Qué agujero, Nim?

—En el más profundo.

Céfira inspiró hondo mientras se abalanzaba hacia el demonio.

—Esto es inútil.

Stryker la detuvo.

—Creo que sé dónde están. —Miró a Hades—. En el Tártaro.

Céfira notó un nudo en la garganta al comprender lo que eso significaba. Una vez en el Tártaro, nadie podía salir sin permiso de Hades. Se volvió para mirar al dios del Inframundo.

—No estoy en deuda contigo —le soltó Hades a Stryker.

—Pero conmigo sí —terció Ash, que se acercó a él—. Déjalas salir.

En el mentón de Hades apareció un tic nervioso.

—A Maat no puedo retenerla. Su alma no me pertenece.

Ash lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y a Medea?

—Llévatela —contestó el dios con voz gruñona—. Pero esto salda la deuda.

¿Entendido?

A Céfira le pareció todo demasiado fácil.

—¿Y qué pasa con Maca?

Hades soltó una carcajada siniestra.

—Si el demonio acierta y está en mis dominios... se arrepentirá.

Jared tiró de Ker para ponerla en pie.

—¿Qué hacemos con esta?

Hades fulminó con la mirada al espíritu de la muerte violenta.

—Bájala. Tengo planes para ella. —Y según puso de manifiesto su tono de voz, dichos planes no eran muy agradables—. Bájala.

Stryker cogió a Céfira de la mano y siguió al dios griego cuando abandonó el plano humano para trasladarse al Tártaro. Ash se encargó de bajar la estatua de War y la devolvió al lugar que había ocupado durante siglos. Ker acabó encerrada en una pequeña celda.

—Luego me encargaré de ti —le prometió Hades.

Ker le escupió y golpeó la puerta con una mano.

—Esto no acaba aquí. Me liberaré de nuevo y celebraremos vuestro funeral.

Stryker pasó por alto sus amenazas y miró a Nim, que llevaba en las manos un conejito de peluche de color rosa.

—¿Dónde está mi hija?

El demonio señaló una portezuela.

Stryker se acercó con recelo, pero se detuvo al oír una explosión tan potente que durante unos segundos perdió el oído.

La portezuela se estrelló contra la pared opuesta, donde golpeó a un hombre y lo tiró al suelo.

—¡Basta! —gritó Hades.

La puerta golpeó al hombre tres veces más antes de detenerse.

Cuando la humareda desapareció, Stryker vio a Menyara. Abandonó la estancia con los brazos cruzados por delante del pecho mientras le dirigía una mirada amenazadora a Maca, quien sangraba profusamente, inmovilizado por la puerta.

—Eso le enseñará a dejar las manos quietecitas. —Se volvió hacia el interior de la celda—. Medea, cariño, tus padres están aquí.

Aquerón meneó la cabeza al tiempo que cogía a Tory de la mano.

—Visto así, hemos hecho un poco el tonto preocupándonos.

—Te equivocas —lo corrigió Menyara—. Estábamos atrapadas ahí dentro hasta que neutralizasteis los poderes de War. Ese imbécil no se dio cuenta hasta que era demasiado tarde, así que aproveché la oportunidad para devolvérsela.

Céfira corrió hacia su hija y la abrazó con fuerza antes de apartarse para comprobar que no le hubiera pasado nada.

Nick se adelantó con expresión preocupada.

—¿Y qué pasa con mi madre? ¿Qué le ha hecho War?

Hades le colocó una mano en un hombro.

—No puede hacer nada. Ker os ha mostrado sus almas para debilitaros, pero en realidad carece de poder sobre ellas. Tu madre ha vuelto al lugar donde debe estar, al igual que las demás.

Ash miró en dirección a los Campos Elíseos.

—Ryssa piensa mucho en ti —le dijo Hades en voz baja—. Y es feliz, Aquerón. No te culpa de nada. Esas palabras fueron obra de Ker, que quería jugar con tus emociones.

—Gracias.

Hades inclinó la cabeza y miró a Stryker, que levantó una mano al ver que estaba a punto de hablar.

—Solo quiero saber si está con su marido y con sus hijos.

—Sí.

—Con eso me conformo.

Céfira frunció el ceño, consciente de que a Stryker se le había quebrado un poco la voz, lo que contradecía sus palabras. Aunque tal vez tuviera razón. Si no podía cambiar las cosas, ¿para qué torturarse?

Nick se volvió cabizbajo para marcharse. Menyara se acercó a él mientras Jared retrocedía observándolo con gesto malévolo.

—Si mata a Nick, él también morirá —les advirtió Menyara, cuya voz resonó en torno a ellos.

—¿Cómo dices? —preguntó Céfira.

Menyara se detuvo para contestar.

—Es cierto. Así que piénsalo bien antes de volver a mandarlo a por mi Nick.

Céfira miró a Jared con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no me lo has dicho?

La expresión del sefirot era imperturbable.

—Lo sabes muy bien.

Porque él quería morir y eso era lo único que jamás le permitiría.

—Como castigo no tendrás ni un solo momento de descanso —sentenció Céfira mientras le daba un apretón a la mano de Medea—. Llévalo a Kalosis. Estoy segura de que tu padre tendrá algún agujero adecuado para su castigo.

Nim dio un paso hacia Jared, pero Simi lo detuvo.

—Espera —le dijo.

El demonio retrocedió con expresión asustada, ya que no sabía qué intenciones tenía Simi.

Con una sonrisa, Simi sacó un osito de peluche de su bolso con forma de ataúd y se lo ofreció.

—Es un osito de peluche zombi —le dijo—. Mucho más fuerte que tu conejito. —Se lo dejó en la mano antes de volver junto a Aquerón—. ¡Es la hora de la teletienda, akri! —Y desapareció.

Jared observó la escena asombrado por el gesto amable de Simi.

—Deberías irte con Aquerón, Nim.

El demonio meneó la cabeza con gesto desafiante y después regresó a su cuerpo. Jared soltó un taco.

—¡Odio a los demonios!

Medea le colocó una mano en el brazo con expresión compasiva y lo devolvió a su cautiverio.

Tory le echó un vistazo a la estancia donde descansaba la estatua de War.

—¿Crees que volverá a liberarse?

Hades lanzó una mirada asesina a Stryker.

—Estoy seguro de que habrá otro gilipollas que lo libere.

—Este desde luego que no —replicó él y miró a Ash—. Gracias por la ayuda.

—Diría que para eso estamos, pero...

Stryker le tendió la mano.

—Enemigos para siempre.

—O al menos hasta que aprendas a dejar tranquilos a los humanos y a los Cazadores Oscuros.

—Cuando tú dejes tranquilos a mis daimons, lo haré.

—No puedo permitir que los daimons maten a los humanos.

—Y yo no puedo soportar que mi gente muera porque mi padre los maldijo. Así que, mientras la maldición siga activa, seguiremos cazando.

—En ese caso, nuestra guerra no ha acabado. —Ash le dio un apretón y se marchó con Tory.

Stryker le pasó un brazo a Céfira por los hombros.

—¿Lista para irnos a casa?

Ella asintió con la cabeza.

Sin mediar palabra, la llevó a su palacio de Kalosis. En cuanto estuvieron a solas, la miró furioso.

—Se suponía que ibas a quedarte al margen de la lucha.

—¿Y dejar que mataran a mi hija? Jamás.

—¿Cómo que a tu hija? —le preguntó él, recalcando el posesivo.

Céfira cruzó los brazos por delante del pecho.

—Mi hija.

—Volvemos a lo mismo, ¿no?

—Desde luego. Además, no tengo intención de verte morir.

Stryker enarcó una ceja.

—¿Ah, no?

—No. Prefiero matarte yo.

Menyara se detuvo al ver la fotografía de Cherise con Nick en brazos durante su primer día de colegio. Estaba enmarcada y descansaba sobre la mesita de noche

de Nick

—Tu madre estaba muy orgullosa de ti.

Nick no dijo nada.

Menyara se volvió y lo vio coger una botella de whisky que procedió a abrir.

—¿Has aprendido algo esta noche?

—¿A qué te refieres?

—A que necesitas tus poderes.

Nick le dio un buen trago a la botella antes de replicar:

—Ya lo sabía antes de pelear, Mennie.

—Sí, pero ¿estás dispuesto a aprender por fin?

Nick se detuvo para mirarla.

—¿A qué te refieres?—repetió.

Menyara se acercó a él con una mirada decidida.

—Eres mitad demonio y mitad humano. Para poder desenvolverte en este mundo, tendrás que aprender de alguien con poderes similares a los tuyos.

—¿Se te ocurre alguien?

—Aquerón.

Nick resopló.

—Ash es un dios.

—Sí, pero antes de ser un dios era medio humano y medio caronte. Solo él tiene el poder para ayudarte.

Pasmado, Nick soltó la botella, que cayó al suelo y se rompió.

Epílogo

Dos semanas después

Céfira estaba sentada en el sillón de Stryker, escuchando música. Llevaban dos semanas persiguiendo a los gallu para convertir a más daimons, pero la tarea resultaba complicada.

De momento contaban con algunas decenas de daimons convertidos, pero el resto de su ejército se veía obligado a continuar alimentándose de los humanos.

—Os atraparemos —musitó.

Al igual que Stryker, no tenía la menor intención de ver cómo su gente moría mientras Apolo vivía tan alegremente. Sobre todo por el hecho de que si Medea volvía a casarse, sus hijos serían apolitas.

Y también sufrirían la maldición.

La puerta se abrió.

Alzó la vista y vio que se trataba de Stryker, espada en mano. Lo observó extrañada mientras cruzaba la estancia y dejaba el arma sobre el escritorio, frente a ella. Acto seguido, se arrodilló a su lado sin mediar palabra.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Te prometí que después de dos semanas dejaría que me matases. —Clavó la mirada en la espada con gesto elocuente—. Y estoy cumpliendo esa promesa.

Céfira enarcó una ceja al escucharlo.

—¿Ah, sí?

Stryker asintió con la cabeza.

—Mi vida te pertenece, Fira. La dejo en tus manos.

Céfira cogió la espada del escritorio y se levantó. La sostuvo en alto para comprobar su perfecto equilibrio y admirar el brillo de la hoja.

—¿Vas a dejar que te mate? —Le colocó la punta justo sobre el corazón.

Sus miradas se encontraron.

—Es una cuestión de honor.

Céfira presionó, pero no lo suficiente para herirlo.

—Stryker, ¿morirías por mí?

—¿No es eso lo que te estoy diciendo?

—No. Estás haciéndolo por honor, y eso no es lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Quiero que estés a mi lado y que nunca, jamás, vuelvas a fallarme.

Su mirada plateada adquirió un brillo sincero.

—Jamás te fallaré.

—Júralo por tu vida.

Su gesto se endureció.

—No puedo hacerlo.

Céfira presionó hasta que la espada lo hirió, arrancándole una gota de sangre.

—¿Por qué no?

—Porque mi vida eres tú —respondió, pero se le quebró la voz—. Y porque no puedo seguir viviendo otro día más sin ti.

Céfira soltó la espada, que cayó al suelo.

—Te odio por lo que me haces sentir.

Stryker la estrechó entre sus brazos hasta que ella se arrodilló frente a él.

—¿Y cómo te sientes?

—Débil y vulnerable. Eres mi alma, y como vuelvas a arrebatármela, no te perdonaré nunca.

Stryker sonrió.

—No te preocupes, amor mío. Siempre estaré a tu lado.

Estaba a punto de inclinar la cabeza para besarla cuando la puerta que tenían detrás se abrió de tal forma que golpeó contra la pared. Furioso por la interrupción, Stryker se volvió y descubrió a Davyn.

El gruñido con el que pensaba despacharlo se le quedó atascado en la garganta al verle la cara.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó en cambio.

—Podemos caminar bajo el sol.

Stryker frunció el ceño.

—¿Cómo?

Davyn asintió con la cabeza.

—Estaba persiguiendo a unos gallu y se me hizo tan tarde que amaneció. Pensaba que había llegado la hora de mi muerte, pero no. He visto el amanecer por primera vez desde hace siglos y sigo vivo. ¡Sigo vivo!

Stryker intercambió una mirada sorprendida con Céfira.

—Los gallu son inmunes al sol —susurró ella—. Nunca se me ha ocurrido pensar que su sangre nos inmunizaría también.

—¿No lo has intentado nunca?

Ella negó con la cabeza.

—No me he atrevido.

Stryker esbozó una lenta sonrisa.

—Somos libres.

—Es el amanecer de los daimons y el fin de la humanidad.



SHERRILYN KENYON (Columbus, Georgia, EUA, 1965). Famosa escritora estadounidense, autora de la saga **Cazadores Oscuros**. También escribe novelas históricas bajo el pseudónimo de Kinley MacGregor.

Es una de las más famosas escritoras dentro del género del Romance Paranormal. Nació en Columbus (Georgia) y vive en las afueras de Nashville (Tennessee). Conoce bien a los hombres: se crió entre ocho hermanos, está casada y tiene tres hijos varones. Su arma para sobrevivir en minoría en un mundo dominado por los cromosomas «Y» siempre ha sido el sentido del humor.

Escribió su primera novela con tan sólo siete años y su mochila era la más pesada del colegio, ya que en ella llevaba las carpetas de colores en las que clasificaba todas sus novelas que había empezado... por si acaso tenía un minuto libre para garabatear algunas líneas. Todavía mantiene algo de esa niña escritora en su interior: es incapaz de dedicarse a una sola novela en exclusiva. Siempre trabaja en diferentes proyectos al mismo tiempo, que publica con su nombre o con el pseudónimo de Kinley MacGregor.

Con más de 23 millones de copias de sus libros y con impresión en más de 30 países, su serie corriente incluye: *Cazadores oscuros*, *La Liga*, *Señores de Avalon*, *Agencia MALA* (B.A.D) y las *Crónicas de Nick*. Desde 2004, ha colocado más de 50 novelas en la lista del New York Times.

Comenzó a esbozar las primeras líneas de la serie de los *Cazadores Oscuros* (o

Dark Hunters) en 1986. En 2002 publicaba « Un amante de ensueño» (*Fantasy Lover*), la precuela, que fue elegida una de las diez mejores novelas románticas de aquel año por la asociación Romance Writers of America.

Kenyon no sólo ayudó a promover, sino también a definir la tendencia de la corriente paranormal romántica que ha cautivado el mundo. Además debemos recalcar que dos de sus series han sido llevadas a las viñetas. Marvel Comics ha publicado los comics basados en la serie « Señores de Avalon» (*Lords of Avalon*), la cual guioniza la misma Sherrilyn, y « Chronicles of Nick» es un aclamado manga.